

La guerra como problema de la filosofía

Volúmen I

Autor:

Rossi, Jorge Raúl

Tutor:

Pucciarelli, Eugenio

1981

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Universidad de Buenos Aires en Filosofía y Letras

Posgrado

043
R832
1

UNIVERSIDAD NACIONAL DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Tesis de Doctorado



LA GUERRA COMO PROBLEMA ~~DE~~ DE LA FILOSOFIA

Director de Tesis: .

Dr. Eugenio PUCCIARELLI.

Autor:

Jorge Raúl ROSSI.

Defendida: 4/6/81 - 1981 -

Elsa T. Fiorentino
ELSA T. FIORENTINO
JEFA
DEPTO. DE GRADUADOS



I N D I C E G E N E R A L

| | | <u>Pág.</u> |
|----------|--|-------------|
| (v.I) | v <u>INTRODUCCION</u> | 1 |
| | I. <u>LA GUERRA</u> | 1 |
| | A. <u>ΕΣΤΥΧΗ ΚΑΙ ΠΟΛΕΜΟΣ</u> | 2 |
| | B. GUERRA Y POLITICA | 3 |
| | C. GUERRA Y MORAL | 8 |
| | D. LA GUERRA TOTAL | 13 |
| | / II. <u>LA GUERRA COMO PROBLEMA ACTUAL</u> | 16 |
| | A. LA DISUASION NUCLEAR | 19 |
| | B. LA REFLEXION TECNOTRONICA COMO ANGSTIA POR LA GUERRA . . | 44 |
| | C. EL ESTAPO TOTALITARIO Y LA GUERRA | 58 |
| | / III. <u>LA GUERRA COMO PROBLEMA ACTUAL DE LA FILOSOFIA</u> | 90 |
| | A. LAS SENDAS PELIGROSAS: IDEOLOGIA Y UTOPIA | 91 |
| | B. LAS "CAUSAS" DE LA GUERRA Y LA GUERRA COMO CAUSA | 100 |
| | 1. LA APROXIMACION PSICOANALITICA A LAS CAUSAS DE LA GUERRA | 101 |
| | 2. LA ADVERTENCIA DE LA ETOLOGIA SOBRE LAS CAUSAS DE LA GUERRA | 112 |
| (v.II) ← | 3. TEORIZACIONES SOBRE LAS CAUSAS DE LA GUERRA | 128 |
| | 4. EL SISTEMA DE GUERRA Y LA GUERRA COMO CAUSA | 131 |
| | 5. "CAUSAS" POLITICAS DE LA GUERRA | 140 |
| | a. Extension del poder, extension de la guerra | 140 |
| | b. No hay politica sin enemigo | 147 |
| | C. LA PAZ PERPETUA | 156 |
| | D. LA INCLUTIDUMBRE, LO VEROSIMIL, LO PROBABLE | 162 |
| | E. EL FILOSOFO ANTE LA GUERRA, ¿UNA INCERTIDUMBRE ADICIONAL? | 165 |
| | / <u>CONCLUSION</u> | 170 |
| ← | / <u>APENDICE (VON CLAUSEWITZ: DE LA GUERRA)</u> | 178 |
| v | / <u>BIBLIOGRAFIA GENERAL</u> | 218 |

(Vols : Tomo I de 1. a 3. a. 197 ; Tomo II de 1. a 2. a. 1980) , t. III . . .

(v.III) . Incluidos etc.

Tesis de Doctorado

LA GUERRA COMO PROBLEMA ACTUAL DE LA FILOSOFIA

- T o m o I -

INTRODUCCION

La guerra hunde profundamente sus raíces en la filosofía misma. Es en el propio nivel filosófico donde, de modo tácito o expreso, halla la guerra su abrigo conceptual último. Siempre bajo supuestos o argumentos es peciales y graves. Pero siempre.

Las grandes corrientes de pensamiento que han logrado cobrar realidad histórica, esto es, plasmarse efectivamente en órdenes sociales concretos, en todos los casos, han admitido (o sobreentendido) a la guerra como uno de los pilares fundamentales de su plan arquitectónico.

En la actualidad, las vertientes filosóficas que informan a los sistemas político-militares dominantes no constituyen ninguna excepción.

Luego, si no se clarifican las aguas en las fuentes filosóficas, persistirá la turbulencia en las vertientes políticas y continuará verificándose la guerra. Es más, los productos altamente sofisticados de la razón proseguirán estando en servicio bélico; particularmente aquellos alumbrados por la razón tecnológica, que tanto fascina a nuestro siglo.

He ahí nuestra tesis.

Para presentarla adecuadamente focalizaremos la atención sobre las dos concepciones filosófico-políticas dominantes. Dominantes porque, concentrando gran poder, lo ponen en obra para proyectarse como modelos de organización política. Esto es, como anticipos del justo cauce por donde debería discurrir el futuro.

Modelos que, por lo demás y en tanto tales, son explícitamente excluyentes el uno del otro; enemigos irreconciliables entre sí. Fundados, por consiguiente y a nivel de ultima ratio, cada cual en su capacidad de

guerra; para defenderse, para sobrevivir, para imponerse, para proyectarse. Modelos que declaman paz pero, contrario sensu, constitucional, metafísicamente, generan paso a paso condiciones para nuevas guerras.

Esos modelos filosófico-políticos dominantes son aquellos que denominaremos "liberal", en sentido lato, y "marxista-leninista". Con la aclaración de que, para evitar equívocos, cuando indicamos "liberal", en sentido amplio, nos referimos al complejo de condiciones que han cobrado existencia política en los Estados Unidos de Norteamérica; y cuando señalamos "marxista-leninista" hacemos referencia a la otra complejidad política característica del siglo que transcurre: la Unión Soviética.

El propósito central de esta presentación no es establecer comparaciones valorativas entre ambos modelos pero, de modo derivado, las mismas tienen lugar.

Señalamiento tras el cual corresponde aclarar que, para cumplir con nuestro cometido (esto es, presentar la guerra como problema actual de la filosofía) hemos optado por una triple subdivisión de los contenidos.

En una primera parte aproximamos la guerra. Para ello, desechando el recurso simplista a definiciones más o menos admitidas, hemos preferido destacar algunas determinaciones de vigencia profunda y notable raigambre en la tradición de occidente: paradigmas mitológicos de guerra, guerra civil, guerra entre estados, los pesos relativos del azar y del determinismo, en fin, las relaciones entre guerra y moral.

En una segunda parte, la guerra es mostrada como problema actual (en el simultáneo sentido de contemporáneo y real-actus). Se hace imprescindible entonces una revista de la concepción maestra sobre la guerra y la paz en nuestros días, a saber, la disuasión nuclear y, junto con ella,

un examen de las convicciones teóricas prevalecientes en las cúpulas de los dos "superpoderes" que, hemos indicado, aspiran a imponerse como modelos filosófico-políticos de alcance planetario.

La tercera parte, sobre la base de lo presentado en las dos primeras, finca su sentido en el análisis de una gama de respuestas al "porqué" de la guerra y, como corolario, en un llamado de atención sobre eventuales condicionamientos que podrían afectar a los filósofos (en tanto existencias individuales) cuando el fenómeno bélico los envuelve. También se advierte, en el principio mismo de esa tercera parte, acerca del peso de las actitudes ideológicas y utópicas, que sólo contribuyen a desviar el pensamiento, en general y sobre la guerra en particular, hacia la confusión.

Una conclusión, desde luego, cierra el circuito de presentación de nuestra tesis. Por último, dos apéndices (el primero sobre la obra de Carl Von Clausewitz intitulada De la Guerra, el segundo conteniendo un registro de bibliografía especializada sobre los temas desarrollados) ponen punto final a este trabajo.

7. LA GUERRA

A. *Escritos por Nietzsche*

B. GUERRA POLITICA

C. GUERRA MORAL

D. LA GUERRA TOTAL

I. LA GUERRA

"Porque no hay un ser más desgraciado que el hombre, entre cuantos respiran y se mueven sobre la tierra...", así se expresaba Zeus, compadecido por los llantos de los aqueos que, cubiertos de polvo y sangre, sin ceder un palmo en la tremenda batalla no podían contener su dolor por la muerte de Patroclo, cuya vida acababa de cobrarse Héctor, el más noble de los troyanos (Iliada, canto XVII).

Esos mismos humanos a quienes Zeus (implacable y para escarnio del burlador Prometeo), les había enviado la bella e impúdica Pandora; quien tras abrir su nefasta caja, permitiendo el esparcimiento de todas las desgracias, la cerrara a último momento manteniendo cautiva la esperanza.

Palas Atenea (1) era hija pródiga incondicional de Zeus. Heracles,

(1) Palas Atenea era diosa guerrera. Pero "tan poderosa y sabia como su padre", no representaba el mero gusto por el tumulto y la matanza; no era luto y muerte para los mortales; no encarnaba las inevitables consecuencias de pérdidas terribles, horror y sangre producto de las guerras. Lejos de ello, era la promotora invicta de causas positivas. A la luz de sus designios la guerra se hacía con algún fin, nunca por capricho: por ejemplo, reparación del honor burlado (el rapto de "elena y traición a la hospitalidad brindada por Agamenón, esto es, afrenta a toda una ciudad en la figura de sus reyes); hacer justicia ante un despojo (Ulises frente a los pretendientes); proteger a un héroe que cumple obnegadamente el mandato de Zeus (Heracles contra las maquinaciones de Hera). En este sentido se distingue nítidamente de Ares, ni tan poderoso ni tan sabio como el padre de ambos, Zeus. En efecto, el hijo de Hera, "el insaciable de lucha", "el asesino", "azote de los hombres", "funesto a los mortales", "manchado de homicidio", con su corazón colmado de ira, "semejante a un león al acecho de su víctima, cuando va a desgarrar brutalmente su piel y su carne con las afiladas uñas, para acabar arrancándole la dulce existencia" (Teogonía pp.159/60), conduciendo rauda el carro arrastrado por sus terribles corceles, buscaba, deseaba, la guerra por sus despojos. (MUSIGUE, Teogonie - Les Travaux et les Jours- Le Bouclier, Paris, Les Belles Lettres, 1977 -Ed.bilingüe Griego-Francés por Paul Mazon. La cita del halcón y el ruiseñor, en nuestra pág.4/5, pertenece a esta misma edición, pág. 93).

Aquiles y Ulises eran favoritos de Atena, su benefactora. En cambio, lejos de los dioses, sin esperanza, los humanos, enfrentados a los paradigmas heroicos tan excelsos como imposibles de recrear, son los seres "más desgraciados". Su piedad no puede ir más allá de la súplica. Su necesidad a menudo los pierde bajo la forma de soberbia.

Los héroes no podían evitar su destino. Pero los humanos no tenían posibilidad de advertir su sino con certeza. Sin poder evadir los designios de las severas *μοῖραι*, estaban a merced de la caprichosa *τύχη*.

A. ἄστυς καὶ πόλεμος

Sino y azar que suelen unirse en la cúspide de la gloria para dar lugar al inicio de la cuenta regresiva.

Atenas comienza el siglo V, el de Platón y Aristóteles, con el recuerdo de una grandeza ya clásica para sí misma.

Es también el siglo de Leuctra, Mantinea, el genio político-militar de Epaminondas y de Queronea, que culmina en Alejandro. El joven invicto conductor que, al decir de Hegel, cierra el ciclo inaugurado por otro joven : Aquiles.

Es notable ^{en} la historia de Atenas la cultura magnífica que se genera sobre tan largo rosario de guerras. Y todo ello sobre la base de una concepción política-prístina en Solón y Pericles- que hacía de la guerra un medio, bien que inevitable, antes que un fin.

En agudo contraste, Esparta, consumidas sus energías en alto grado por el sometimiento de los mesenios, debe generar una concepción meramente basada en la fuerza, más próxima a Ares que a Pallas Atena, y se transforma, al decir de Toynbee, en una "civilización detenida". Carece de Μέτις. Por ello, aún su preponderancia militar es efímera.

El esplendor de Atenas no se puede concebir sin sus creaciones político-militares. Reduccionismos aparte, en ese plano, su incidencia en la constitución de los supuestos de Occidente es tan impresionante como en los restantes. La valoración política de mejoras técnicas (trirremes, armamento liviano y pesado combinados, formaciones de distinto tipo como la "oblicua", entre otras muchas) y el aprovechamiento sistemático de las disensiones internas del enemigo como economía de fuerzas (las quintas columnas) son dos ejemplos.

Pero donde su gravitación se hace más fuerte es en cuanto a la caracterización -trágica, sufrida, sólo luego conceptualizada- de *στάσις* y *πόλεμος*.

El primer tipo de *στάσις*, guerra civil, es el más, digámoslo así, "simple" o "primitivo": el que se plantea entre los distintos estratos sociales de una polis en transformación y con posibilidades de ganar ascendiente a extramuros. La respuesta la da Solón (pacificador, nunca pacifista), imponiendo su sabia legislación, al precio de "rodearse por doquier con su fuerza", girando "como un lobo entre muchas perras".

Un segundo tipo, más terrible y donde ciudades menores son juguete de fuerzas que ellas no desencadenan ni controlan, es el que se verifica en Corcira (Corfú) durante la guerra del Peloponeso, esto es, en un contexto de guerra generalizada. Algo así como la *στάσις* "dentro" del *πόλεμος*. Tucídides la describe con trazos terribles, devenidos clásicos.

El tercer tipo sería el *πόλεμος* considerado como *στάσις*. En tanto la guerra generalizada involucra, mejor dicho desangra, a comunidades étnicas y culturales que si bien son diferenciadas en grado considerable, tienen mucho que temer de enemigos exteriores expectantes y que vigilan para medrar. Es el caso de la guerra del Peloponeso visto como una gran "guerra civil" en-

tre griegos.

En tal sentido se pronuncia, entre otros, Platón (República). Dando consistencia creciente al "panhelenismo". No son convenientes las guerras de griegos entre sí, que los debilitan fortaleciendo a los bárbaros. Y no puede regir el mismo derecho de guerra entre propios y bárbaros.

Esa concepción, que recoge la evolución de Atenas desde los primeros conatos de guerra civil sofocados por Solón hasta las enseñanzas de la guerra del Peloponeso, alcanza su broche de oro en el célebre consejo de Arístoteles -conocedor tan profundo de todo lo ocurrido en su cultura y, en general, de tantas cosas- a su párvulo, Alejandro Magno : conducirse frente a los griegos como un jefe y frente a los bárbaros como un déspota.

Consejo ni anecdótico, ni externo, ni coyuntural, ni menor, da forma paradigmática a algo que ha gravitado tan fuertemente como la causa eficiente o la causa finalis. Cuando no cubriéndose bajo esos oropelados ropajes .

Históricamente constituida, bien realista, semejante sabiduría filosófico-política, no está a salvo de interpretaciones cargadas de fragilidad. Sobre todo, por cuanto la calidad de conducirse como jefe, por definición, no puede extenderse más allá de los propios y, en cambio, (con cuánta facilidad!) conducirse como un déspota puede ser la dura medicina aplicada también a propios y no sólo a extraños.

El halcón y el ruiseñor

Se recaería entonces en aquello que, condenatoriamente, fabulaba Hesíodo con ánimo de prédica moral en Los Trabajos y los Días : "Me aquí que el halcón habló al ruiseñor de cuello moteado, mientras se lo llevaba hacia las nubes, entre sus férreas uñas. Gemía de un modo lastimero el pobre ruiseñor, estrujado por las ganchudas patas, y el halcón le dijo brutalmente: ¡Miserable!, ¿por qué gritas? Me perteneces, porque soy más fuerte que tú.

Irás a donde a mí me plazca, por buen cantor que seas, y depende de mi capricho el que me sirvas de alimento o que recobres la libertad. Loco rematado es quien resiste a uno más fuerte que él; además de no conseguir la victoria, a la vergüenza añade el sufrimiento. Así habló el veloz halcón cuyo vuelo mantiene con sus alas desplegadas". Una concepción que, aplicada al ejercicio del poder y la capacidad de guerra, no ha dejado de gozar de considerable prosapia.

B. GUERRA Y POLÍTICA

La reinterpretación renacentista de los clásicos no fue de la mano con el orden, mucho menos con la paz. Peor aún, menudearon las guerras de dudoso sentido, que iban desde las bufonadas mercenarias de los condottieri hasta verdaderas masacres entre ciudades y/o dentro de ellas. Como siempre, el desorden no ahorra sangre, al contrario, en ese contexto los derramamientos a menudo deben ser computados entre los peores.

Fortuna imperatrix mundi

Hacia la época de Maquiavelo, la moral, íntimamente ligada a la Providencia dentro del cristianismo, resultó empujada sin remordimientos hacia un costado. No se la ignora, es verdad. Pero, junto con la Providencia, es destronada; no preside más las decisiones capitales.

Se entroniza una oscura emperatriz: la fortuna. El capítulo con que culminan las argumentaciones presentadas en El Príncipe (XXV), sintetizando lo adelantado en multitud de pasajes, es dedicado a tematizar la cuestión con resignada precisión: "Muchos han creído y creen todavía que las cosas de este mundo las dirigen la fortuna y Dios, sin ser dado a la prudencia de los hombres hacer que varíen, ni haber para ellas remedio alguno; de suerte que, siendo inútil preocuparse por lo que ha de suceder, lo mejor es

abandonarse a la suerte. En nuestra época han acreditado esta opinión los grandes cambios que se han visto y se ven todos los días, superiores a toda humana previsión. Meditando en ellos me han hecho a veces inclinarme algo en favor de esta creencia; sin embargo, como nuestro libre arbitrio existe, creo que de la fortuna depende la mitad de nuestras acciones, pero que nos deja dirigir la otra mitad o algo menos".

La otra mitad o algo más será, en consecuencia, el riesgo que su razón y su particular comprensión de la historia le indican deberá afrontarse para llevar a cabo la guerra que plantea como descable en el capítulo siguiente, haciendo propio el decir de Petrarca: "virtú contra furore prenderá l'armo..."

Maquiavelo no creía en el progreso de la civilización. El nivel medio de la humanidad no podría elevarse, permanecería inmutable. Cada estado, egoístamente, tratará de perdurar, con suerte diversa, a expensas de sus vecinos. Pensar lo contrario, esto es, creer en el progreso, sería la raíz misma de la inestabilidad civil: he ahí el "pecado original" del homo politicus; la causa de su irredimible egoísmo y potencia desestabilizadora.

Sin embargo, "entre aquellos que creen en el poder ilimitado y soberano del hombre y aquellos que lo aniquilan frente a un puro determinismo, hay lugar también en política para una contingencia discreta que une el acuerdo entre Fortuna y Libre arbitrio" (1), en el cual ratificaba expresamente su creencia el secretario florentino, a punto tal de apoyarse en el mismo para establecer porcentajes de riesgo.

Moral y política

Sobre la base de tales fundamentos metafísicos, la política no está subordinada a la moral. Tiene autonomía en el concierto de las esferas. En realidad, es una esfera que no necesariamente debe concertarse con otra

(1) MESNARD, Pierre. L'Essor de la Philosophie Politique au XVII^e siècle.

en particular. En todo caso nunca en relación de subordinación. Más bien al contrario: los intereses políticos bien pueden dictar actitudes (y más a menudo poses) morales. Aunque no todo, necesariamente, debe ser cinismo; por lo menos si nos ceñimos estrictamente a la intención expresada por el autor.

Al "dotar" a la esfera política de autonomía (concebirla y prescribir sobre ella con prescindencia de todo condicionante) pero, a la vez subordinar la guerra a los intereses políticos, Maquiavelo separa, exime a la guerra de toda consideración moral. Si la política no es asunto de la moral y la guerra es asunto de la política, la guerra no es asunto de la moral.

En consecuencia, inútil sería buscar en Maquiavelo distinciones entre guerra moralmente justa o injusta. La guerra está ahí, se da (como sucedió ayer y como sucederá mañana). Sin embargo no tiene entidad propia: hay guerra porque hay política; más aún, guerrear sin propósito político es tan desatinado como tentador de la mala fortuna. Ahora bien, pretender siquiera comenzar a hacer política sin estar preparado (o por lo menos en vías de estarlo) para hacer la guerra, sería impropio hasta el desatino.

Muy claro en este último punto, Maquiavelo no alcanza empero enunciados con un modo de interrelación comparable a aquél de que "la guerra es la continuación de la política por medios violentos". Más bien adscribiría, probablemente como su Tito Livio, a la clásica fórmula romana de si vis pacem para bellum.

Debe reconocerse, en cambio, que en su tratamiento de la guerra incorpora las nociones clásicas de *εἰρήνη, πόλεμος, εὐχρη* (privilegiada en este caso sobre *λασκαρία*), facturadas en una prolija prescriptiva para halcones.

El ostensible descreimiento maquiavélico en las posibilidades políticas de los ruisecillos tuvo lugar en un momento histórico muy particular. En el sentido de que la secuencia histórica inmediata fue la Reforma y las

guerras consecuentes, justificadas a clave moral y religiosa. Lutero y Calvino (1), difícilmente asimilables a ruisñores por cierto, no podían aceptar la escisión entre moral y política. Los contrarreformadores, por supuesto, tampoco.

C. GUERRA Y MORAL

La subordinación de la política (y con ella la guerra), a la moral es la otra tradición de viejo cuño y vigoroso arraigo que, opuesta a la que presentamos a través de Maquiavelo, conserva fuerte presencia. Existente ya desde la antigüedad clásica, también estuvo vinculada a la preocupación de la Iglesia, que trascendía en mucho lo meramente conceptual, por ajustar medios a fines en beneficio de la grey cristiana. Se fue perfilando de tal modo el concepto de "guerra justa", que tuvo sus avatares y antecedentes.

En el marco secular de una Europa asediada por infieles tan amenazadores como bien preparados para guerras sangrientas, un precedente importante fue la así llamada "tregua de Dios". La misma estaba destinada a morigerar las sangrías entre cristianos, buscando regular y restringir las depredaciones de la guerra privada para proteger a las mujeres, los campesinos, clérigos y peregrinos, así como la agricultura y los edificios.

Desde que la misión de los príncipes cristianos era contribuir a la evangelización, la guerra tanto defensiva como ofensiva pro ampliación de las fronteras de la cristiandad y conversión de los infieles debería lle-

(1) Para Lutero una guerra justa no era sino el castigo de los malhechores y la salvaguarda de la paz.

Calvino, sin dejar de lado la clemencia, entiende sin embargo la represión del mal como un deber estricto y agradable a Dios. De donde admite, cuando no alienta, las guerras que considera legítimas.

vase adelante cuantas veces se estuviera en fuerza para ello.

Pero una nobleza educada desde la niñez para combatir y sin otra fuente de gloria que la guerra, en los escasos períodos en que menguaban los ataques externos, difícilmente podía contener su belicosidad; sus ambiciones siempre le recordaban alguna cuenta pendiente y los caballeros cristianos, cada cual en defensa de "justos" títulos, guerreaban entre sí. Preferían entender que el "juicio de Dios", rebasando la dimensión de los duelos individuales, se extendía al resultado de las guerras: la razón estaría del lado del vencedor.

Lo cierto fue que, ya desde la época de Carlomagno, los conceptos morigeradores de ius ad bellum o ius in bello tuvieron escasa aplicación. Antes bien, la declaración de "guerra mortal" fue frecuente entre cristianos.

Tal declaración implicaba que los derrotados eran pasados por las armas. Esto es, si no se doblegaban ante la advertencia de que se les declaraba "guerra mortal", los vencidos (no sólo los hombres, sino también mujeres y niños que no gozaban por su sola condición de tales de fuero o consideración especial alguna) eran ejecutados. Pero he aquí que la responsabilidad moral correspondía al jefe del bando perdedor por no haberse rendido cuando le fue exigido: al aceptar el desafío, no ignorando las consecuencias, era responsable y culpable.

La guerra justa

Desde el imperio más poderoso del siglo XVI, Vitoria y Suárez se esforzaron para que la moral cristiana iluminara las conductas al poner límites a la política y a la guerra. Se revitalizaba así el legado de Santo Tomás de Aquino.

A Francisco de Vitoria, el tratamiento de la cuestión americana en particular le permite recrear postulados universales. Así como también de-

nunciar la mezquindad de los "peruleros" que no vacilaban en intrigar aún ante el emperador y el Papa con el objeto de hacer de la conquista una oportunidad para guerras perdularias e inmorales; olvidando interesadamente que los aborígenes no eran "extraños" sino también vasallos del emperador, tanto como los naturales de Sevilla. Y la guerra, de acuerdo a la doctrina del bien común habría de hacerse por el bien de los vasallos, no en su perjuicio.

Guerrear no es siempre pecado mortal, sostenía Vitoria en sus célebres Relecciones (1), pero tampoco son ilícitos los excesos. Matar en la guerra, si ello es necesario para la victoria, es lícito (como lo es fuera de la guerra ajusticiar a los que perturban el orden público). Aún al enemigo que huye; pues es potestad del príncipe vencedor tanto el castigo como el impedir la reorganización y vuelta a la carga del derrotado. "Pero no es lícito proceder a la matanza general de enemigos, sino que ha de tenerse modo en el castigo". Es menester averiguar antes por qué causa lucharon los vencidos, y aún si simplemente fueron agredidos debiendo defenderse so pena de ser considerados meros traidores a los suyos (d.7ma.).

Sólo cuando es estrictamente necesario para obtener la victoria es lícito matar inocentes (niños, religiosos y clérigos que no prestan auxilio al enemigo : Por ejemplo, al bombardear una ciudad o tratar de expugnar un castillo -muertes per accidens). Pero una vez rendida la plaza y estando fuera de peligro el vencedor, sería "herético" proceder a una matanza de

(1) VITORIA, Francisco de, Relecciones sobre las Indias y el Derecho de Guerra, Madrid, Espasa-Calpe S.A., 1975, 3ra. ed.- En nuestro texto, al hacer las remisiones bibliográficas, "d" = duda .

inocentes (d.8va.).

En una guerra justa no es lícito entregar las ciudades derrotadas al saqueo, excepto que sea necesario para la victoria. En este último caso podían los jefes llegar a permitirlo (sobre todo si se trata de recuperar un patrimonio, como los de las ciudades españolas ocupadas por los moros). Pero "pecan gravemente" quienes dieran su autorización en situación distinta. Por lo demás, nunca podría tolerarse que la soldadesca decida por sí; y es falaz el argumento que sostiene que por el pecaminoso aliciente del pillaje los soldados combatirían con mayor denuedo. En este punto, el argumento se hilvana explícitamente con Santo Tomás (1), pues está en juego el respeto por la vida de "los pobres", de "los que oran" y, en general, de aquellos "que no son causa de la guerra ni la fomentan". (d. 9na).

"Digan lo que digan los soldados", en una guerra justa no es lícito matar a los inocentes, suponiendo que en algún momento después podrían causar daño bajo la forma de venganza. De hecho no dañan y ni siquiera pueden ser muertos los hijos de los infieles "porque ninguna injuria nos hicieron" (d.10ma.)

(1) En el centro de su argumento Vitoria (primero) cita y (de inmediato) aclara: "Por donde Santo Tomás (Secunda Secundae, cuestión 2da., art. 3^o ad tertius), dice: 'que algunos herejes no han de ser castigados, ya que no pueden serlo sin escándalo y peligro de los inocentes'. A este respecto debo advertir -continúa Vitoria- que siempre debe presumirse que en la ciudad hay algunos inocentes y, por lo tanto, no es piadoso ni cristiano disponer la matanza de todos, porque aparejaría muertes de inocentes; y así los vencedores, por evitar ese peligro, al conseguir la victoria, podrían ocuparse en castigar a los culpables tomando esa represalia como satisfacción de su vindicta" (d.9na.).

No es ilícito destruir sin motivos justificables mieses o ciudades. Si no fuera necesario para conseguir la victoria, proceder de tal modo "por guato es diabólico y como fuego del infierno". Tanto más ^{por} cuanto mucho cuesta reparar daños de esa magnitud. La destrucción porque sí no es piadosa ; mucho menos entre cristianos (d.15va.)

El derecho de guerra se legitima en el autor de las Relecciones, pero el vencedor debe ser moderado en su victoria, pues de lo contrario trabajaría a favor de la ruina del género humano.

Es de interés destacar, por último, que si bien Vitoria cree en la solidaridad internacional no concluye en absoluto que haya necesidad de un superestado, ni aún de un órgano de cooperación internacional como entidad adecuada para encarar el problema de la guerra con arreglo al bien común (').

Para el otro grande del pensamiento sobre el derecho de guerra y la defensio fidei, Francisco Suárez, además, el propio estado era concebido como un organismo moral y debía su origen como orden político en general al Dios creador. Origen de derecho natural que relacionaba estrecha y jerárquicamente moral y política (").

De donde con ajuste al punto de vista de Suárez una guerra sería legítima si fuera llevada a cabo por un "príncipe calificado", invocando un justo título y, en el teatro bélico, actuando debitus modus.

De modo concomitante, Suárez consideraba que el arbitraje, en particular aquel del Soberano Pontificio, era recomendable a los príncipes cristianos, pero no obligatorio. Finalmente, lejos de poner la guerra fuera de la

(') y (") Cf. MESNARD, P., Op.cit., respectivamente pág. 470 y 647/48.

ley, el autor se esfuerza ante todo por ponerla dentro de la ley, pues entendía que la mayor parte de los horrores de la guerra provienen de considerarla como una suerte de "necesidad natural" que escaparía a las normas jurídicas. Tales son, en rápida secuencia, los trazos centrales que dan contenido al concepto de "guerra justa" desde una comprensión de la guerra que exige, indeclinablemente, el ajuste a fines morales. En otras palabras, la guerra y la política no podrían ni deberían ser escindidas de la moral.

D. LA GUERRA TOTAL

El paradigma de Pallas Atenea, las realidades recurrentes fijadas a través de los vocablos *εὐχαι* y *νίκη*, el uso arbitrario de la fuerza contra el más débil (halcón y ruiseñor), el azar y el "destino", el desentenderse de las cuestiones morales o el elevarlas a un lugar preeminente y rector, nos aproximan mucho más a la médula del fenómeno guerra que cualquier definición; sobre todo si le resta entidad al "definirla", de un modo u otro, como "ausencia" de paz.

Desde tal actitud metodológica, conviene ahora detenernos en algunas precisiones. Hacia fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, la conjunción de dos fenómenos, la levée en masse de la población (para poner en pie de guerra ejércitos) junto con el totalitarismo que comenzaba a cobrar velocidad vertiginosa, agregaron determinaciones inéditas a la guerra. Del vendaval surgieron tanto las campañas napoleónicas como nuevos e importantes aportes teóricos.

En este último campo, descuellan nombres como el de Félix de Guibert entre los precursores, el barón de Jomini y Karl Von Clausewitz entre los autores que escribieron luego de Napoleón y sobre la base de las enseñanzas del riquísimo período protagonizado por el Emperador.

De la Guerra, sienta un verdadero punto de referencia, por lo ine-

ludible, para la comprensión del fenómeno en cuestión. Por razones de orgánica interna de nuestra presentación, no nos detendremos aquí sobre esa obra sino que incluimos como apéndice a nuestro trabajo de tesis una presentación con cierto grado de detalle del libro de Clausewitz .

Mientras tanto, inmediatamente antes de abocarnos a la guerra como problema actual, destacamos una notable diferencia que distingue los tiempos que corren de lo acaecido durante las Primera y Segunda guerras mundiales ("totales" en el sentido de que todos los recursos disponibles se ponían en obra). En la actualidad, las grandes masas de ejércitos y cierto nivel de industria destinada a avituallarlos, aún cuando son significativos complementariamente, no son decisivos. En la guerra termonuclear bastaría un número relativamente reducido de especialistas para detonar efectos devastadores, exponencialmente superiores a los de las dos grandes guerras del siglo sumadas.

II. LA GUERRA COMO PROBLEMA ACTUAL

- A. LA DISUASIÓN NUCLEAR**
- B. LA REFLEXIÓN TECNOLÓGICA COMO ANGUSTIA POR LA GUERRA
EN EL SENO DEL MUNDO DESARROLLADO (CIVILIZADO)**
- C. EL ESTADO TOTALITARIO Y LA GUERRA**

II. LA GUERRA COMO PROBLEMA ACTUAL

Tras las bombas atómicas arrojadas sobre Hiroshima y Nagasaki, cobró forma una justificación principal : los muertos y destrozos provocados, si bien muy considerables ("), habrían sido muchísimo menores que las vidas y pérdidas cobradas a ambos contendientes para obtener el mismo resultado (la capitulación del Imperio del Sol Naciente) mediante la guerra convencional. De todos modos, particularmente entre los científicos del bando vencedor (" ") cundió una suerte de responsabilidad no exenta de culpa por la magnitud destructiva y potencial bélico de sus creaciones. Peor aún, ganó cuerpo la sospecha de que todo avance creativo de alta tecnología iba a te-

(") Las cifras oficiales del Departamento de Estado son las siguientes :

| | <u>Hiroshima</u> | <u>Nagasaki</u> |
|-----------------------------|------------------|-----------------|
| Población total | 255.000 | 195.000 |
| Hillas cuadradas destruidas | 4,7 | 1,8 |
| Muertos o desaparecidos | 70.000 | 36.000 |
| Heridos | 70.000 | 40.000 |

La bomba empleada tenía una potencia de 20 kilotonnes. Una de 1 megatón produciría destrozos aproximadamente 30 veces superiores. En la actualidad habría bombas de hasta 200 megatonnes.

Datos tomados de ARON, Raymond, Paz y Guerra entre las Naciones, Madrid, Rev. de Occidente, 1963, pp. 488/9.

(" ") Cf. Propuestas de Baruch, presentadas a las Naciones Unidas en 1946 como conclusiones de una serie programada de reuniones de científicos, políticos, estadistas y personalidades preocupadas por las consecuencias de la bomba atómica.

Cf. también : Un Mundo o Ninguno, Prólogo de Niels Bohr, Bs.As., American Books, 1946. Patrocinado por la Federación de Científicos Norteamericanos Especialistas en Ciencia Atómica. Incluye trabajos de Albert Einstein, J.R. Oppenheimer (el "padre" de la bomba A), Walter Lippmann y Leo Szilard, entre otros. El capítulo final, firmado por dicha Federación de Científicos, con tono de cruzada concluye : (dirigiéndose al lector) "¿Qué puede hacer Ud.? Por lo menos, ahora que usted ha leído este libro, discútalo con sus amigos, no lo deje de lado. (...) Continúe su educación para la supervivencia informándose bien. (...) "El tiempo urge y la supervivencia está en juego". (pág. 248, in fine).

ner, primariamente, una implementación bélica, con fines de política de poder.

Al principio, dicha preocupación tuvo considerable repercusión. Ahora ya no. La opinión pública parecería haberse acostumbrado al flagelo bélico como parte constituyente de la "paz" que disfruta. Por su parte, los científicos no cesaron de producir ingenios cada vez más terribles, aún sin ignorar que el sponsorship básico para sus investigaciones proviene de fundaciones tributarias de las corporaciones con fuertes intereses en las más sofisticadas industrias bélicas y/o directamente de las Fuerzas Armadas estatales.

Es así que a esta altura de la postguerra, toda aquella agitación en torno a las cuestiones éticas y la guerra se ha disipado casi hasta lo imperceptible. La solución de compromiso parece haber sido, de hecho, recrear una escisión (al modo de "aquíavelo) entre ética y política. Acompañada de otra entre ética y ciencia (la objetividad científica sería aséptica y prescindente). Asimismo es verificable aún otra; esta vez entre ciencia y política, aunque menos tajante y en un marco donde los límites y las interrelaciones son más confusas y difíciles de entender, por lo conflictivamente estatuidas desde los diversos ángulos (e intereses).

Para mejor tomar en consideración las realidades presentes, mostraremos la cuestión de "la guerra como problema actual" prestando atención a una generación dominante de estudiosos (civiles y militares), madurados durante la última guerra y post-guerra, que reclaman para sí alto grado de objetividad. Los mismos entienden trabajar "científicamente" en tanto se basan sobre "los datos de la experiencia", sistemáticamente procesados con ayuda de las más modernas teorías incluso aquellas a clave matemática (de los juegos, cibernética). Dichos pensadores a menudo relegan la cuestión ética (y filosófica en general), bien que en diferente grado, amparándose en

una especialización que muchas veces, en su capacidad de escindir, no rebasa supuestos extraídos de una enrarecida y contemporánea atmósfera tecnocrática. Hay matices, sin duda; y los hay importantes. Pero quienes teorizan sobre la guerra, y pertenecen a los círculos que tienen en sus manos las decisiones sobre ella, funcionan sin adscripción expresa a ninguna filosofía, aún cuando, en general, admiten cierta zona que, escapando a los marcos categoriales empleados para pensar la política y la guerra, condiciona a ambas en su meollo. No obstante, los más importantes desde el punto de vista de la capacidad efectiva de toma de decisiones, respiran en una u otra de las dos grandes atmósferas filosóficas imperantes en los superpoderes de la época: el liberalismo (lato sensu) y el marxismo-leninismo.

Su pensar y el discurso que lo expresa, rara vez son filosóficos; pero tienen implicancias filosóficas muy importantes. En definitiva, estos pensadores están lidiando con el problema de la técnica y la supervivencia de la especie humana; con la racionalidad o la irracionalidad en la toma de decisiones; con los alcances de la lógica aplicada a la realidad, en fin, con la angustia y la incertidumbre. En particular esta última, que parecería enseñorearse sobre las restantes dimensiones.

Para Hesfodo estos contemporáneos hombres de pensamiento cuyo negotium es el empleo racional de la fuerza serían sin duda halcones, nunca ruiseñores. Pero es decisivo destacar que aquello que inquieta a estos modernos halcones no son solamente los ruiseñores sino, simultáneamente y en primer lugar, su enfrentamiento con otros halcones interesados en los mismos ruiseñores.

A. LA DISUASION NUCLEAR

La invención y perfeccionamiento constante de las armas nucleares primero y termonucleares luego han obligado a pensar "la guerra" en sí misma (como contexto válido para tomar decisiones sobre las guerras contemporáneas, intermitentemente generadas por las continuas crisis). No es una actitud nueva, sino una reafirmación. Clausewitz ya había puesto de manifiesto esa "necesidad" y sentado bases teóricas para tal cometido.

Los sistemas de armas termonucleares, fruto de la razón científica y tecnológica, han provocado, por otra parte, una revolución en materia de racionalizaciones. Pero no ha surgido por ello ninguna nueva racionalidad. No se ha producido ningún giro copernicano en torno a la comprensión del hombre y su razón. Se está, eso sí, frente a una alta cuota de incertidumbre; provocada nuevamente por ingenios de la razón que arman emociones a duras penas controlables racionalmente.

Así, gobiernos enemigos hasta lo filosófico disponen de armas tales como para infligirse mutuamente gravísimos daños, quizá arrastrando en holocausto a las sociedades que dirigen. Existen arsenales que aún no han sido empleados pero que, paradójicamente, deben acrecentarse constantemente con la finalidad de no ser puestos en obra. Pero cabe siempre la duda acerca de si esto último podrá ser mantenido. El nuevo poder termonuclear acrecienta la incertidumbre y obliga a razonar preocupadamente.

Originalidad del nuevo poder destructivo

Una bomba termonuclear de 1 megatón equivale en poder a una salva simultánea de 200 millones de cañones de 75 mm. Una sola bomba atómica, aseguraba un conocido experto ya en 1959, puede contener una fuerza mayor que todos los explosivos usados por el conjunto de los beligerantes durante la segunda Guerra Mundial o aún mayor que toda la energía jamás usada en cual-

quier forma durante todas las guerras anteriores de la humanidad puestas juntas. "Y en el mundo hay docenas, probablemente cientos, si no miles de tales bombas". Una cabeza atómica de 20 megatonnes (mil veces más poderosa que la arrojada sobre Hiroshima), detonada sobre Boston destruiría todo dentro de un radio de cuatro millas. Hasta diez millas desde el punto cero, tormentas de fuego desvastarían todos los edificios y árboles. De los tres millones de habitantes del Boston metropolitano, 2.2 millones serían muertos de inmediato. Casi todo sobreviviente quedaría mutilado, quemado o en estado de shock. De los 6.000 médicos residentes en el área, sólo 900 quedarían en condiciones de atender a los heridos. A la vez, los sobrevivientes quedarían afectados por nuevas e incurables enfermedades, tales como severos envenenamientos por radiaciones y reacciones hacia aguas y alimentos contaminados (").

Un autor norteamericano, bien informado y de renombre puede decir con naturalidad en sus argumentaciones (hacia 1973) "las 7 mil o más armas nucleares tácticas que ya hemos emplazado en Europa para protegerla contra su ataque (el soviético)" agregando "muchas de ellas alcanzan hasta 100 kilotonnes de potencia, lo que no hace mucho tiempo se habría considerado co-

(") Datos tomados en orden sucesivo de :

- BEAUFRE, Andrés, Introducción a la Estrategia, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1965, p. 86. En adelante : BEAU-IE.
- ARN, Raymond, op.cit., p.p.478/9. La cita pertenece a H. Morgenstern: The Question of National Defense, New York, 1959, pp.9/10. En adelante: ARN.
- Time, January 12, 1981, pp. 15, New York.

mo un arma estratégica terriblemente poderosa : cerca de ocho veces más potente que la bomba que destruyó Hiroshima". Con el agravante que la bomba que destruyó la ciudad japonesa pesaba 4.500 kilogramos y ahora se puede producir una mucho más potente transportable por un hombre, y hasta son posibles (y probablemente existan) "bombas de portafolio" (") .

Todos esos "progresos" se consiguieron en lo que va desde 1945, un tiempo relativamente corto pero de gran aceleración. Con tales resultados a la vista, en lo que resta del siglo se esperan avances que por ahora desbordan la imaginación. Devastadoras cabezas nucleares están montadas en la proa de poderosos misiles intercontinentales, los cuales son capaces de re-entrar en la atmósfera dirigiendo esas múltiples warheads hacia objetivos diferentes con gran precisión (sistemas MARV y MIRV). Cabe recordar que existe capacidad de propulsión suficiente como para enviar astronautas a la luna y retornarlos sanos y salvos. Los explosivos nucleares están distribuidos según un "trípode estratégico" constituido por bases de hormigón en tierra (silos misilísticos); submarinos (erizados de misiles) propulsados con energía nuclear capaces de dar varias vueltas al mundo sin necesidad de emerger ni reabastecerse (" "); y por la fuerza aérea estratégica que mantiene aviones permanentemente en vuelo listos para el bombardeo atómico (operando básica-

(") Brodie, Bernard, Guerra y Política, México DF, FCE, 1978, pp. 389 y 363. En adelante BRD.

(" ") En la actualidad los submarinos nucleares alcanzan con facilidad la velocidad de 50 nudos (aproximadamente 92 km. por hora). Ya en 1958 el Nautilus (primer submarino atómico norteamericano) navegó bajo los hielos del Círculo Polar Ártico entre los 120 y 450 metros de profundidad. En 1960 el Tritón dio una vuelta al mundo sumergido por completo, siguiendo la ruta de Magallanes-Bicano (aproximadamente 90.000 kilómetros) sin necesidad de emerger ni una sola vez. En 1966 el mismo recorrido fue realizado por una escuadra de submarinos nucleares soviéticos .

mente sobre el círculo polar ártico). Por último, el tiempo de alerta total de que dispone cada superpotencia antes de ser alcanzada por los misiles intercontinentales de su enemigo es de escasos treinta minutos.

Semejante estado de cosas, hace tiempo ya denominado "delicado balance del terror" ("), suele denominarse "paz". En efecto, se trata de ausencia de guerra; por lo menos de cierto tipo, y en determinado nivel. Examinemos el fenómeno más de cerca.

La "guerra imposible" (no deseada)

La situación de "empate" (pérdidas mutuas reputadas como intolerables en caso de un intercambio termonuclear masivo), ha llevado a las dos superpotencias involucradas a barajar distintas alternativas precautorias (en sentido de si vis pacem para bellum).

Una de ellas consiste en la destrucción preventiva del armamento nuclear enemigo mediante una combinación de ataques directos simultáneos. Con el actual despliegue territorial, aéreo y marítimo de fuerzas ello ya no se considera posible (" "). Además requeriría asumir la responsabilidad de tomar la iniciativa, de desencadenar la guerra. Supone asimismo una táctica "contrafuerzas", respetando las ciudades. Pero no hay ninguna garantía de que el enemigo no responda directamente con un bombardeo contra ciudades(" " ")

(") WOHLSTETTER, Albert, The delicate Balance of Terror, Foreign Affairs, vol.37, Nro. 2, New York, 1959, pp.211/234.

(" ") Quizá hubiera sido posible durante el neto predominio norteamericano en los primeros tramos de la década del 50.

(" " ") Los autores norteamericanos hablan de estrategias contra-ciudades (countercities strategy) y contrafuerzas (counterforces strategy). Desde un punto de vista estricto sería más propio hablar de "tácticas" en ambos casos, según indica A. Beaufre (op.cit.)

antes bien, lo más probable es que recurra a ello. En realidad los soviéticos siempre han declarado que un intercambio nuclear total es, precisamente, total. Los norteamericanos, con la intención de abstenerse de iniciar ellos las hostilidades y, a la vez, evitar ser tomados por sorpresa, han producido el concepto de "golpe preemptivo" (preemptive blow), vale decir, sólo abrirían fuego nuclear, en lo posible contrafuerzas, ante la inminencia comprobada de un ataque enemigo.

Como otra alternativa, se pensó en generar dispositivos tecnológicos capaces de interceptar las armas atómicas enemigas antes de que éstas alcancen sus blancos. Ello se evidenció sumamente inseguro habida cuenta de la multiplicidad de bases de lanzamiento terrestres, aéreas, marítimas, más su muy amplio y disperso despliegue. Por lo demás, se acepta como históricamente comprobado que a cada progreso en cuanto a medios de intercepción lo sigue casi de inmediato un perfeccionamiento de medios de penetración. La consecuencia de ese "círculo vicioso" consiste en el desarrollo, durante el tiempo de "paz", de una competencia continua por mejorar la cantidad y calidad de los sistemas de armas nucleares. "Esta estrategia no libra batallas (destaca Beaufre), pero trata de superar las 'marcas' de los materiales adversos. Se le ha dado el nombre de 'estrategia logística' o de 'estrategia genética'. Su táctica es industrial, técnica y financiera. Es una forma indirecta de desgaste que, en vez de destruir los medios enemigos, se contenta con descalificarlos, provocando así enormes dispendios" (p.91). Por esta carrera las superpotencias reducen permanentemente a la obsolescencia importantes tramos de la parafernalia enemiga. Pero, como contrapartida, la necesidad de mayores presupuestos y gastos militares se hace, paso a paso, más acuciante para ambas.

Otra alternativa barajada hacía hincapié en las protecciones físi-

cas contra los bombardeos nucleares (shelters, refugios de hormigón, sistemas de dispersión y movilidad). Pero las posibles de erigir ya no son confiables casi ni siquiera para proteger bases y emplazamientos misilísticos. Mucho menos para dar seguridad a la población y ni siquiera para preservar los organismos claves de gobierno y comunicaciones.

Por todo lo anterior, en fin, resulta mucho más seguro, razonable y económico concentrar todos los esfuerzos en la formación de una eficiente fuerza de ataque (striking force) capaz de plantear muy claramente al enemigo los costos tremendos que podrían ocasionarle incurrir en la temeridad de un ataque. Llegamos así al punto fundamental de la disuasión nuclear, cual es la intención de condicionar la voluntad del adversario sin necesidad de forzarlo al costo de una guerra.

Los factores material y psicológico de la disuasión

El factor material (disponer de una panoplia de sistemas de armas termonucleares con gran poder de destrucción) es condición necesaria pero no suficiente; pues el enemigo cuenta con capacidades semejantes. Más aún, calcular el peso del factor material se complica casi hasta la incertidumbre si se computa, como no puede ser de otra manera, la variable "quién tirará primero". Pues no es lo mismo responder a un ataque con las fuerzas restantes, partes muy considerables del territorio civil e industrial arrasados, los sistemas de comunicaciones seriamente dañados que, al revés, atacar primero y limitarse a absorber el contragolpe.

Una incertidumbre complementaria surge debido a que el poder destructivo del armamento atómico acumulado no ha sido nunca probado contra escenarios reales; y mucho menos los encadenamientos destructivos conjeturables tras salvas masivas de bombas termonucleares.

No obstante su carácter fuertemente conjetural, al decir de Beaufre,

el factor material tiene

"un carácter casi geométrico" si se lo compara con el factor psicológico, "mucho más importante y mucho más imponderable" ("). En efecto, desde el ángulo psicológico la incertidumbre se acrecienta : ¿cuáles datos se consideraran suficientes para un ataque "preemptivo"? ¿se mantiene la táctica "contrafuerzas" o se apela a la táctica "contraciudades" dotada de un valor de amenaza más absoluto?, ¿tiene esta última realmente ese valor?, ¿No será posible acaso sobrevivir a una guerra nuclear y continuar siendo potencia predominante? porque ¿cuánto vale, qué precio tiene (y a cambio de qué ganancia) sacarse de encima a la superpotencia enemiga?, ¿No flaqueará la voluntad propia y atacará el enemigo primero?, ¿por qué esa novedad histórica de que no se usarán efectivamente las más potentes armas de guerra disponibles?, en términos de seguridad: how much is enough? (" ").

(") Nos valemos, en este caso, de un giro beaufriano; pero todos los autores consultados coinciden en la preeminencia cualitativa del factor psicológico.

(" ") ENTHOVEN, A.. & SMITH, K.W., How Much is Enough?, New York, Harper & Row, 1971. En p. 20 se ofrece el sugerente cuadro y comentario que sigue:

| Población e industria soviética destruida (1972 : población 247 millones Población urbana 116 millones) | | | |
|---|------------------------------------|--------------------------------|---|
| cabezas nucleares de un megatón arrojadas | Total de población muerta millones | porcentaje de población muerta | porcentaje de capacidad industrial destruida. |
| 100 | 37 | 15 | 59 |
| 200 | 52 | 21 | 72 |
| 400 | 74 | 30 | 76 |
| 800 | 96 | 39 | 77 |
| 1.200 | 109 | 44 | 77 |
| 1.600 | 116 | 47 | 77 |

Es de destacar que si se duplica el ataque de represalia (retaliatory attack) de 400 a 800 megatoneladas sólo resulta muerto un 9 % más de la población y destruida un 1% más de la industria.

El "segundo golpe", credibilidad, incertidumbre

Toda esa incertidumbre tiene su epicentro en torno a la decisión de dar el "primer golpe". Pero se supone que cualquiera de las dos superpotencias soportaría un primer golpe (bien que terrible) y le quedaría aún una capacidad de "represalia" (retaliation) capaz de devastar a su atacante en un inevitable e imparable segundo golpe (second strike).

Por tanto, lo "racional" (evitar que se pase a la guerra termonuclear en los hechos) depende de la credibilidad recíproca respecto de la decisión del enemigo de emplear efectivamente sus capacidades termonucleares, en carácter preemptivo y/o de represalia.

Esa credibilidad es estabilizadora porque desalienta el recurso a la fuerza. Pero hay peligros de signo contrario, desestabilizadores. Una brecha material (tecnológica), fehacientemente percibida y que favoreciera a uno de los enemigos, podría tentar al beneficiario para aprovecharse de la ventaja y lanzar el ataque con un margen "razonable" de seguridad. Tanto o más podría tentarlo la sospecha de que por problemas de indecisión "psicológica" i.e. trabas políticas, sociales, morales o simple vacilación de la conducción^(*) el enemigo perdiera más de quince minutos, dentro del total de treinta del alerta, pero suficientes para inhibir el lanzamiento efectivo de su poder de represalia. Por ello es necesario reforzar permanentemente la credibilidad en la capacidad y resolución propias.

Pero tampoco se puede abusar de la amenaza, de la "mise-en-scène".

(*) Es reconocido que un error de apreciación de este tipo (la supuesta inmadurez del presidente Kennedy) llevó a N. Jruschov a lanzarse a la aventura de emplazar misiles con cabezas nucleares en Cuba (crisis de 1962), error que concluyó con una retirada soviética sin atenuantes.

Porque lo racional y hasta lo razonable tienen sus límites, por difíciles de determinar que ellos pudieren ser y parecer. El problema que podría emerger tras esos límites consiste en que, en cualquier momento, "inexplicablemente", podría enseñorearse la irracionalidad, en uno u otro bando y, a despecho de todo código, dar lugar a un cataclismo "imposible", "increíble". De donde la peligrosa incertidumbre está alimentada, en el caso que nos ocupa, de racionalidad e irracionalidad en proporciones que escapan a toda cuantificación.

Es pues en semejante zona de incertidumbre donde la guerra y la paz, polos de alto voltaje, tienen su lábil campo neutro. Bastante lábil por cuanto deben computarse otros condicionantes que son muy difíciles (cuando no imposibles) de controlar por los dos protagonistas centrales.

Guerras "limitadas", "terceros actores" y "escalada"

En efecto, la incertidumbre no sólo es provocada por el eventual y temido uso de las armas atómicas para bombardeos recíprocos sobre sus territorios nacionales por parte de ambas superpotencias. Además de ese escenario posible, otros complican la cuestión y desafían la racionalidad.

Con el mundo como teatro de operaciones, cada superpotencia tiene aliados y compromisos militares a los cuales responder. Y no todos pueden ser resueltos mediante el uso de armas atómicas. Para pesar con eficiencia en la resolución conveniente de crisis locales (sudeste asiático, medio oriente u otras) las superpotencias deben contar, entre otros resortes de poder, con poderosas fuerzas (terrestres, aéreas y navales) de intervención "convencionales" (subatómicas). De tal forma, complementariamente, se disuade al enemigo de aventuras militares en tales teatros, o por lo menos, se le eleva apreciablemente el costo de las mismas. A la vez se limitan geográficamente, en términos de potencial empleado y de fuerzas comprometidas, las guerras meno-

res o periféricas. Se produce así una forma de "disuasión complementaria" de la disuasión nuclear propiamente dicha.

En ciertos territorios de particular valor (Europa Occidental) la disuasión complementaria, además de poderosas y sofisticadas fuerzas subatómicas ("), se refuerza con el despliegue de proyectiles nucleares denominados "tácticos" (que, en ciertos casos, como vimos, pueden ser varias veces más potentes que los empleados en Hiroshima y Nagasaki) de diverso tipo (" "). Tales armas nucleares tácticas eventualmente podrían ser utilizadas en otras guerras limitadas en teatros más periféricos.

En conjunto, desde la última post-guerra hasta el presente se ha venido logrando así una disuasión apreciablemente completa y que ha permitido hacer pesar la capacidad nuclear también en crisis menores (desde el punto de vista de las superpotencias naturalmente). Pero también se aumentan los riesgos. Porque surge nuevamente la incertidumbre de si a partir de un conflicto limitado no se producirá una escalada que obligue al uso de armas nucleares

(") Una idea de cuyo poder destructivo lo da el hecho de que, por ejemplo, hacia 1971 los EE.UU. ya llevaban arrojadas en Vietnam una cantidad de bombas tres veces superior al conjunto de las empleadas por esa superpotencia durante toda la segunda Guerra Mundial (BRD, p. 171).

(" ") Entre ellos armas de radiación intensificada, como la denominada "bomba de neutrones". La misma tiene muy reducido poder explosivo (afectaría sólo al objeto sobre el que haga impacto directo), pero un poder de radiación muy alto, capaz de penetrar todas las corazas conocidas. En particular la de los tanques soviéticos del Pacto de Varsovia, preparados para resistir las radiaciones termonucleares, lo cual los habilitaría para operar inmediatamente luego de un eventual bombardeo atómico. La bomba de neutrones causaría muy pocos destrozos pero provocaría gran mortandad. Es de muy sencillo transporte y se puede arrojar con obuses convencionales preparados a tal efecto. El periodismo la ha denominado "supercapitalista", porque "destruye vidas sin dañar la propiedad".

tácticas primero y luego termine complicando a las superpotencias en el empleo de su arsenal atómico pesado (").

Pues existen terceros actores, voluntades atómicas distintas de las superpotencias (" ") que, si bien están mucho más circunscriptas en cuanto a su movilidad en el tablero internacional, deciden autónomamente en cuanto hace a la seguridad de sus territorios y tienen poder (más "responsabilidades" indiscernibles de apetencias hegemónicas) sobre sus entornos inmediatos(" " ").

La proliferación nuclear

El tema de la pluralidad de voluntades independientes con capacidad nuclear, actual y/o potencial, es uno de los más complejos y preocupantes en este mundo erizado de conflictos. Porque, no obstante las salvaguar-

-
- (") Por ejemplo, un arrollador ataque con sus superiores fuerzas convencionales por parte del Pacto de Varsovia contra Francia (o Alemania Occidental), seguida de ocupación territorial y negativa de retirada, ¿sería casus belli como para que los EE.UU. se vean enzarzados en un intercambio nuclear total con la URSS? La cuestión encierra un alto grado de incertidumbre porque Francia posee una force de frappe (striking force) nuclear propia lista para ser empleada en cuanto lo considere necesario o conveniente, con prescindencia de la voluntad de las superpotencias. Este ejemplo es sólo uno de los posibles (Francia podría sentirse amenazada directamente por la caída de Austria, o la OTAN por la de Suecia y hay muchos otros escenarios posibles), bien que en la zona conceptuada como la más valiosa y delicada para ambos superpoderes :Europa.
- (" ") Los miembros formales del "Club Atómico", vale decir los estados nacionales que han reconocido poseer y desarrollar in enios nucleares, son EE.UU., URSS, Inglaterra, Francia, Alemania Occidental, India y China.
- (" " ") Además de Francia e Inglaterra, por ejemplo China e India han revitalizado en las últimas décadas profundos enfrentamientos entre sí que sacuden a países vecinos más pequeños y que, según la red de alianzas vigentes a la sazón, involucran a las superpotencias. Por lo demás, existen asimismo voluntades de difícil control en medioriente y sudáfrica, escenarios donde es un secreto a voces que hay actores que poseen armamento nuclear... y su existencia como naciones seriamente amenazadas.

das exigidas (y restantes mecanismos de control propiciados) (") por las superpotencias a través del "Club Atómico", se estima que hacia la última década del siglo, alrededor de veinte estados nacionales podrían disponer de ingenios nucleares, según coinciden en ello los cálculos de fuentes más confiables (" "). Y no se advierten métodos eficaces para detener el proceso o, por lo menos, desacelerarlo considerablemente.

Sucede que un ataque sobre el territorio de un estado nacional sólo en contadísimos casos se transformaría en casus belli para las superpotencias. De donde la enorme mayoría de estos cuentan para su autodefensa básicamente consigo mismos. Entonces, hace notar un lúcido científico nuclear de Los Alamos (" " "), aquél que a semejanza del puercoespín pudiera protegerse con los aguijones de una discreta fuerza nuclear, sería mucho menos apetecible (y, eventualmente, digerible) por los predadores ; en particu-

(") Por ejemplo el sistema Recover (Remote Continual Verification). Se trata de un sofisticado centro de computación, sito en las instalaciones de la International Atomic Energy Agency en Viena, desde donde se vigilan los alrededor de 600 usinas nucleares, laboratorios, depósitos de combustibles nucleares e instalaciones conexas de todo el mundo, con el objeto de verificar el "correcto" empleo, comprometido por salvaguardas, de los materiales nucleares. Newsweek, Sept., 15, 1980, Washington DC.

(" ") Sobre el tema de salvaguardias y proliferación nuclear, que involucra directamente a la Argentina, cf. nuestra entrevista al Cte. C. Castro Madero, publicada en Rev. Estrategia, Nro. 51, Marzo-Abril 1978.

(" " ") SANDOVAL, R. Robert, Consider The Porcupine, Bulletin of the Atomic Scientist, Mayo 1976, pp. 17-19.

tar los de la vecindad(').

Tensiones adicionales

El cuadro se complica aún más porque, además de la existencia de conflictos locales a veces ancestrales entre vecinos, el conjunto de países sufre, de un modo u otro, tensiones agregadas por el conflicto a escala mundial entre las superpotencias. De ello dan testimonio la multiplicidad de alianzas y el permanente esfuerzo por desgastar al enemigo desequilibrando, introduciendo el desorden en su zona de influencia.

La inmemorial táctica de alentar guerras, insurrecciones y desórdenes dentro de los dominios del enemigo, reverdeció con gran fuerza a propósito de la disuasión nuclear. Una de sus consecuencias de más nefasta repercusión en países de occidente ha sido la reactivación en escala crecientemente considerable de la variante terrorista o subversiva como táctica de desestabilización (").

(') Sucede que la disuasión nuclear surgió como una doctrina "en esencia didáctica", esto es, un juego entre dos protagonistas claramente identificados. Pero bajo las condiciones de lo que ha dado en llamarse "multipolaridad nuclear", esa claridad se pierde en función directa del mayor número de actores. No obstante los especialistas deben esforzarse en diseñar escenarios probables. Así, "Pueden imaginarse dos clases de mundos multipolares. El primero es un mundo en el cual las superpotencias o bien no tienen gran ventaja estratégica sobre otros estados o bien su liderazgo ha dejado de funcionar. El segundo es un mundo en el cual importantes disparidades en cuanto a capacidades entre pequeños y grandes poderes nucleares permiten a las superpotencias efectuar un tosco, no refinado, crudo pero no obstante importante rol de policía. En el primer caso, la multipolaridad podría ser estratégicamente más estable que en el segundo, en el sentido de que una mayor equivalencia en fuerzas estratégicas facilitaría una aproximación a la disuasión multipolar. En el segundo caso, la disuasión multipolar no tendría cabida y la estabilidad tendería a depender de los planes de acción políticos de las dos superpotencias para crear estabilidad allí donde de otra manera no existiría. Prospects of Deterrence, Adelphi papers Nro.116, Instituto de Estudios Estratégicos, Londres, 1975.

(") BEAUFRE, La apuesta al desorden, Bs.As., Amicalee, 1971// GOYRET, José T., Geopolítica y Subversión, Bs.As., 1981, pp. 31-32.

La industria de guerra

Uno de los fenómenos más notables de la historia de occidente, por lo menos a partir de los comienzos de la expansión europea ya en el siglo de Maquiavelo, es el de la industria de guerra. Dinamizada hasta lo fantástico por la gran demanda que, en cantidad y calidad, generan las concepciones y las políticas vigentes, la gran industria bélica es la más importante y desarrollada, en sentido integral, del mundo contemporáneo. Las cifras sobre cantidad de técnicos que emplea, know how de primera línea que atesora y gravitación en las principales economías (tanto como, entríste paradoja, en la de los países subdesarrollados que son fuertes importadores) no tiene parangón. Inclusive países que han logrado concitar sólida confianza acerca de su "vocación" de paz, son exportadores de armas, rubro muy rentable de sus economías.

Líder en aquello que constituye el meollo de la alta tecnología, la "Investigación y Desarrollo" (Research & Development -R&D-), consecuencia de concepciones y opciones filosófico-políticas, condiciona silenciosa pero decisivamente, sectores claves de la economía.

Por consiguiente, dadas las realidades actuales, la tradición que las informa y lo previsible de ellas, no sería posible pensar en paz alguna sin tomar muy seriamente en cuenta la industria de guerra; tan ligada a la "paz" como la guerra misma; pero particularmente floreciente en los períodos así llamados de "paz".

El fenómeno, insistimos, no es nuevo. Pero inquieta que no sea inquietante. La magnitud de la parafernalia destructiva que se produce hora tras hora desafía a las capacidades de registro más perfeccionadas; y los planes de "modernizaciones" son permanentes en las distintas fuerzas (atómicas y subatómicas) tanto en los países más ricos como en los más indigen-

tes (1). Se trata de esas realidades cotidianas que, por añadidura, tiene la tremenda fuerza de aquello que, incorporado como supuesto, en general no asombra.

La incertidumbre reforzada por las certezas disponibles

No obstante, algunas certezas (por lo menos aquello certificado por su recurrencia) inquietan a los especialistas. Valga pues un breve listado. El hombre difícilmente se ha contenido de usar sus mejores (más potentes) armamentos. La irracionalidad siempre ha estado presente, en cuota variable, en las grandes decisiones. Desde el punto de vista de la racionalidad, la guerra nuclear (dadas sus tremendas consecuencias prolijamente evaluadas) sólo podría producirse por un "error de cálculo" (2); admitidamente una enfermedad endémica de los humanos encargados de realizarlos, sobre todo en los niveles decisivos (político-militares). Los más nobles gestos de pacificación y, a veces, hasta de conciliación, suelen confundirse con provocaciones en una situación de crisis. Introducir orden racional en la guerra es empresa muy ardua, porque el fenómeno bélico en sí mismo excede en mucho lo racional. En fin, las computadas son sólo algunas de las nubes más oscuras que empañan el horizonte, pero suficientes para destacar la paradoja de las "certezas" que acarrearán incertidumbre. Una incertidumbre que no logra ser disipada por distintos tipos de cálculo.

La voluntad y la guerra

Los esfuerzos, sin embargo, no cejan. El pensamiento norteamericano-

-
- (1) Sobre el mercado de armas, cf : Restraining Arms Exports to the Third World: Will Europe Agree? por L. G. Franko en Survival, January/February 1979, Instituto de Estudios Estratégicos, Londres.
- (2) Gral. de la URSS G. Gerasimov, "Guerra Accidental" en Criterio, Nro. Extraordinario Navidad 1967 ,p. 920 y ss. y también Tratado USA-URSS sobre accidentes nucleares y su pronta comunicación recíproca en SIPRI- Yearbook 1979, Estocolmo, SIPRI, 1980.

no-calificado de retórica, en tanto discurso sobre la guerra, por un autor (') ha generado diversos tipos de cálculo. Uno de ellos, cuestionable en cuanto a sus resultados finales, ha producido, sin embargo, una fórmula ilustrativa

(') André Glucksmann : El Discurso de la Guerra, Barcelona, Anagrama, 1968. Glucksmann afirma que, en la esfera del discurso de la guerra el estatuto del discurso disuasivo es el de la Retórica "arte de construir bien un discurso", según la definición de E.R. Curtius. "La disuasión, aunque pueda parecerlo a quienes la enuncian, no es ni puede ser la lógica cierta que tiene como objeto acontecimientos simplemente probables. Su incertidumbre no se halla solamente en el objeto que se da sino en la inteligibilidad interna a que apunta, es una lógica verosímil, el arte de discutir sin concluir rigurosamente. Con esta discusión, la disuasión desarrolla la subtilitas, la elegantia, quien esté al tanto de sus quaestiones, podrá, después de los ejercicios teóricos en los cuales la disuasión lo instruye, pasar, como los alumnos de Oxford en el siglo XVIII, a general sophister. La única ironía de todo eso es la que apunta a un arte liberal que quiere hacerse pasar por ciencia en consideración a las creencias del siglo" (216/7). Hasta aquí la observación de Glucksmann no deja de ser sugerente. Pero luego (p. 252) exagera cuando afirma : "Las racionalizaciones del pensamiento estratégico americano nacen de la voluntad de vestir con un disfraz de racionalidad clásica una estructura que no lo acepta". Por lo pronto, la prueba que pretende concluyente no sólo no es válida sino que es inexacta. Dice : "Al no ser clausewitciana, la estrategia que pretende hallar en el arma nuclear el patrón de sus operaciones se convierte, necesariamente, en retórica". Que no fuere clausewitciana no quiere decir que se convierta "necesariamente" en retórica. Pero además es inexacto decir que no es clausewitciana. Si bien algunos teóricos estadounidenses como H. Kahn o Schelling, suponen que el arma nuclear (medio) es superior a todo fin, o le resta sentido a todo "fin", sobrevalorando el medio con respecto al fin y contradiciendo así a Clausewitz, no es esa la actitud general. Uno de los fundadores más destacados del moderno pensamiento sobre la guerra norteamericano, Bernard Brodie, a quien Glucksmann cita más adelante como autoridad, comienza el Prefacio de un grueso volumen (uno de los últimos escritos por Brodie) Guerra y Política aclarando : "La IDEA central de este libro ha sido tomada de Clausewitz quien, como dijo un escritor del siglo XVII acerca de Maquiavelo, 'ha sido criticado muy a menudo por su irreverencia'. Es una idea simple y el lego pensará, con razón, que es sólo un lugar común el hecho de que la cuestión de por qué peleamos predomine sobre toda consideración de los medios. Pero esta idea, tan absurdamente simple, ha sido comúnmente olvidada y, frecuentemente, negada." Brodie, antes que Kahn, trabajó también para la Rand Corporation (Fundación patrocinada por la US Air Force) y es uno más entre los tantos "clausewitcianos consecuentes" entre los pensadores norteamericanos que se ocupan de la guerra. En el libro citado, el mismo hace referencia a una pléyade de dichos autores con los que está de acuerdo. Todos de primer nivel.

Pero Glucksmann da un serio paso en falso cuando afirma : (260) "El equilibrio delicado del terror. La fuerza de represalia (segunda disuasión) desempeña sensiblemente el mismo papel que la "defensa" en el uni-

que muestra justamente la magnitud decisiva de lo incalculable : la voluntad, determinada en ese caso como "voluntad nacional".

En efecto, impactado "por la primera derrota militar evidente jamás infligida" a los Estados Unidos (Viet Nam), Ray S. Cline (1) ensaya una "nueva fórmula basada en viejas verdades", con el objeto de cuantificar el poder de los estados contemporáneos. Tras asegurar que el "poder es un hecho subjetivo" (buscando estimular la confianza de los EEUU en sí mismos), explica al lector que basa su evaluación en la comparación con lo que sucedería con las placas tectónicas. Estas últimas, según las teorías más modernas, regirían toda deformación estructural de la corteza terrestre. Entendiéndose que las placas continentales estarían gradualmente moviéndose o cambiando siempre en relación las unas con las otras.

Tales placas continentales (norteamericana, sudamericana, china, eurasiática, africana, Índico-oceánica y australiana) flotarían sobre un nú-

verso clausewitciano, garantizando que la ofensiva (iniciativa) no da la ventaja decisiva". El pensamiento norteamericano ha sentido hace ya tiempo una distinción con ribetes de clásica entre Disuasión y Defensa sin por ello estar en desacuerdo con Clausewitz. La disuasión trabaja sobre las intenciones del enemigo, mientras que la defensa reduce sus capacidades. Tal distinción se ha hecho en un artículo de Glenn H. Snyder, de 1961 y ha sido reproducido varias veces en las distintas ediciones de "American Defense Policy" un grueso volumen que editan entre la Fuerza Aérea y la Universidad Johns Hopkins. El libro de Glucksmann data de 1968. Ignorancia u omisión de Glucksmann. Pero lo expuesto desarticula parte importante de sus tesis. Acentuando la impresión de que Glucksmann distorsiona a Clausewitz haciéndolo rígido en extremo, pretendiendo usar su interpretación del mismo como parámetro exclusivo y excluyente para toda razón sobre la guerra y, por último, cometiendo inexactitudes y omisiones en un intento de descalificar sin sentido al pensamiento norteamericano sobre la guerra en su conjunto. Complicando sin necesidad el discurso, Glucksmann no gana en claridad filosófica y su pretensión de generar una comprensión de la totalidad al modo hegeliano no pasa de ser un híbrido, aunque aquí y allá el autor logre aciertos aislados.

(1) Ray S. Cline, World Power Assessment 1977. A Calculus of Strategic Drift, Westview Press & CSIS, Washington DC, 1977.
El Dr. Cline es uno de los directivos del Center for Strategic and International Studies" (CSIS) de la Universidad de Georgetown, en Washington.

cleo interno terrestre más fluido y se desplazarían lentamente a través de los milenios. Tales movimientos, inaccesiblemente subterráneos, provocarían las erupciones volcánicas, la emergencia de montañas, los movimientos sísmicos, en fin, la conformación de las grandes cuencas en la superficie y en los lechos oceánicos. Lo cual resulta para el citado autor un "cuadro gráfico" extremadamente útil para pintar la realidad del panorama internacional contemporáneo. Yacente este último, analógicamente, también sobre capas profundas de poder, en móvil balance sobre un núcleo en reposo. Ese poder, inestable, transformador, subterráneo, es lo que se pretende cuantificar por medio de una fórmula sintetizadora.

Un esfuerzo cargado de interés por cuanto Cline está muy lejos de la vieja magia y muy cerca del poder en una de las superpotencias. Su trabajo constituye un toque de atención emanado desde los círculos áureos del "american conservatism", poderosa corriente no interesada en una guerra nuclear pero que tampoco se agota en prevenirla. Si se produjera, y es una probabilidad, de lo que se trata es de ganarla. Por tanto, el objetivo del autor es paladino : echar las bases de una nueva estrategia "politectónica" (capaz de evaluar debidamente los movimientos más profundos del poder), apta para unos Estados Unidos que debieran estar muy preocupados por los sismos y erupciones políticas de nuestros días, amenazadoras parteras de un derecho desemboque en escaladas bélicas.

Ha sido deputy director de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) y es asesor destacado del actual gobierno de R. Reagan a través del Director Nacional de Seguridad (National Security Council) que depende directamente del Presidente.

La fórmula se enuncia como sigue : $P_p = (C+E+M) \cdot (S+W)$. Donde P_p es poder percibido, C: "masa crítica= población más territorio", E: "capacidad Económica", M: "capacidad militar", siendo esos tres factores "principalmente cuantitativos". Por su parte, S significa "propósito estratégico" y W: "voluntad de concretar una estrategia nacional", siendo estos dos últimos factores "principalmente cualitativos". Como la fórmula lo indica, la suma de "propósito estratégico" (S) más "voluntad de concretar una estrategia nacional" (W) potencian (o minimizan) la suma de población/territorio, más capacidad militar. En definitiva, los factores cualitativos, de más compleja y variable apreciación, dan el tono, "el espíritu", condicionándolo todo.

Interesa subrayar pues que el meollo del cálculo de Cline (que aspira a ser racional y razonable) reside no en magnitudes cuantificables como las capacidades poblacionales, territoriales, económicas y militares sino en aspectos mucho más decisivos pero lábiles y difíciles de aprehender, como lo son el propósito estratégico y la voluntad nacional. Factores estos últimos cuya baja o alta potencia multiplicadora puede, respectivamente, frustrar las tres primeras capacidades.

Con lo cual, de la mano del intento del cálculo reaparece la incertidumbre. Porque si bien, seamos optimistas, la razón (en tanto racionalidad política) pudiera ser el respaldo del "propósito estratégico"; detrás de la "voluntad de concretar una estrategia nacional" está la voluntad de poder, a secas.

La guerra como sustrato

Para continuar con nuestra presentación de la guerra como problema actual, sentado como base el contexto de la disuasión nuclear, nos detendremos a continuación en las perspectivas capitales que informan a cada una de las dos superpotencias. Comenzaremos por la norteamericana y, para cumplir

este último cometido, dos modos de abordaje se presentan como plausibles.

El primero, directo, consistiría en un examen de las tesis centrales de, por así decir, la "filosofía norteamericana"; buscando determinar qué lugar ocupa allí la cuestión de la guerra.

El segundo, indirecto, consistiría en focalizar el análisis en lo expresado por autores representativos de los sectores pensantes más destacados. Estos últimos están impregnados de las concepciones fundantes de la superpotencia y tienen arte y parte en mantener encendida esa llama. Más aún, en general ejercen posiciones de poder (y, a menudo, altos cargos) tales que les otorgan buenas probabilidades de implementar lo que piensan.

Lo primero, internarse en la "filosofía norteamericana", traería aparejado dificultades poco menos que insalvables; en particular para el propósito que anima esta presentación, por las razones que a continuación enunciamos.

Sería impropio hablar de una "filosofía norteamericana" en el sentido en que suele hacerse, por ejemplo, de una filosofía alemana, una filosofía inglesa o una filosofía francesa; porque en la superpotencia, crecientemente plurirracial y cosmopolita (1), no existe una tradición semejante que lo justifique. Bien por el contrario, lo que descuella en el caso que nos ocupa es la multiplicidad de influencias, absorbidas en distinto grado sobre

(1) Un fenómeno importante fue que a lo largo de la última postguerra mundial, la tradicional élite WHASP (White-anglosaxon-protestant) para conservar lo fundamental del poder debió flexibilizarse resignando su posición virtualmente monopólica. Primero ascendieron los Kennedys, pero luego también los Kissinger y los Brzezinski. En cuanto a las minorías menos integradas, en particular negros y latinos, cuantitativamente cada vez más importantes, están comenzando a hacer sentir influencias culturales a escala progresivamente significativa.

la base del núcleo fundacional puritano ('). Y , como corolario, la capacidad de "importación" de talentos filosóficos, en particular inmediatamente antes, durante y luego de la segunda guerra mundial (Carnap, Cassirer, Marcuse, por sólo citar unos pocos ejemplos bastante irreductibles entre sí).

Por otra parte, es notorio que los supuestos filosóficos más condicionantes, dentro de la atmósfera intelectual de la superpotencia, históricamente no han sido articulados ni enunciados por medio del discurso filosófico "propriadamente dicho", en grandes versiones o sistemas al modo europeo. Puede hablarse de "pragmatismo", de "utilitarismo", de "positivismo", de "puritanismo", de la combinación de esas corrientes o actitudes en el marco-patrón del liberalismo, pero lo distintivo "norteamericano", que debe estar y existir, continúa siendo innominado; al menos del modo suficientemente unívoco y universal ("). Lo esencial, parecería, ni se ha presentado ni se ha

(') Sobre las concepciones fundacionales del puritanismo dan idea suficiente dos trabajos : el estudio de R.H. Tawney (La Religión en el ordo del capitalismo, Madrid, Ed. Revista de Derecho Privado, 1936) y el de Max Weber (La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo) México DF, Fondo de Cultura Económica). Como complementos críticos de este último, Cf., en primer término, el ya clásico escrito de Werner Sombart Lujo y Capitalismo, como así también el más reciente de Arthur Mitzman La Saulta de Hierro, (Madrid, Ed. Alianza, vol 162), donde se efectúa un estudio psico-histórico de la creación weberiana y sus condicionantes.

(") Cf., por ejemplo, SCHLESINGER, Arthur M. & WHITE, Morton (editors), Paths of American Thought, (The changing climate of American thought from colonial times to the world of today) 26 autores. En las palabras iniciales, los editores otorgan al pragmatismo "decisiva significación cultural (vii) y en el epílogo, A.M. Schlesinger Jr., afirma (pág. 533): "Sin embargo la mayor parte del tiempo los (norte)Americanos han descreído astutamente del racionalismo abstracto y de la rígida doctrina a priori. Nuestra fe nacional no ha estado en proposiciones sino en procesos. En sus horas más admirables, los Estados Unidos, por así decir, han remontado por encima de la ideología. No se ha permitido al dogma falsificar la realidad, aprisionar la experiencia, o estrechar el espectro de alternativas (choice). Este escepticismo acerca de la ideología ha sido una fuente primaria de inventiva social que tanto ha marcado nuestro desarrollo. El pensamiento social (norte)Americano más vital ha sido empírico, práctico, pragmático. (norte)América, en consecuencia, ha sido

// dejado atrapar por el discurso filosófico vernáculo o extranjero. Es indicativo, asimismo, que la identificación corriente en la superpotencia, con respecto a los modelos clásicos, es mayor hacia Roma que hacia Grecia; observación que, por nuestra parte, no significa adscribir mecánicamente a aquella analogía que pretende que los EE.UU. son a Europa lo que la Roma clásica a su antecesora helénica.

Como dato relevante adicional es de destacar que el establishment intelectual de la superpotencia se muestra indiferente o refractario a organizar sistemáticamente, a dar cuerpo orgánico a algo que pudiera constituirse como una "filosofía norteamericana". De tal modo queda sentada una actitud respetable y que, entendemos, sería improbo intentar "revertir" (pues difícilmente se pudiera ir más allá de forzar esquemas "totalizadores" a través de la vía muerta de las racionalizaciones y ensambles ad hoc).

Una dificultad concomitante está dada por el hecho de que la masa de la producción "propriadamente filosófica", o bien la más parecida al modo filosófico tradicional o clásico, no ha escapado, en general, a la especialización y a la presentación fragmentada ; a la suma más o menos articulada de posiciones de autores a propósito de una convocatoria de algún editor, de un

en su característica más profunda una nación de innovación y experimento." (p. 533).

Para una visión de conjunto, cf. SCHNEIDER, Herbert W., A history of American Philosophy, New York, Columbia University Press, 1963, 2da. ed. (Desde el Platonismo y el Empirismo en la Norteamérica colonial hasta la década de 1960).

En calidad de registro actualizado cf. RECK, Andrew J., The New American philosophers; an exploration of thought since World War II, Baton Rouge, Louisiana, State University Press, 1968. (Continúa a otro anterior Recent American Philosophy. Examina la obra de diez autores).

Como ejemplo de un intento que sacrifica la precisión a la búsqueda, Cf. NOVAK, Michael, American philosophy and the future : essay for a new generation, New York, Scribner, 1968.

congreso o de un simposio ('). Por lo demás el especialista norteamericano en filosofía, en cuanto actitud existencial, parecería proyectarse a sí mismo como un scholar más, que se distingue de sus colegas de cualquier otra discipli-

(') Con carácter de ejemplo puede citarse el libro editado por Robert Grinsberg, que presenta dieciocho trabajos (seleccionados entre los solicitados desde un proyecto internacional, a 192 thinkers de cuarenta países) de muy distinguidos "filósofos" y Scholars mundiales. El tema es la filosofía y la guerra y se tematizan cuestiones como "El filósofo y la guerra", "las causas de la guerra", "el sistema de guerra", "el carácter injustificable de la guerra" y aún las alternativas a la guerra.

Este modo típicamente norteamericano de tratamiento filosófico de los problemas es pasible de, por lo menos dos observaciones. Por una parte, la cantidad y variedad de origen de los autores convocados en torno a un tema, por amplios que sean, no garantiza valor universal a las conclusiones. Por la otra, cabe preguntarse hasta dónde la convocatoria misma no se hace desde una posición tomada predeterminada y se invita en consecuencia.

En el caso que nos ocupa, y en el cual nos detenemos por considerarlo representativo de una actitud "metodológica", vale la pena un cuádruple señalamiento :1) La Introducción misma es intitulada "Filosofía versus Guerra". No obstante, en el primer párrafo de la misma se expresa "Este volumen es una Crítica en el sentido de ser una investigación crítica (critical inquiry) acerca de la condición de crisis humana". Con lo cual se pretende objetividad. Pero al fin del mismo (y breve) párrafo se dice "este libro no gana la batalla contra la guerra, pero sí desata un ataque frontal. Y llama por refuerzos". Una bandera "moralmente" ufana, pero bajo cuyos pliegues no podrían cobijarse sino ciertas corrientes de pensamiento (pág. IX).

2) Por otra parte hay señalamientos más plausibles : a) el reconocimiento de que la guerra es el principal problema humano y, según la misma Introducción del editor, por consiguiente también sería el problema más importante para la filosofía; b) También se hace objeto de crítica la actitud prescindente del filósofo (mejor dicho, del scholar dedicado a la filosofía), en particular los de habla inglesa; y c) se admite que el primer esfuerzo debe ser el de tratar de develar qué es la guerra.

3) Sin embargo se da por sentada una falsa premisa (muy conjetural al menos), a saber, que la guerra termonuclear barrería la vida de la faz del planeta. Exageración que facilita el propósito previo de plantear a "la guerra" misma como "enemigo" de la filosofía. También se acepta un viejo pre-juicio: la irracionalidad sería la causa básica de la guerra. Un supuesto que incluye como la otra cara de la misma moneda que racionalidad y paz son una sola cosa; en otras palabras : que la racionalidad es privativa de la paz. Lo cual, aunque la pléyade de autores no repara en ello, conlleva un confuso concepto de qué sea la política y cuáles sean sus conexiones con la guerra y la filosofía. De donde se remata en afirmaciones que no se prueban como la siguiente : "la Filosofía, como fundamento de la investigación y de toda actividad racional es la antítesis de la guerra".(pág. XX).

na solamente por su especialización en filosofía. De donde parecería más preocupado, en términos tanto de interés como de producción intelectual, por la precisión de tal o cual paper o ensayo particular que por teorías más amplias, ante las cuales exhibe en general, más bien recelo. Hay en esa actitud ecos de un positivismo que debe no poco a los precursores del Wienerkreis, pero procesado y reforzado por la tradición intelectual dominante ya en ese país; la cual ha hecho doctrina y aún supuesto dominante de sacar (por no decir arrancar) la Verdad del viejo cofre de la metafísica para depositarla en el de la ciencia (*).

Habida cuenta de lo expuesto, el segundo modo de abordaje previsto nos parece más conducente: examinar de qué modo la guerra es un problema actual en la superpotencia líder de occidente, a través de tesis centrales de scholars de primer nivel, no necesariamente especializados en filosofía. Pero que, eso sí, han ocupado cargos relevantes en la maquinaria de poder; permaneciendo antes, durante y luego como miembros activos y orientadores del establishment intelectual con ambiciones políticas y, por tanto, en estrecha conexión con el pensar y hacer la guerra.

4) Por último (como suele suceder con los enfoques valorativos a priori, prejuiciados, que hacen de la guerra "lo malo" y de "la paz" lo bueno, transformando a ambas en entelequias), los autores, cruel paradoja, descubren" y admiten que no habrá "paz universal", sin "policía universal" o "ejército universal". Es que desde semejantes exaltaciones de la paz, al autoritarismo "universal" (y elitista) se transita por la via regia de la autosatisfacción de la propia conciencia moral. Pues desde tal autosatisfacción la única "garantía" de paz es imponer a todos aquello que se valora como bueno; es el belicismo de los que se creen justos. Y no son excusa válida las "buenas intenciones" que, como advirtiera Dante, empedran el camino hacia el infierno. El angel's advocat es tan peligroso (racional y pasional) como el devil's advocat. (Sobre el tema de la "paz universal" cf. infra III.C).

(*) Con respecto a otro modelo de tratamiento especializado en filosofía Cf. War and Moral Responsibility, A Philosophy & Public Affairs Reader, edited by M. Cohen, Th. Nagel and Th. Scanlon, Princeton University Press, 1974.

Por razones de síntesis tomaremos un sólo autor, a guisa de modelo. Porque si bien el modo de enunciar y encarar los problemas siempre es propio y particular, en los casos suficientemente representativos, también es cierto que el autor está ocupado y preocupado por los tópicos y problemas que afectan en común a los mejores cerebros que asesoran a las distintas administraciones en cuanto concierne a la guerra y a la paz (1).

(1) Por las indicadas razones de síntesis, hemos optado prestar particular atención, en la Bibliografía General, a obras consultadas, directamente, en relación con estos temas.

B. LA REFLEXION TECNETRONICA COMO ANGUSTIA POR LA GUERRA
EN EL SENO DEL MUNDO DESARROLLADO (CIVILIZADO)

La reflexión sobre la tecnología y la electrónica como agentes fundamentales de cambio, valiosos pero difíciles de controlar, conduce a Zbigniew Brzezinski hacia la cuestión de la guerra y la filosofía.

La crisis de los grandes esquemas interpretativo-explicativos de la realidad (en particular los de raíces liberal y marxista) , en una época de inestabilidad propia del tránsito entre dos eras, cuyo precario equilibrio se ve progresivamente amenazado por el cambio a clave tecno(lógica y elec)trónica, aumenta las posibilidades de guerra. De donde, el angustiante cuadro reclamaría remozadas concepciones filosófico-políticas.

En efecto, "La filosofía y la política serán esenciales en la era tecnotrónica". Tal la afirmación con la cual, taxativamente, cierra sus reflexiones Brzezinski ("). Guardando coherencia con ese final, en la Introducción, el autor registra la convicción de que ha pasado ya "la época de la 'gran' visión global". Las mismas habrían constituido en algunos aspectos un sucedáneo de la ignorancia, en tanto habrían compensado en extensión "la falta de profundidad que caracterizaba la comprensión que el hombre tenía de su mundo" (en sentido de su realidad exterior u objetiva). Ahora el

(")BRZEZINSKI, Zbigniew, La Era Tecnológica (Título de la edic. en inglés: Between two Ages. America's Role in the Technetronic Era, Bs.As., Paidós, 1979, 2da. ed.-(El número de página correspondiente a las citas se indica entre paréntesis al final de cada una de ellas).

Conviene destacar que Brzezinski razona, se preocupa y se apasiona siempre desde la cima, nunca desde la sima, de las jerarquías del mundo contemporáneo. Y es altamente expresivo de la sensibilidad de esos estratos. A lo largo del mandato del presidente Carter fue director del poderoso National Security Council y, por gravitación propia, principal asesor del presidente en cuestiones de política exterior, por encima de los dos Secretarios de Estado que se sucedieron en el mismo período (Cyrus Vance y E. Muskie).

hombre dispondría de un conocimiento más profundizado de esa alteridad circundante que es, en parte, producto de su actividad. Pero tal conocimiento sería sólo el umbral de nuevas ignorancias, en particular con respecto al rumbo general de la humanidad.

Las respuestas de Brzezinski ante tales vacíos espirituales son variadas, pero no deshilvanadas. El hilván es la angustia por una doble constatación. La primera de las cuales, expresada mediante una cita tomada de El lobo estepario de Hermann Hesse, es sugerente: "La vida humana se reduce al verdadero padecimiento, al infierno, sólo cuando se superponen dos eras, dos culturas y religiones... Hay épocas en las que una generación queda así atrapada entre dos eras, dos formas de vida, y, en consecuencia, pierde toda facultad de entenderse a sí misma y no tiene ninguna pauta, ninguna seguridad, ningún simple asenso". La segunda constatación se explicita hacia el final de la obra y subraya la necesidad de "terminar con la guerra civil que ha dominado la política internacional de los países desarrollados durante los últimos cincuenta años" (p. 442). Así como Platón calificaba de *στάσις* a la guerra del Peloponneso y a toda otra que desangrara endógenamente a la Hélade (desde una Atenas que ya había conocido las bondades y problemas de tener estatura imperial), Brzezinski califica también de guerra civil a las que han desgarrado intestinamente a Europa (involucrando últimamente a los EE.UU.) durante los últimos ciento cincuenta años.

En orden sucesivo nos ocuparemos pues de ambas constataciones (las tensiones propias del tránsito entre dos eras y la endémica *στάσις* entre las principales potencias de la cultura occidental), para presentar luego la propuesta del autor: el "humanismo racional". Propuesta concebida y dirigida a evitar que el desarrollo tecnológico dé pábulo a nuevas sangrías bélicas (por lo menos entre tales potencias-víctimas de sí mismas). Y propuesta que conlleva pretensiones de orden filosófico, aunque sea presentada

por el autor bajo el rosado velo de una elaborada modestia(").

Primera constatación : el tránsito entre dos eras

Desde una perspectiva marcadamente antideterminista, las eras resultan ser para Brzezinski "abstracciones históricas". Una suerte de contenedores donde se pueden procesar intelectualmente los cambios imperceptibles pero profundos que se suceden en el tiempo y que, acumulándose, producen las grandes transformaciones. Asimismo, ni el fin ni el comienzo de una era se pueden definir "clara y tajantemente", ambos se fijarían de modo arbitrario.

No obstante las restricciones propias del concepto formal "era", Brzezinski no abriga duda alguna acerca de que los tiempos que corren constituyen una típica transición entre dos de ellas. Tiempos paradójicos, además, porque se vive a la vez un proceso de mayor unificación y mayor fragmentación humanas a escala planetaria. Proceso original que se verifica en una atmósfera muy cargada, debido a que la creciente contigüidad de seres y naciones no fortalece la unidad sino que "genera tensiones estimuladas por un nuevo sentimiento de congestión global" (p.25).

La causa y fuente principal de cambios es el impacto de la ciencia

(") Toda la concepción de Brzezinski, en definitiva, implica que la ciencia (condición de posibilidad tanto de la tecnología como de la electrónica y, por consiguiente, del cambio) determina la filosofía: generando primero crisis en las cosmovisiones vigentes y obligando luego a crear otras que den respuesta al impacto provocado por la revolución tecnocrónica. Neologismos aparte, en este supuesto coincide con sus enemigos los soviéticos, para quienes también la ciencia determina la filosofía. Se distingue, sin embargo, en que para un marxista-leninista hay una y sólo una respuesta global como determinista, mientras que para Brzezinski no hay determinismos válidos ni respuestas globales únicas. Y difieren en todo el resto.

y la tecnología sobre las sociedades (y los individuos), "especialmente en los países más avanzados del mundo" que, con los EE.UU. a la cabeza, son aquellos en los cuales podrían ser identificadas las trazas características de la conflictuante transición.

La tecnología y la electrónica están definiendo una nueva era tecnológica tan distinta de su predecesora, la era industrial, como esta última lo fue de la era agrícola que la antecedió; o quizá más aún. Las principales diferencias, entre las eras industrial y tecnológica, de alta concentración cualitativa, están preñadas de consecuencias.

En la sociedad industrial, la máquina reemplaza al "músculo humano y animal". En la sociedad tecnológica, la cibernética y la automatización consiguiente de la producción reemplazan, desplazan, al obrero industrial, produciendo así desocupación y amenazando con eliminar directamente a la "clase proletaria" como tal. El afianzamiento de estas tendencias es fuente de graves tensiones, pues las clases trabajadoras (que aspiran a mejor calidad de vida) se ven ante el paradójico fenómeno de que el adelanto técnico limita o imposibilita una inserción productiva rentada y estable. Fenómeno éste (la reducción creciente de plazas laborales) que afecta también, en realidad mayormente, a los jóvenes, con el elevado saldo de tensiones consiguientes.

La educación también cambia de calidad, pero no puede evitar hacerlo en un proceso de alto voltaje. Por un lado se amplía el acceso a la educación superior, y la universidad se transforma en un centro comprometido con las planificaciones políticas y las innovaciones sociales. Sin embargo esa misma universidad no puede superar (ni aportar soluciones para aliviar) las tensiones descritas en el párrafo precedente (desempleo) a la vez que amplía (acentúa) la conciencia contestataria.

En la era industrial predomina la comunicación escrita (libros, periódicos). La lectura permite tiempo para asimilar, concatenar, releer. Está fundamentalmente dirigida a estimular análisis, esto es, apunta a la racionalidad de quien la recibe. En la era tecnocrónica prevalece, en cambio, la comunicación audiovisual, que anonada al usuario con una masa de información desgranada en forma muy veloz, tocando temas muy diversos presentados sin orden alguno (o peor, interesado) y sin dar tiempo para un análisis lógico. Con el agravante de que la imagen no está dirigida a la razón, sino a la emoción; y, por lo tanto, es mucho más movilizadora. La paradoja de los medios de comunicación de masas audiovisuales, producto de la más alta racionalidad tecnológica, es que estimulan básicamente la emoción del receptor de la información, motivándolo, movilizándolo de modo confuso. Ello facilita la manipulación interesada de la opinión pública generando, en conjunto con los otros factores mencionados, inestabilidad y mayores tensiones sociales.

Tensiones que se agudizan también porque, según Brzezinski, se hace mayor la fusión del poder económico con el poder político, de modo muy poco perceptible para el gran público que, sin embargo, vivencia a cada paso el "sentimiento de impotencia individual".

Se produce de tal modo un estado de "explosión / implosión" social que todavía debe definirse más acabadamente para hacerla accesible a los marcos categoriales vigentes. Pero la consecuencia es que "La vida parece perder cohesión a medida que el entorno se altera rápidamente y los seres humanos se hacen cada vez más manejables y maleables. Todo parece más transitorio y temporario : la realidad exterior parece más fluida que sólida, el ser humano más sintético que auténtico" (p.10).

Ese cuadro conflictivo en lo externo e interno de la persona es el

que comienza a tipificar la nueva realidad que permite una caracterización analógica : la de "ciudad global" : "Una red nerviosa, agitada, tensa y fragmentada de relaciones interdependientes" (p.46). No "aldeas global", porque no hay, como en las aldeas primitivas, tradiciones, calor y valores compartidos que facilitaban la inserción del individuo en la comunidad. "Ciudad" global que amenaza incluso con la fragmentación y la anarquía en el plano intelectual (").

Esta "ciudad global", que abarca a todo el orbe, tiene también sus barrios de capas medias (países en estado de desarrollo industrial considerable) y sus ghettos (la enorme mayoría, cuantitativamente hablando, del planeta). Como la brecha, según Brzezinski, continuará ampliándose (los países ricos lo serán aún más y los pobres verán acentuada su indigencia), las tensiones norte-sur serían progresivamente mayores, incrementándose en proporción directa los focos "de resentimiento, tensión y extremismo" (p. 89).

(") "La explosión científica -el aspecto de nuestra realidad total que se expande más rápidamente, a un ritmo más acelerado que la población, la industria y las ciudades- intensifica, en lugar de reducir, estos sentimientos de inseguridad. Es sencillamente imposible que el ciudadano medio, e incluso los intelectuales, asimilen y organicen significativamente, para su uso personal, la avalancha de conocimientos. En todos los campos científicos se multiplican las quejas de que el alud de informes publicados, ponencias científicas y artículos de alto nivel, así como la proliferación de revistas profesionales, determinan que los estudiosos deban optar entre convertirse en especialistas cerrados o en generalizadores superficiales. Por tanto, a medida que se expande el conocimiento, es más difícil compartir las nuevas perspectivas comunes y además ya no es posible sustentar las perspectivas tradicionales, como las que emanan de los mitos primitivos o, más recientemente, de ciertas ideologías condicionadas por la historia" (p.50).

Todo esto al compás de un desarrollo tecnológico sobreacelerado cuyos productos más sofisticados serán de uso bélico. Pues según advierte Brzezinski (tras extenderse en la descripción de fragmentaciones individuales y sociales) : "es posible que a la coherencia perfeccionada, los misiles de cabezas múltiples y las bombas más poderosas y precisas, se les sumen en el futuro las naves de guerra espaciales automatizadas o tripuladas, las instalaciones submarinas, las armas químicas y biológicas, los rayos de la muerte y otros dispositivos bélicos. Quizá también se pueda controlar el clima. Estas nuevas armas podrían alentar la confianza en una victoria unilateral, relativamente "económica"; o podrían permitir una lucha por interposición persona, cuyo desenlace estratégico y político sería decisivo pero que sería librada por unos pocos seres humanos (como en el caso de la batalla de Gran Bretaña) o hasta por robots, en el espacio exterior o sencillamente podrían crear un estado de inestabilidad recíproca tan grande que la quiebra de la paz sería inevitable, aunque el hombre admitiera racionalmente la inutilidad de la guerra" (p. 103).

Una "fe volátil" caracteriza el peligroso curso de los acontecimientos. Porque el hombre ya no hallaría respuesta ni en las grandes religiones ni en las ideologías, propias en tanto tales de la era industrial. Admite Brzezinski que se lucha por definir nuevos significados, y la pasión predominante sería la igualdad; pero ello no constituirá aún una visión de validez universal capaz de sustituir aquellas que caracterizaron cada era precedente, haciendo posible la cohesión social (individual y global) en cada caso. En definitiva, de lo que se trataría es de que ya ni la religión (el cristianismo en los países más desarrollados), ni el nacionalismo, ni el marxismo brindarían por sí mismos, ni en ninguna articulación conocida, los marcos apropiados para encuadrar la era tecnocrónica. Brzezinski no ataca a

las grandes religiones (cristianismo en particular) y, al parecer, no pretende que se extingan. Pero las mismas no bastarían, por así decir, para la era tecnocrónica en cuanto comprensión global y/o escatológica. Al nacionalismo y al marxismo en particular los conceptúa como residuos de la era industrial: con ella, tarde o temprano, están condenados a extinguirse. Mientras tanto, todas las "creencias institucionalizadas" sufren "turbulencias" internas. La democracia liberal incluida (").

Segunda constatación : la "guerra civil" entre las potencias de occidente

Si la primera constatación, el tránsito entre las eras industrial y tecnocrónica, provocaba incertidumbres de grueso calibre, esta segunda constatación impulsa a Brzezinski a un planteo defensivo y de supervivencia : no permitir que el impacto del desarrollo científico y tecnológico (con su secuela de crisis de las creencias institucionalizadas termine, guerra mediante, con el predominio de las potencias que hoy constituyen la avanzada hacia la sociedad tecnocrónica en ciernes.

"En consecuencia -afirma- , debe hacerse un esfuerzo para forjar una comunidad de naciones desarrolladas que abarque a los estados atlán-

(") Asegura Brzezinski: "La visión que el hombre tenía de sí mismo fue, al principio, muy primitiva y fragmentaria y reflejaba miles de pequeñas culturas. De éstas emanaron, a su debido tiempo, varias religiones con aspiraciones universales, aunque cada una de ellas seguía estando cultural y territorialmente enclaustrada. La era del secularismo engendró una visión más política, en la que el nacionalismo (elevado a la categoría de principio universal) se combinó con ideologías de origen primordialmente europeo que pretendían ser de aplicación universal. Es muy probable que lo que suceda en las dos mayores sociedades de nuestra época -EE.UU. y la URSS- y lo que les suceda a las dos principales concepciones contemporáneas del mundo moderno -el liberalismo y el comunismo- determine si nuestra etapa será de transición o marcará el comienzo de una desintegración más fundamental" (p.193).

ticos (se refiere a los miembros de la Organización del Tratado del Atlántico Norte -OTAN-), los estados comunistas europeos más avanzados y Japón" (p.442). De tal modo, por lo pronto, se conseguiría desplazar la guerra, circunscribirla, a los ghettos de la ciudad global. Que si alguna "solución" tienen, desde la perspectiva bajo análisis, es lograr beneficios marginales de la comunidad de ricos.

La Unión Soviética, vacila Brzezinski, quizá se avenga, advirtiendo la racionalidad de la propuesta; pero quizá no. En realidad, más bien no. "Por tanto, es probable que la rivalidad norteamericano-soviética asuma un carácter menos ideológico, aunque abarque un ámbito geográfico más vasto y sea más peligrosa desde el punto de vista del poderío en juego" (p.423). Perspectiva difícilmente halagüena la de la era tecnocrática, que no se puede concebir sin el dedo en el gatillo, porque "Además, como muy bien lo prueba la historia de Estados Unidos, las naciones democráticas no son necesariamente pacifistas"(p.424) (").

El "humanismo racional"

No obstante el cuadro poco tranquilizador que traza, como fruto de años de investigaciones con acceso a fuentes de información privilegiadas y a instancias del gobierno de primer nivel, Brzezinski se permite un esbozo parafilosófico de optimismo.

En esencia, se trata de que "el empuje tecnológico y la riqueza económica de Estados Unidos permiten expandir el sentido del concepto de li-

(") "Es posible que, en ausencia de estas armas (las nucleares), la guerra entre Estados Unidos y la Unión Soviética hubiera estallado hace mucho tiempo" (p.30).

bertad e igualdad, pasando de lo formal y exterior a las órbitas personal e interior de la existencia social del hombre" (p. 404). Síntesis a la que podría accederse no sin penurias, en tanto probablemente fuese producto del "violento conflicto" entre el "personalismo irracional de los 'humanistas'" versus "la racionalidad impersonal de los 'modernizadores'".

En el primer batallón son encolumnados los tramos mayoritarios de la "comunidad literaria", los "activistas estudiantiles" y los "liberales doctrinarios". Los contenidos se sintetizan en "la tradición de escepticismo y descreimiento que tanto contribuyó a terminar con la hegemonía religiosa y filosófica del país preindustrial sobre los valores del país industrial y procura reforzar esta tradición con un nuevo énfasis en la emoción y el sentimiento" (p.404). Dados su "irracionalismo" y "estilo dadaísta", este sector difícilmente podrá conservar su vitalidad por mucho tiempo más. Y, eventualmente, radicalizar posiciones hacia una izquierda violenta, no lo dotaría de mayor consenso y perspectiva histórica.

En el frente opuesto forman "los nuevos ejecutivos empresarios", el "establishment gubernamental-comercial" y los " 'hombres-organización' científicos". Su contenido es el intento de "combinar el interés egoísta con un énfasis frío en la innovación racionalista". Pero, incapaz de ofrecer justificaciones satisfactorias desde el punto de vista emocional o desde una perspectiva filosófica, esta alineación entra en colisión con todo idealista, en particular las masas juveniles.

El choque que se viene produciendo sería desgastante para la sociedad norteamericana. Pero, al mismo tiempo, pone de manifiesto la "necesidad imperiosa" de contar a la vez con la innovación y el idealismo. Se perfila así el "humanismo racional", que tendría ya manifestaciones tangibles en el país que primero está traspasando el umbral de la nueva era tecnocrónica.

Los norteamericanos habrían comenzado ya a trascender las meras problemáticas domésticas y a internacionalizar sus perspectivas. Más aún, a concebir los problemas que se producen extramuros de su vasto territorio nacional como "casos humanos" y no como "enfrentamientos políticos entre el bien y el mal". Nueva actitud que va acompañada de un abandono del "deseo utópico, impaciente y a menudo intolerante de resolver inmediatamente todas las cuestiones de primera magnitud".

Pero hay más todavía. El entusiasmo por la ciencia no enceguecería al humanista racional sobre los problemas que la misma trae aparejados; lejos de ello, lo elevan a una relación más madura, integradora de ciencia y (calidad de) vida. Se estimularía así, con profundidad y naturalidad, la búsqueda de definiciones sobre la naturaleza humana "más filosóficas y ecuménicas". Lo cual, inclusive, "hace pensar en la posibilidad de que se produzca un renacimiento de la religiosidad en un plano más personal, no institucional"(p.406).

Pero donde radica la fuerza del humanismo racional, en términos de su validez histórica, es precisamente en la conciencia de su contingencia histórica "en el sentido de que no encierra, como lo hacía la ideología del siglo XIX, conceptos de organización social universalmente válidos sino que subraya la diversidad cultural y económica a escala mundial" (p. 406). Se trataría de una relación "menos doctrinaria" y "más eficaz" entre "lo que es" y "lo que debería ser".

Sobre la base expuesta, Brzezinski asegura que "el potencial positivo de la tercera revolución norteamericana consiste en que promete articular la libertad con la igualdad", lo cual, "es inevitable", llevará a su país, por ahora "propagador ambivalente", a cumplir un "papel constructivo" en el mundo.

Esa conciliación entre libertad e igualdad, que probablemente un

agudo observador clásico de la Unión como fue Alexis de Tocqueville objetaría, es presentada como la condición interna para que, con la cabeza en relativo orden, el grupo de países desarrollados pueda introducirse por completo en la era tecnocrónica sin recaer en guerras intestinas, "civiles". Una perspectiva que, para perturbación del optimismo de más de uno, es rechazada de plano por quienes, según señala el propio Brzezinski, reconocidamente ya han transpuesto también el umbral tecnocrónico en materia de ingenios de guerra; pero siguen tozudamente aferrados a una ideología de la era industrial. Se trata, por supuesto, de los sostenedores soviéticos del marxismo-leninismo.

C. EL ESTADO TOTALITARIO Y LA GUERRA

La alteridad que, en tanto concepción filosófica con plasmación social y dominios políticos concretos, preocupa integralmente a los mejores niveles de conducción y decisión norteamericanos, es el marxismo-leninismo soviético. Las esencias filosóficas del estado pluralista y del estado totalitario son irreductibles. Las voluntades que sustentan unas y otras tienen conciencia de ser enemigos principales entre sí al par que vocación de vigencia universal. Pero mundo para liderar o hegemonizar hay uno solo.

La gran batalla entre las concepciones que están en la cresta de la ola histórica, no puede pensarse escindida de los fragores que se producen entre quienes las encarnan. La guerra entre las ideas no puede concebirse separada de la guerra entre los hombres. Y si, según destacaba Brzezinski, "como muy bien lo prueba la historia de los Estados Unidos, las naciones democráticas no son necesariamente pacifistas"; por lo que hace al marxismo-leninismo, la guerra está en sus raíces y en su sustancia más íntima.

Para dar razón de esto último, si comenzar por el principio es comenzar por lo esencial, la primera fuente indispensable es el Manifiesto Comunista.

1. El Manifiesto, esa declaración de guerra

A diferencia de los grandes templos griegos, el Manifiesto tiene una única puerta de entrada: el gran fresco histórico destinado a caracterizar dos ejércitos enemigos, dos voluntades contrapuestas y a proclamar como apodfética la guerra sin cuartel. Eso sí, alentando y esperanzando a uno de los dos ejércitos, el proletario, por la vía de asegurar que la victoria necesariamente les pertenece.

En efecto, desde el comienzo mismo, tras crear la gran dicotomía, se toma partido decidido por uno de los dos polos de la contradicción; a par-

tir de entonces, la dialéctica marxista ya no ofrece esperanzas al simétrico opuesto. Tras el aufheben, la burguesía no será "suprimida y conservada" al igual que el proletariado. No. Simplemente este último completará su misión de exterminio.

La guerra hilvana la interpretación histórica marxista; y a la guerra se convoca para derrotar a un enemigo considerado tan poderoso como opresor. "La historia de toda la sociedad hasta nuestros días no ha sido sino la historia de las luchas de clases", es el decreto estampado en el primer párrafo. "En una palabra, opresores y oprimidos, en lucha constante, mantuvieron una guerra ininterrumpida, ya abierta, ya disimulada", se aclara casi enseguida (1).

Corto trecho más adelante, los dos ejércitos quedan distinguidos en su conformación: "sin embargo, el carácter distintivo de nuestra época, de la época de la burguesía, es haber simplificado los antagonismos de clases. La sociedad se divide cada vez más en dos grandes campos opuestos, en dos clases enemigas: la burguesía y el proletariado" (28).

Tras semejante tableteo de premisas concluyentes y excluyentes se describe al enemigo y su poder. La burguesía ha extendido a todo el planeta su dominio económico, militar y político. El "gobierno moderno" no es sino "un comité administrativo de los negocios de la clase burguesa". La burguesía se impuso "revolucionariamente" al feudalismo y continúa revolucionando los medios de producción para mantener su predominio. La industria, revolucionante y revolucionada a manos de la burguesía, en sus tramos superiores ya

(1) Las citas están tomadas del Manifiesto Comunista, Bs.As., Ed. Claridad, 1967, 2da. ed. Cabe aclarar que la presente se basa en una edición realizada por Laura Lafargue, hija de Marx, y que fuera aprobada por el propio Engels. (Junto a cada cita, se indicará el número de página).

no es nacional, y abastece al ejército burgués que todo lo domina. En fin, en continuado discurso bélico, afirman Marx y Engels que "la artillería burguesa abate todas las murallas y hace el mundo a su imagen" (32).

Hacedora como jamás hubo clase social alguna, tipificada por el homo faber, la burguesía se habría cavado también su propia fosa : ha engendrado al proletariado "llamado a liquidarla". Cometido que se verá facilitado por las "crisis cíclicas" inherentes al sistema y que pondrían de manifiesto la anemia progresiva e irreversible de la estructura económica sustentada sobre la propiedad privada de los medios de producción.

A propósito de todo ello, con énfasis dialéctico, las metáforas menudean : "la burguesía no ha formado solamente las armas que deben darle muerte : ha producido también los hombres que manejarán esas armas : los obreros modernos : los proletarios"(34). Estos últimos "son como simples soldados de la industria, colocados bajo la vigilancia de una jerarquía completa de oficiales y suboficiales" en cada fábrica. Lo cual, para perjuicio de la gran burguesía conduce a un proceso de politización del proletariado a sus expensas.

Semejante proceso de disciplina forzosa, acompañado de una inevitable dosis de adquisición de conciencia política obtenida a lo largo de la lucha por sus reivindicaciones "inmediatas" permitiría al ejército proletario fracturar a la burguesía "neutralizando parte de ella que pasa a servirle". Luctuoso para unos, luminoso para otros, este devenir que aguarda a ambos contendientes se "explica" porque "el proletariado es la única clase verdaderamente revolucionaria" (30).

En definitiva, sostienen Marx y Engels, se repite, bien que con características propias, el desenlace del combate sostenido otrora entre feudalismo y burguesía. Gana la clase que encierra el futuro en sí, en cuanto crece lo suficiente como para actualizar sus potencialidades. Y de nada le

valdrá a la burguesía querer, como Urano, matar a este nuevo Zeus que ha engendrado desde sus entrañas.

En guerra total, el proletariado derrotará y no perdonará a ninguno de los titanes burgueses : su religión, su moral, sus leyes serán enterradas en la gruta más profunda y oscura de la Historia. Nunca más verán la luz del día y un nuevo Olimpo emergerá. Pues con respecto a la moral, religión y justicia burguesas "el proletariado no tiene nada que salvaguardar sino mucho que destruir" (39).

Los redobles mesiánicos culminan hacia el final de la primera parte del Manifiesto : "Al bosquejar a grandes rasgos las fases del desenvolvimiento proletario, hemos trazado la historia de la guerra civil más o menos latente que mina la sociedad hasta el momento en que esta guerra estalla en una revolución declarada y en la que el proletariado fundará su dominación por el demumbamiento violento de la burguesía" (39). La guerra es tan inevitable como general. Los renuentes a tomar partido no podrían evitar ser arrastrados por la vorágine. Se puede escapar de muchas cosas pero no de la "necesidad histórica".

Empeñado hasta aquí en la dicotomía "burgueses/proletarios", el discurso gira ahora para enfocar con más detalle las fuerzas encargadas de la demolición.

En efecto, tras el gran fresco interpretativo de la historia cumplida, que sirvió para caracterizar a los dos ejércitos enfrentados y adjudicar la victoria, el Manifiesto inflexiona sobre la armada propia; con el objeto de caracterizar a su conducción y presentar orgánicamente sus objetivos (que constituirían la única comprensión verdadera del devenir histórico).

La conducción es caracterizada mediante una nueva incisión que, otra vez, privilegia uno de los términos (en caso de eventuales fricciones).

Porque entre proletarios y comunistas, si bien se implican más o menos inextricablemente, prevalecen los comunistas. Estos últimos cuentan con elementos decisivos a su favor : "1) En las diferentes luchas nacionales de los proletarios ponen por delante y hacen valer los intereses independientes de la nacionalidad y comunes a todo el proletariado" y "2) En las diferentes fases de la lucha entre proletarios y burgueses representan siempre y por todas partes los intereses del movimiento integral" (41).

Distinguida la tropa del estado mayor, la calidad de tal de este último (los comunistas) finca en que constituyen la salvaguarda de los intereses supranacionales del ejército proletario, encarnan la conciencia de tal rol y la consecuencia para desempeñarlo hasta sus últimas instancias sin desmayos ni equívocos. Está aquí en germen la teoría de la vanguardia esclarecida (el Partido Comunista no importa cuán reducido sea) que desarrollaría más tarde Lenin (1). Una nueva élite obtiene su formal partida de nacimiento.

La cuestión es de importancia decisiva, por cuanto los comunistas serían dueños de la verdad : "Las proposiciones teóricas de los comunistas no se fundan de ningún modo en ideas y principios inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo. No son sino la expresión de conjunto de las condiciones reales de una lucha de clases existente, de un movimiento histórico en constante evolución" (41).

No obstante esa tranquilidad radical, como la empresa a la que se los convoca es ardua, no faltan promesas bien halagüeñas para la tropa

(1) LENIN, V.I: ¿Qué hacer? en OBRAS ESCOGIDAS, Tomo I, Moscú, Ediciones Lenguas Extranjeras, 1963.

proletaria : "En la sociedad burguesa el trabajo viviente no es más que un medio de acrecentar el trabajo acumulado. En la sociedad comunista el trabajo acumulado no es más que un medio de prolongar, de enriquecer y de hermosear la existencia de los trabajadores" (43).

En cuanto a los objetivos del ejército revolucionario, éstos tienen el común denominador del aniquilamiento. Aniquilamiento del orden burgués que, agotado su papel progresista frente al feudalismo, sumiría todo en la iniquidad. La presa favorita es la propiedad privada : debe ser abolida, en particular la de los medios de producción. Sin extraer nunca el dedo de esa llaga, supuestamente la más lacerante, Marx y Engels la emprenden también contra otras víctimas imperdonables : La familia "burguesa" ("Nuestros burgueses, no satisfechos con tener a su disposición las mujeres y las hijas de los proletarios, sin hablar de la prostitución oficial, encuentran un placer singular en encornudarse mutuamente" (46-47); la patria o nacionalidad ("los obreros no tienen patria, no se les puede arrebatar lo que no poseen"); asimismo la "educación" burguesa; en fin, la religión y la filosofía. Las acusaciones lanzadas contra el comunismo en defensa de tales valores y/o instituciones" no merecen un examen profundo" según los autores del Manifiesto ; quienes, en consecuencia, sin más y gesto despectivo mediante, se desentienden de las "objeciones hechas por la burguesía al comunismo".

Si atendemos las advertencias de los propios Marx y Engels incluidas en su Prefacio de la edición alemana de 1872 (de las que luego se hará eco Lenin en El Estado y la Revolución), los dos capítulos restantes (el III: Literatura Socialista y Comunista y el IV: Posición de los comunistas ante los diferentes partidos de oposición) no conservan vigencia; aunque pudieran ser reivindicados tácticamente dadas las características de 1848, Por tanto no nos ocuparemos de ellos.

En cambio, cabe sí consignar el párrafo (desafío) con que se cierra el Manifiesto : "Los comunistas no se cuidan de disimular sus opiniones y sus proyectos. Proclaman abiertamente que sus propósitos no pueden ser alcanzados sino por el derrumbamiento violento de todo el orden social tradicional. ¡Que las clases directoras tiemblen ante la idea de una revolución comunista! Los proletarios no pueden perder más que sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo por ganar". Y viene a continuación la exhortación a la unión de los proletarios de todos los países.

La euforia revolucionaria, como se sabe, chocó en lo coyuntural contra vallas tan insalvables y tercamente "contrarrevolucionarias" como aquellas alzadas por Metternich, Luis Napoleón y Bismarck. Sin embargo la concepción de fondo, transformada en irrenunciable propósito político del "derrumbamiento violento de todo el orden tradicional" (1), persistió con lozanía

(1) Ironiza Engels con nítido tono de halcón : "Para el señor Dühring la violencia es el mal absoluto; para él, el primer acto de fuerza es el pecado original, y todo su alegato se reduce a una jeremiada sobre la mácula que representa para toda la historia, hasta nuestros días, ese pecado y sobre la infame distorsión de todas las leyes naturales y sociales causada por ese poder satánico que es la violencia. Pero el señor Dühring nada dice acerca de que la violencia desempeña a la vez, en la historia, un papel muy distinto, un papel revolucionario, y, para decirlo con las palabras de Marx, el de comadrona de toda vieja sociedad que lleva en sus entrañas otra nueva, de instrumento por medio del cual el movimiento se abre camino y hace saltar, hechas añicos, las formas políticas fosilizadas y muertas. Únicamente reconoce, entre suspiros y gemidos, que acaso para derrocar al régimen de explotación no haya más remedio que recurrir a la violencia; por desgracia, añade, pues el empleo de la violencia desmoraliza siempre a quien la utiliza. ¡Y nos dice esto, a pesar del elevado ascenso moral y espiritual que produce siempre toda revolución triunfante! Y nos lo dice en Alemania, donde el choque violento, al que puede estar obligado el pueblo, tendría, cuando menos, la ventaja de desterrar de la conciencia nacional ese servilismo que se ha apoderado de ella desde la humillación sufrida en la guerra de los Treinta Años. ¿Y este modo de pensar opaco, sin savia ni fuerza, propio de un predicador, pretende imponerse al partido más revolucionario que conoce la historia?" ENGELS, F., Temas militares, Bs.As., Ed. Cartago (Selección de trabajos 1848-1895), 1974, 2da.ed., pp.44-5 y Anti-Dühring ("La subversión de la ciencia por el Sr. Eugen Dühring"), Versión española: Manuel Sacristán Luzón, México, Grijalbo, 1964.

suficiente. Y ganó en determinaciones; pues en su famosa carta de marzo de 1852 a Weydemeyer Marx acuña ya el concepto de "dictadura del proletariado" como necesidad ineluctable. Y tras el alzamiento de la comuna de París (con el telón de fondo de la derrota francesa en la guerra francoprusiana de 1870/1871) la destrucción del estado burgués y su sustitución por la referida dictadura del proletariado pasan decididamente a primer plano en la mente de Marx y Engels. El estado, para Hegel nada menos que el Sujeto de la Historia, recobra su nivel de esencia en la metafísica revolucionaria. Remozada quiddidad, su comprensión desde la filosofía verdadera, permitiría iluminar sin equívocos el accionar político.

Todo ello, tras un largo invierno de continuada preeminencia burguesa, lo explica y plasma en la práctica Lenin; al calor de otra cruenta guerra europea que, por sacudir fuertemente la cabeza del orden político global existente, es conceptuada como la primera de alcance "mundial".

2. La Instauración material del materialismo : el marxismo-leninismo

En el fragor de la Gran Guerra, entre 1916 y 1919 (1), Lenin sienta las bases conceptuales y prácticas del moderno estado soviético; alcanzando el apogeo de su producción intelectual y política. Para este Lenin en el auge de su madurez, la guerra importa en su doble faz : como guerra entre naciones-estados y como guerra civil. Europa arde del primer modo mientras Rusia se enerva y sacude en ambos sentidos. Desde el punto de vista conceptual,

(1)-Instituto de Marxismo-leninismo. Adjunto al comité central del PCUS. V.I. LENIN, Biografía, 2da. ed., Montevideo, Uruguay, Ed. Pueblos Unidos, (s/f) Traducción directa del ruso por Augusto Vidal Roget.

WALTER, Gerard, Lenin, Barcelona-México DF., Grijalbo, 1967.

la balanza no se inclinaba decisivamente por ninguno de los contendientes, en el primero de los trabajos mencionados, Lenin arremete contra los "defensores del desarme" y, a propósito de ello, sienta premisas que van más allá de la coyuntura abonando tesis generales sobre la guerra y la paz.

Tales defensores concebían y enarbolaban al desarme como la expresión "más franca, decidida y consecuente" de la lucha contra todo militarismo y contra toda guerra. Lenin conduce su ataque por tres senderos convergentes en un punto principal : los comunistas no pueden estar contra toda guerra.

Las guerras comunistas son guerras justas

La primera razón es que los comunistas "no han sido nunca ni podrán serlo jamás "enemigos de las guerras revolucionarias. Entendiendo por tales, ahora sí, "toda" guerra que se lleve a cabo contra "la burguesía", tanto en el plano nacional como en el internacional; con particular referencia a los pueblos coloniales. Esto último es una novedad para la época pero también indicativo de la coherencia a clave leninista de las políticas soviéticas luego de la segunda guerra mundial, durante el período de descolonización. Unos meses antes, en Enero/Junio de 1916 Lenin había sentado la justificación teórica de tales tipos de guerra en su trabajo El imperialismo, Fase Superior del Capitalismo. Sería el fenómeno "imperialista", en su extensión planetaria lo que exigiría una respuesta bélica en la misma escala según tácticas convenientes. De donde todas las guerras llevadas a cabo por comunistas, o tributarias de su estrategia, serían guerras "justas". Otra de las banderas que Lenin arrebató para su causa.

Las guerras civiles son instrumento de los revolucionarios

La segunda razón es un recordatorio : las guerras civiles también son guerras. "Todas las grandes revoluciones lo confirman. Negar las guerras

civiles u olvidarlas sería caer en un oportunismo extremo y renegar de la revolución socialista" (836). Llevadas adelante por los comunistas, las guerras civiles son también guerras justas, mal que pese al estado nacional y a la sociedad nacional como conjunto. Cabe recordar que Marx, en el Manifiesto, distinguía a los comunistas de los proletarios, vale decir, a la conducción de la tropa, porque los primeros "ponen por delante y hacen valer los intereses independientes de la nacionalidad y comunes a todo el proletariado" y "representan siempre y en todas partes los intereses del movimiento integral". Por consiguiente desangrar, o cocinar a fuego lento un estado nacional, no es sino infligir una derrota más a la burguesía en un punto del damero general. Y solo un "chovinista" (por tanto enemigo) o un "pequeño burgués" influenciado por su burguesía (por tanto oportunista) podría formular objeciones político-morales o aún filosóficas.

Habrá guerra hasta que se derrote "definitivamente" al capitalismo

La tercera razón leninista es taxativa: "el socialismo triunfante en un país no excluye en modo alguno, de golpe, todas las guerras en general. Al contrario, las presupone. Si alguien se preguntara entonces qué tiene que ver el socialismo con la paz, puede encontrar en el párrafo siguiente la respuesta: "sólo cuando hayamos derribado, cuando hayamos vencido y expropiado definitivamente a la burguesía en todo el mundo, y no sólo en un país, serán imposibles las guerras" (837). Sólo entonces, de ningún modo antes subraya Lenin, sin privarse de recordar la tesis clausewitciana que es enunciada por él señalando que toda guerra no es más que la continuación de la política por otros medios.

Tras esgrimir esas tres razones contra los defensores del desarme, que en su enlace sientan doctrina, Lenin hace algunas consideraciones de orden general. Y no queremos privarnos nosotros de retener a dos de ellas por

lo arquetípicas. La primera : "Si la guerra actual (1914/18) sólo despierta en los reaccionarios socialistas cristianos y en los jeremías pequeño-burgueses susto y horror, repugnancia hacia todo empleo de las armas, hacia la sangre, la muerte, etc., nosotros, en cambio, debemos decir : la sociedad capitalista ha sido y es siempre un horror sin fin. Y si ahora la guerra actual, la más reaccionaria de todas las guerras, prepara a esa sociedad un fin con horror, no tenemos ningún motivo para entregarnos a la desesperación" (839) (El subrayado pertenece al autor). Y la segunda, refiriéndose a la misma guerra "interimperialista" 1914/18 en la que estaban enzarzadas las potencias europeas, incluida Rusia, es la siguiente : "El proletariado no sólo debe oponerse a toda guerra de este tipo, sino que debe desear la derrota de 'su' gobierno en tales guerras y utilizar esa derrota para una insurrección revolucionaria, si fracasa la insurrección destinada a impedir la guerra" (843).

La única doctrina revolucionaria

Tras el último consejo, insurrección o insurrección, Lenin, con la claridad que lo caracterizó en el período de auge que a la sazón estaba viviendo, sienta una premisa que luego será de gran utilidad a la superpotencia soviética : "El 'desarme' es, objetivamente, el programa más nacional, el más específicamente nacional de los pequeños Estados, pero en manera alguna el programa internacional de la socialdemocracia revolucionaria internacional" (845). Y mucho menos su cabeza visible, la patria socialista, el estado revolucionario soviético. Estado perfilado desde Lenin para una política de gran potencia adjudicándose la representación de los intereses del proletariado internacional.

Ya sobre el filo de la revolución de octubre del 17, Lenin culmina su doctrina abordando el tema clave : la destrucción violenta del estado burgués y su sustitución por el estado revolucionario bajo la forma de la dic-

tadura del proletariado . El Estado y la Revolución es probablemente su trabajo más importante tanto por el tema como por su carácter de sintetizador donde se enhebran la lucha ideológica, el planteo doctrinario y el sentido de la oportunidad para dar el gran golpe. Pero también porque, al amparo de dicha conjunción de circunstancias, las tesis allí planteadas devienen la interpretación oficial y excluyente de Marx. En adelante hablar de "marxismo" a secas sólo tendrá un sentido muy diluido, si es que alguno; los planteos de Marx (y Engels) sólo conservarán vigencia histórica como "marxismo-leninismo" (1).

En efecto, desde el triunfo de la revolución de Octubre en adelante sólo será "revolucionario" aquel marxismo que siga punto por punto la interpretación oficial que, tras la muerte de éste, queda a cargo del estado soviético dirigido por el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS). Se instaaura a partir de entonces la larga etapa dogmática e institucional que, con vetusta lozanía, persiste hasta nuestros días. Continuemos examinando pues las columnas conceptuales más graníticas de dicha instauración.

(1) Entre tantas ratificaciones posibles de nuestra conclusión, valga una oficial (donde, de paso, queda claro quiénes son los herederos oficiales de Lenin) : "Lenin impulsó en sus obras filosóficas el desarrollo de las tesis fundamentales de la filosofía marxista-leninista, elevándolas a un nuevo nivel, a un nivel superior. El materialismo dialéctico es la filosofía marxista-leninista. En la actualidad, es objeto de un desarrollo creador en las obras de los dirigentes del Partido Comunista de la Unión Soviética y cuadros teóricos de todos los partidos comunistas. La filosofía marxista-leninista es hoy día la única concepción verdaderamente científica e irreconciliable con toda superstición y todo misticismo."

КОНСТАНТИНОВ, Л.В., (traducción rusa.), Los Fundamentos de la Filosofía Marxista, México, Orizaba, 1962. (Acad. de Ciencias de la URSS).

La destrucción del estado enemigo como necesidad

El estado, afirma Lenin desde un principio, es producto del carácter irreconciliable de las contradicciones de clase. Ese origen constituye su mácula indeleble y, a la vez, indica la "necesidad" de su desaparición final junto con las contradicciones de clase. La mediación en tal suerte dialéctica será la dictadura del proletariado armado. La guerra (de clases en este caso) todo lo domina, reafirmandose como la quintaesencia del planteo leninista.

Tras anatematizar como falsedad u oportunismo toda pretensión, el estado fue caracterizado por Marx como un órgano de dominación de clase, de opresión de una clase por otra; con la misión atribuida de institucionalizar un "orden" legal tal que, perpetuando y garantizando la opresión, amortigüe los choques de clase. Luego, el estado, jamás, en ningún caso estaría destinado a la "conciliación" de clases sino a posibilitar la opresión protagonizada por la clase dominante.

Por ello el estado burgués se "divorcia" progresivamente de los intereses del conjunto social y, para cumplir su papel de amortiguador de la lucha de clases, recurre cada vez más al empleo de destacamentos especiales de represión. "El ejército permanente y la policía son los instrumentos fundamentales de fuerza del Poder del Estado"(19), asegura Lenin. Con lo cual señala el centro de gravedad contra el que, en definitiva, se deberían concentrar los ataques para quebrar el orden burgués.

Más precisamente, la espina dorsal del estado burgués es, según Lenin, la colusión entre el ejército permanente y la burocracia. Como táctica, aconseja, se debe atacar al conjunto de la mise-en-scène burguesa: parlamento, gobierno formal e instituciones diversas. Pero hasta que no se quiebre esa espina dorsal el estado burgués gozará de buena salud.

A ese estado que reposa sobre la violencia y pervive por su deci-

sión de emplearla cuantas veces sea necesario, debe destruirse. Es "irredimible", hay que "aniquilarlo", insiste hasta el cansancio Lenin. No es posible "tomarlo", "conquistarlo" y ponerlo al servicio del proletariado como si fuera un instrumento "neutro". No. Es necesario "aplastarlo" y sustituirlo por una "maquinaria" de dominación de clase cualitativamente distinta : el estado conducido por el proletariado armado. Como el estado burgués es violento, la revolución "está obligada" a concentrar todas las fuerzas de destrucción" (51) disponibles contra el estado burgués. Si un golpe revolucionario se enzarzara en el intento de poner el estado burgués a su servicio terminaría siendo fagocitado por dicha maquinaria.

Ese poder estatal debe ser destruido, nadie puede llamarse a engaño, mediante la guerra. Entendemos nosotros que sería insuficiente decir "por violencia". Pues Lenin plantea una verdadera guerra contra el estado burgués : hay tácticas, estrategia, timing, sobre la base de la puesta en operaciones del "ejército proletario", que debe crecer y fortalecerse en dicha guerra para, tiempo al tiempo, construir, inventar, poner en marcha su propia dictadura; por medio de una maquinaria estatal hecha a la medida de sus necesidades.

Es menester subrayar cuán taxativo es Lenin en este punto (1), para no pecar de angelismo a ultranza. El padre fundador del actual estado soviético insistió siempre en que su doctrina conduce "necesariamente al reconocimiento de la dominación política del proletariado, de su dictadura ,

(1) Punto que los análisis filosóficos y políticos con frecuencia tienden a no enfatizar debidamente, considerando luego lo sucedido en la Unión Soviética como aberraciones "no leninistas" o alejadas del "espíritu leninista". No, el estado soviético es consecuentemente leninista. Y no existe indicio alguno acerca de por qué habría de dejar de serlo en el futuro.

es decir, de un poder no compartido con nadie y apoyado directamente en la fuerza armada de las masas. El derrocamiento de la burguesía sólo puede realizarse mediante la transformación del proletariado en clase dominante, capaz de aplastar la resistencia inevitable y desesperada de la burguesía y de organizar para un nuevo régimen económico a todas las masas trabajadoras y explotadas". Para mayores precisiones: "El proletariado necesita el poder del Estado, una organización centralizada de la fuerza, una organización de la violencia, tanto para aplastar la resistencia de los explotadores como para dirigir a la enorme masa de la población, a los campesinos, a la pequeña burguesía, al semiproletariado, en la obra de 'poner en marcha' la economía socialista" (subrayados del autor).

Con tal propósito el líder revolucionario aclara debidamente posiciones ante propios y extraños. No otra fue la función del Estado y la Revolución en el momento que fue escrito: "claridad" ideológica para el estado mayor proletario (el partido comunista) y encuadramiento correcto a través de esa conducción para la masa del ejército proletario.

Esta dictadura del proletariado, que ya Marx estableciera como esencial dentro de su sistema filosófico-político (1852- carta a Wydemeyer) bastante antes inclusive de la "experiencia" de la Comuna de París, se determina, en Lenin, cuanto menos por tres características nodales que registraremos sumariamente por considerarlas condicionantes de fondo.

"Marx es centralista", reafirma airado Lenin. "Sólo quienes se hallan poseídos de la 'fe supersticiosa' del filisteo en el Estado pueden confundir la destrucción de la máquina del Estado burgués con la destrucción del centralismo". De tal forma es descartado expresamente el federalismo, o cualquier atisbo de él. Punto doctrinario muy importante si de la constitución de un imperio se trata. El estado soviético, que ya desde el breve período en que Lenin detentó personalmente el poder, se abocó a reunir más de cien

nacionalidades bajo un solo ejército proletario, ha venido haciendo uso consecuente de semejante tesis del centralismo.

La religión es también vapuleado objeto de reafirmación doctrinaria bajo la dictadura del proletariado. La religión no puede ser absuelta ni siquiera como "incumbencia privada" bajo dicho régimen "dictatorial de una manera nueva" (37). Principio que es recordado enfáticamente por Lenin recurriendo a las fuentes: "Engels subraya intencionadamente las palabras 'con respecto al Estado', asestando con ello un golpe en la cabeza del oportunismo alemán, que declaraba la religión como una incumbencia privada frente al partido y con ello rebajaba al partido del proletariado revolucionario al nivel del más vulgar filisteísmo 'librepensador', capaz de tolerar el aconfesionalismo, pero que renuncia a la misión del partido de luchar contra el opio religioso que embrutece al pueblo" (118).

La democracia, en fin, es también artículo de doctrina. Siendo ella misma una forma de estado, se extinguirá con éste. Luego, la democracia no puede ser un fin para los comunistas. Ya Engels, recuerda Lenin, criticó la denominación de "socialdemócrata" para el partido revolucionario comunista, por inadecuada. Se debe hacer uso de las "libertades democráticas" y de la "democracia" burguesa para minar el estado enemigo. Pero no se debe exagerar el alcance de esta "igualdad formal". En realidad, Lenin se debate entre no abandonar la democracia como bandera y, a la vez, no alentar ilusiones democratistas desde la dictadura del proletariado en adelante. El siguiente párrafo es representativo de esa actitud: "(la democracia) en primer lugar, cohesiona a la clase revolucionaria, al proletariado contra el capitalismo y le da la posibilidad de destruir, de hacer añicos, de desterrar del mundo la máquina del Estado burgués, incluso la del Estado burgués republicano, el ejército permanente, la policía, la burocracia y de sustituir la por una máquina más democrática, pero a pesar de todo estatal, bajo la

forma de las masas obreras armadas, como paso hacia la participación de todo el pueblo en las milicias" (154).

Pero, filosófica y "necesariamente" la democracia está condenada, forma de estado, desaparecerá junto con éste. Extinción del estado que conllevaría también la de las clases y, como consecuencia, de interés que Lenin, desechando la acusación latente de utopismo, se toma el trabajo de tratar con cierta extensión y detalle,

La "extinción" del estado

El tema de la extinción del estado es una consecuencia lógica de su condición de instrumento de explotación de una clase por otra. Este pecado original lo condena y lo contraponería a toda noción de libertad. Cualquiera sea el tipo de estado, sólo algunos son libres. Siempre hay reprimidos. Por ello, Lenin no se conforma con decir que en la dictadura del proletariado la mayoría es libre y sólo la minoría es reprimida: el propio estado debe desaparecer eliminándose así toda represión de clase.

Sin embargo hay una diferencia muy importante. Mientras que el estado burgués debe ser aniquilado por el ejército proletario, el estado proletario no requiere ser destruido por la fuerza sino que se irá extinguiendo gradualmente por voluntad del propio proletariado armado, consciente de su misión teleológica: eliminarse a sí mismo como clase tras exterminar ásperamente a todo clasista.

En un intento de mantener coherencia con la concepción marxista en el sentido de que la "base" económica determina a la "superestructura" política, ideológica, cultural, Lenin encuadra el tema bajo el lema "las bases económicas de la extinción del estado".

De allí en adelante, ya no son necesarios los redobles que convocan al aniquilamiento. Más bien sueñan ahora flautas dulces: ni siquiera se em-

plea más de lo estrictamente necesario el sustantivo "extinción", nada de pendientes bruscas; la suave ondulación del gerundio más el reflexivo que se conforman "extinguiéndose" indican las características del terreno a recorrer (por el estado del proletariado armado conducido por su vanguardia esclarecida, el partido comunista).

En cuanto a sospechas de utopía, en la portada misma de las consideraciones sobre el problema hallamos un decreto leninista que da por cerrada la cuestión: "En Marx no encontramos ni el rastro del intento de construir utopías, de hacer conjeturas en el aire respecto a cosas que no es posible conocer. Marx plantea el problema del comunismo no como el naturalista plantearía, por ejemplo, el problema del desarrollo de una nueva especie biológica, sabiendo que ha surgido de tal y tal modo y se modifica en tal y tal dirección determinada" (131). Estocada que estima suficiente para dotar a sus subsiguientes afirmaciones de valor científico.

Las fases "inferior" y "superior" de la sociedad comunista

Dos temas preocupan de ahí en más a Lenin: la transición del capitalismo al comunismo por una parte, y, por la otra, la "fase superior" misma, esto es, esa sociedad comunista pietórica de bienestar. Nosotros introduciremos un tercer asunto: la extensión de la fase de transición (dictadura del proletariado) que es una preocupación actual.

En cuanto al primer punto, "Ahora el problema se plantea de un modo algo distinto: la transición de la sociedad capitalista, que se desenvuelve hacia el comunismo, a la sociedad comunista, es imposible sin un 'período político de transición', y el Estado de este período no puede ser otro que la dictadura revolucionaria del proletariado" (134). Esta fase no puede ser concebida simplemente como un "ensanchamiento de la democracia" (137). Ya aclaraba Engels, cita Lenin, que "el proletariado necesita el Estado no en

interés de la libertad, sino en interés del aniquilamiento de sus adversarios, y cuando sea posible hablar de libertad, ya no habrá Estado" (137). Habrá una máquina represora, el estado proletario, porque aún quedarán vestigios y, más aún, contaminaciones de distinto grado de gravedad (') que se arrastran del anterior orden burgués especialmente en lo que hace a la organización jurídica ("). Pero, asegura, estas inevitables secuelas están condenadas históricamente y "necesariamente" cederán, dando lugar a la fase superior de la sociedad comunista.

"De cada cual según su capacidad, a cada cual según sus necesidades" es la consigna que podrá escribirse en las banderas de la sociedad comunista, predijo Marx y recoge Lenin. Desaparecerá entonces el contraste entre el trabajo intelectual y el trabajo físico y se desarrollarán "en proporciones gigantescas las fuerzas productivas" (148) cuyo desenvolvimiento "entorpece increíblemente" (148) el capitalismo. Pero, advierte Lenin, "tenemos derecho a hablar sólo de la extinción inevitable del Estado, subrayando el carácter lento de este proceso, su supeditación a la rapidez con que se desarrolle la fase superior del comunismo, y dejando completamente en pie el problema de los plazos o de las formas concretas de este proceso de extinción, pues no tenemos datos para poder resolver estos problemas" (148).

(') Consiguientemente, la primera fase del comunismo no puede proporcionar todavía justicia ni igualdad; subsisten las diferencias de riquezas, diferencias injustas; pero no será posible ya la explotación del hombre por el hombre, puesto que no será posible retener en propiedad privada los medios de producción, las fábricas, las máquinas, la tierra, etc. (144).

(") "Registro y control : he aquí lo fundamental, lo que hace falta para poner en marcha y para que funciones bien la primera fase de la sociedad comunista. Aquí, todos los ciudadanos se convierten en empleados a sueldo del Estado, formado por los obreros armados" (155) "Toda la sociedad será una sola oficina y una sola fábrica, con trabajo igual y salario igual" (156).

Tal lo esencial de las propuestas de Lenin en torno a las fases "inferior" y "superior" del comunismo. En cuanto a nuestra preocupación por la duración de la fase de transición, Lenin, antes de promediar su libro, había sido taxativo: "Además, la esencia de la teoría de Marx sobre el Estado sólo la ha asimilado quien haya comprendido que la dictadura de una clase es necesaria, no sólo para toda la sociedad de clases en general, no sólo para el proletariado, sino también para todo el período histórico que separa al capitalismo de la 'sociedad sin clases', del comunismo" (57). En consecuencia, mientras haya capitalismo (estados capitalistas) parece que no será posible abandonar la dictadura del proletariado. Mucho menos si los que perduran son estados capitalistas que, contrariamente a la afirmación de Lenin, no "entorpecen increíblemente" el desarrollo de las fuerzas productivas sino que, en ese punto, están por encima del estado comunista líder. En definitiva, la fase de transición, la dictadura del proletariado será tan larga como sea necesario, esto es, tanto como los intereses particulares del estado leninista lo requieran.

3. Un arma imprescindible : el dogmatismo filosófico y político

Conviene examinar ahora las apreciaciones de Lenin sobre el estado cuando él mismo, triunfante, se colocó en la cima de la maquinaria estatal de nuevo tipo, construida sobre la base del proletariado armado, pudiendo así llevar anclas y desplegar las velas de la "etapa de transición" o "dictadura del proletariado".

Con los resortes centrales del poder en sus manos Lenin pone el acento en la necesidad de una única interpretación "necesaria" del marxismo. La "etapa de transición" será una etapa dogmática e institucional y proyectará un modelo sobre el resto del orbe. A casi dos años de la revolución de Octubre; a diecisiete meses de haberse visto obligado a la firma del Trata-

do de Brest-Litovsk por el "ejército burgués" alemán (1); cuando no se habían cumplido aún quince días de la firma del Tratado de Versalles, en fin, aún en guerra civil contra residuos del "ejército burgués" ruso, considerable - mente vigorosos todavía; Lenin tematiza nuevamente la cuestión del Estado en la Universidad de Sverdlov.

A propósito de dicho tema repasa la cuestión particularmente en una de las fuentes (Engels), pero esta vez pone el acento en "desde dónde" y "cómo debe leerse ese problema (y todos los demás). Advertido y advirtiendo que la lucha ideológica es una forma de guerra, subraya la necesidad de que el ejército proletario opere a la luz de un y sólo un marco categorial interpretativo, como queda ejemplarmente establecido en la cita que sigue (cuyos subrayados nos pertenecen).

Enfatiza Lenin : "Este hecho fundamental -el paso de la sociedad de las formas primitivas de esclavitud al feudalismo y, finalmente, al capitalismo-, lo debéis tener siempre en cuenta, ya que sólo recordando este hecho fundamental, sólo encuadrando en este marco principal todas las doctrinas políticas, podréis apreciarlas en su justo valor y comprender su significado; puesto que cada uno de estos grandes períodos de la historia de la humanidad -el de la esclavitud, el del feudalismo y el del capitalismo- abarca siglos y milenios y representa una variedad tan enorme de formas y doctrinas políticas, de ideas y revoluciones, que orientarse en toda esta enorme y sumamente abigarrada variedad -relacionada sobre todo con las doctrinas políticas,

(1) Ejército burgués alemán que meses antes de la revolución de Octubre del 17 había garantizado el reingreso de Lenin a Rusia en un tren blindado, se supone que con la idea de contribuir a debilitar el esfuerzo político-militar ruso obteniendo así alivio en el frente oriental.

espirituales, religiosas, etc." Y continúa "Si examináis el Estado desde el punto de vista de esta división fundamental, veréis que, como ya he dicho, (...)", etcétera, etcétera. (T.III, 279).

El precedente y ejemplar llamado-obligación leninista a pensar de una/sola manera, ¿es realmente un llamado a pensar? Creemos que no. Pero como arma, admitámoslo, se ha mostrado aberrantemente eficaz. Tan eficaz como prolijamente empleada (1). Y sigue siéndolo.

Ese dogmatismo es parte fundamental del legado leninista. Está en la base de su doctrina y nunca cederá en sus aspiraciones de proyección planetaria, como lo certifica Lenin en las palabras finales de su conferencia refiriéndose al Estado en la Universidad de Sverdlov: "Nosotros arrebatamos esta máquina a los capitalistas y nos apropiamos de ella. Con esta máquina o garrote destruiremos toda explotación; y cuando en el mundo no haya quedado la posibilidad de explotar, no hayan quedado más propietarios de tierra y de fábricas, no ocurra que nos se hartan mientras otros padecen hambre, solamente cuando esto ya no sea posible, entonces arrojaremos esta máquina

(1) Por ejemplo el caso típico de los gruesos volúmenes sobre Ideas políticas y/o filosóficas de la academia de ciencias de la URSS. Por sólo tomar uno de ellos, bien extenso (Historia de las Ideas políticas desde la antigüedad hasta nuestros días por S.F. Kechekian y G.I. Fedkin, Es.ºs., Ed. Cartago SRL, 1958), comentemos que toda la bibliografía del mismo, capítulo por capítulo, si es etiquetada de "fundamental", se trata de obras de Marx, Engels, Lenin o Stalin, si de complementaria, a los nombrados se agregan otros intelectuales comunistas menores y sólo se mencionan autores de corrientes no comunistas cuando se citan sus trabajos para hacerlos objeto de severas o mordaces críticas por no haber comprendido aún, o pretender falsear la "verdad" del marxismo leninismo. El libro citado no es una casualidad, ilustra la tónica, la línea editorial seguida consecuentemente antes, durante y luego de Stalin. Respetada no sólo por el PCUS sino por todos los C epígonos a lo largo y ancho del planeta.

al montón de chatarra. Entonces no habrá estado y no habrá explotación. Este es el punto de vista de nuestro Partido Comunista" (290). Una vez más, la dictadura del proletariado promete ser bastante larga, allí donde se instaure.

A la luz del dogma revolucionario y los dispositivos de guerra del "ejército proletario" (con ajuste a la idea de hacer no sólo de Rusia sino de todo el planeta su teatro de operaciones), apenas cuatro meses antes de la conferencia de Sverdlov y contando con la asistencia de delegados de diversos países, Lenin había fundado en Moscú la III Internacional (Komintern), oficializando el marxismo-leninismo como única línea revolucionaria para los partidos comunistas de todo el mundo, que se comprometían, de paso y como primera medida, a la defensa sin concesiones del nuevo faro luminoso, el estado soviético, coordinando acciones en todo el mundo bajo su tutela (*). Al año siguiente (Julio / Agosto 1920) se realizaba también en Moscú el II Congreso del Komintern, donde se adoptaron oficialmente los célebres "21 puntos" de Lenin.

(*) También en Marzo de 1919 se habían retirado del territorio soviético las tropas de intervención inglesas, francesas y japonesas y meses después que Lenin dictara su conferencia en Sverdlov, el ejército rojo comenzaba a definir irreversiblemente el curso de la guerra civil tras el triunfo de sus contraofensivas en Moscú, Leningrado y el Volga; tras un año de consolidación sucesiva del "ejército proletario" ya identificable sin más con el "ejército de la Unión Soviética", hacia noviembre de 1920, las últimas tropas del ejército burgués ruso que lograron ponerse a salvo, embarcaban en Crimea rumbo al exilio definitivo.

Con los mismos, culmina la instauración dogmático-institucional al par que queda explícita la aspiración de dominio planetario (') y también, a través de los "21 Puntos" se sella "definitiva" y "universalmente" la identificación de marxismo con leninismo y de marxismo-leninismo con estado soviético. Este último pasa a ser, a la vez, el modelo político-militar y el intérprete filosófico-político por antonomasia, aquilatando así una diferencia "cualitativa" con todo estado anterior burgués, con el orden feudal, con el imperio romano o la polis griega.

Por tanto, resulta oportuno examinar, aunque más no sea en forma sumaria, cómo la criatura estatal alumbrada por Lenin dio cuenta de los dos temas centrales que dieran pábulo a su fundador para calificar de "parásito" al estado burgués : el ejército permanente y la burocracia.

4. Las otras armas para el mismo fin

Los supuestos cardinales de una filosofía política suelen ponerse de manifiesto por la praxis ("). Mucho más cuando esta última se eleva a criterio de verdad absoluta. En consecuencia, algunas cuantificaciones serán úti

(') En los "21 Puntos", como fruto de largo debate sobre las formas de difundir la ideología comunista, quedaron concertadas dos formas de lucha militante simultáneas y convergentes : la clandestina y la "legal". La lucha "legal" debía articularse sobre la base de una "correcta" delimitación de la capacidad de maniobra compatible con la legalidad burguesa encauzando el trabajo general de los PC y en particular su accionar sobre las organizaciones sindicales. Los "21 Puntos" establecían tres objetivos básicos : a) constitución de todo partido comunista de acuerdo con el modelo del PCUS, asumiendo decididamente, además, la defensa del estado proletario soviético, de la URSS; b) enervamiento de la disciplina partidaria y subordinación de ésta a las directivas estratégicas (y en lo posible tácticas) del Komintern; y c) lucha contra los partidos social-demócratas buscando escindirlos y captar su ala izquierda (o izquierdista) potencialmente "revolucionaria".

(") ¿Dónde reside el 'secreto' de esta inagotable vitalidad del marxismo? Lenin ha dado una respuesta, breve, pero insuperable a esta pregunta : 'La doctrina de Marx es omnipotente, porque es verdadera'. La veracidad del

les para captar cualidades decisivas de la dictadura del proletariado a clave leninista, tras más de sesenta años de maduración en los odres conceptuales casi artesanalmente contruidos por el jefe de la revolución de Octubre.

El ejército permanente más grande del mundo

El primer dato decisivo es el acelerado aumento del gasto militar soviético. Importante desde el comienzo, se hace meteórico en las últimas décadas. En 1958 la URSS (más sus aliados del Pacto de Varsovia -PV-) representaban el 20.3 % del gasto militar mundial, mientras que los EEUU (más sus aliados de la OTAN) constituían el 46.2 %. Los guarismos han evolucionado como sigue : 1968, URSS (más PV) 23.2 %, EEUU (más OTAN) 41.1 %; 1978, URSS (más PV) 25.5 %, EEUU (más OTAN) 25.6 %. En los últimos veinte años la Unión Soviética, al frente de sus aliados de Europa Oriental tiene una erogación militar igual a la de los EEUU, Francia, Inglaterra, Alemania Occidental, Italia, Canadá y restantes países de la OTAN sumados. Y la tendencia a desbordarlos en ese rubro continúa acentuándose.

También es el segundo país exportador de armas ("convencionales" o "subatómicas", ya que las nucleares no se exportan -al menos abiertamente- por ahora). Su participación en el total de la exportación mundial de armamento es del 27 % (sólo aventajado por los EEUU : 47 %). Sus clientes principales no son sus socios de Europa Oriental, algunos de los cuales son también exportadores, sino países subdesarrollados del así llamado "tercer mundo", los "Eslabones más débiles de la cadena" imperialista y por donde conviene concentrar fuerzas, como enseñaba Lenin.

materialismo dialéctico e histórico y del marxismo-leninismo en general ha encontrado su irrefutable demostración en la práctica histórico-mundial de la victoriosa lucha de la clase obrera por el socialismo. (Academia de Ciencia de la URSS, Instituto de Filosofía. Los Fundamentos de la Filosofía Marxista, op.cit., p. 111).

En cuanto a las fuerzas nucleares denominadas "estratégicas", esto es la temible y aún no ensayada ultima ratio, la URSS también gana espacio constantemente, habiendo alcanzado primero la paridad aproximada y dirigiendo ahora ingentes esfuerzos y presupuesto para aumentar la brecha en su favor (*).

(*) Todos los datos presentados están tomados de publicaciones del SIPRI (Stoccolm Internacional Peace Research Institute) que, en general goza de prestigio por su objetividad estadística y los datos que ofrece no son cuestionados por las superpotencias. Los guarismos que figuran en el texto fueron tomados de su folleto ¿Armamentos o Desarme?, págs. 8 y 14, Estocolmo, 1979. Los que siguen, provienen de "World Armaments and Disarmament, SIPRI Yearbook 1979", págs. 422/423.

Bombarderos nucleares de largo alcance

| | <u>1970</u> | <u>1979</u> |
|------|-------------|-------------|
| URSS | 140 | 140 |
| EEUU | 512 | 348 |

Submarinos nucleares equipados con misiles balísticos

| | <u>1970</u> | <u>1979</u> |
|------|-------------|-------------|
| URSS | 22 | 72 |
| EEUU | 41 | 41 |

Misiles balísticos lanzables desde submarinos

| | <u>1970</u> | <u>1979</u> |
|------|-------------|-------------|
| URSS | 248 | 979 |
| EEUU | 656 | 656 |

Misiles balísticos intercontinentales

| | <u>1970</u> | <u>1979</u> |
|------|-------------|-------------|
| URSS | 1487 | 1398 |
| EEUU | 1054 | 1054 |

Total de bombarderos de largo alcance y misiles

| | <u>1970</u> | <u>1979</u> |
|------|-------------|-------------|
| URSS | 1875 | 2517 |
| EEUU | 2222 | 2058 |

Cabezas Nucleares (Nuclear warheads) montadas sobre misiles y capaces de alcanzar blancos independientes

| | <u>1970</u> | <u>1979</u> |
|------|-------------|-------------|
| URSS | 1735 | 5153 |
| EEUU | 1874 | 7274 |

Las cifras expuestas no agotan la parafernalia nuclear de que dispone el estado soviético a esta altura de la dictadura del proletariado.

La filosofía marxista-leninista del ejército más grande del mundo

Los ingenios bélicos en manos de las fuerzas armadas soviéticas, sucedáneos del proletariado armado que protagonizó la revolución de 1917 (tras la cual fuera desarmado), serán empleados no de cualquier manera sino con ajuste total al marxismo-leninismo, aseguran sus detentadores. Las premisas leninistas expresadas oficialmente por un mariscal de la Unión Soviética, presentadas en discreta ráfaga de citas, serán adecuadas para clarificar sintéticamente el tema.

En un enfoque modelo (como el que reclamaba Lenin en su conferencia en la Universidad de Sverdlov), nos dice el mariscal A. A. Grechko (1): "La conciencia de la ideología comunista es el fundamento de las altas cualidades político-morales, psicológicas y combativas, la principal fuerza motriz que infunde en los combatientes el valor y la osadía y los impulsa a realizar hazañas y manifestar heroísmo masivo en aras de la defensa de la Patria soviética" (171) . Y a renglón seguido cita a Lenin para confirmar lo

Pero son elocuentes para mostrar la magnitud de su presupuesto militar, su esfuerzo y capacidad bélicas y su desarrollo militar que no condice con el operado en otras áreas (salud, vivienda, acceso a los productos básicos de consumo) que han sido decididamente postergadas. No deseamos sobreabundar en cifras pero, habiendo indicado fuentes de aceptación universal, debemos consignar que el estado proletario cuenta con el ejército, individualmente considerado, más poderoso del mundo. Hay consenso general en que, sin la protección del paraguas nuclear norteamericano, Europa Occidental sería arrollada en cuestión de días. Asimismo la marina soviética ha registrado un avance tan importante que ha sorprendido a los especialistas occidentales y amenaza con desequilibrar a su favor el dominio de los océanos. La aviación es también muy poderosa. Y son líderes en la tecnología de satélites de guerra; una de las instancias de los aparatos orbitales que, con línea de tendencia, anuncian la peligrosa probabilidad de transformar en teatro de operaciones el espacio inmediatamente exterior.

(1) A.A. Grechko, Mariscal de la URSS : Las Fuerzas Armadas del Estado soviético , Moscú, Ed. Progreso, 1977. Edición en español. Todos los subrayados de las citas corresponden al autor. Las mismas incluyen el número de páginas entre paréntesis.

que expresa.

Continúa luego: "Los más importantes elementos que caracterizan el estado político-moral de los efectivos son el patriotismo soviético y el sentido del deber internacionalista. Están implantados en el pueblo soviético y los combatientes de sus Fuerzas Armadas por todo el modo de vida social, por todo el sistema de educación en que el trabajo ideológico ocupa lugar especial" (171).

El patriotismo aludido "se basa en la elevada conciencia política y en el profundo convencimiento de la justicia de las ideas del marxismo-leninismo" (171). En cuanto al referido internacionalismo aclara Grechko : "La preparación político-moral de los combatientes soviéticos incluye asimismo la educación en ellos del odio de clase hacia el enemigo" (172) que no es, sin embargo, odio hacia "los pueblos de los países burgueses". "El ejército soviético -aclara tras punto y seguido- ha sido un ejército liberador, portador de la libertad para los pueblos del mundo" (172) (').

(') Teniendo en cuenta también lo expresado por nosotros a propósito de la declaración de "Guerra Moral" (Cf. pp. 10 supra) conviene prestar atención al siguiente texto de Alain Besançon : "A Raymond Aron le gusta citar una frase de Clausewitz : 'No hace la guerra quien invade un territorio al frente de su ejército, porque si los invadidos ceden a la violencia, esta violencia se convierte en guerra'. De acuerdo con tal doctrina, los culpables de la guerra serían los que se defienden. Por lo tanto, la URSS no atacó a Checoslovaquia, puesto que el invadido no se defendió.

Nadie impide, por lo tanto, que la Europa occidental llegue a comprender que el ejército soviético vela por su propio bien. El aparato bélico de la URSS no quiere actuar por la violencia, sino persuadir con bondad. Desea limitar su función a la de pedagogo; pero las leyes de la historia tienen sus exigencias, y el ejército soviético tiene que resignarse a veces, mal que le pese, a su papel ingrato de ultima ratio de la ideología. Pero la decisión fatal nunca podrá ser reprochada al gobierno soviético, indisolublemente comprometido en una política de paz; la responsabilidad será nuestra. Si algún día el ejército rojo llegase a penetrar en Europa occidental, los dirigentes de la URSS se escandalizarían si alguien dijera que aquello era un acto de guerra. Y para colmo, muchos entre nosotros creerían en las apariencias con que los agresores cubrieran su acción disfrazándola de medida protectora o de liberación; e incluso los recibirían con flores. (BESANÇON, Alain, Breve Tratado de Sovietología, Madrid, Rialp, 1977, p.174-175).

Estas fuerzas armadas, por más que (no obstante su nombre) tienda a olvidárselo con frecuencia, se preparan para la guerra. No piensan que no habrá guerra, sino lo contrario. Dice con toda calma y naturalidad Grechko: "En una guerra futura, la retaguardia tendrá que actuar en condiciones mucho más difíciles. Por eso es necesario preparar en todos los aspectos y con antelación la economía y la población del país, realizar sistemáticamente ejercicios y entrenamientos especiales de carácter organizado y planificado, lo mismo en el ejército y la flota" (95) "La preocupación del Partido Comunista por el fortalecimiento de la capacidad defensiva del país también se manifiesta en la organización del trabajo patriótico-militar entre la población" (95).

Las cifras y citas precedentes presentan claramente el papel decisivo de esta organización militar, verdadero pilar del régimen, tanto en su consolidación interna como en su capacidad de expansión como "ejército liberador" enarbolando la bandera del internacionalismo proletario. La última cita sirve, además, para introducir el problema de la burocracia, el Partido Comunista, al que Grechko cita permanentemente como orientador supremo, y al cual el propio Lenin, su creador, citaba orgullosamente al cerrar su conferencia de Sverdlov.

La burocracia de la dictadura del Proletariado

Es esa burocracia hiperorgánica, el partido comunista (de la Unión Soviética =PCUS=), quien, en última instancia, tiene en sus manos la decisión de guerra. Pues, como auténtica consumación burocrática, el PCUS y el propio estado soviético están imbricados de tal forma que partido y estado se confunden, se identifican de tal modo que ni siquiera a los efectos de una disección lógica provisoria es fácil separarlos.

El resultado más notable de tal fenómeno a clave leninista es que

no hay cabida para oposición alguna. El estado proletario se extinguirá pero no por causas exógenas. Sin contradicción y sin tumulto la sociedad comunista tendrá un parto sin dolor desde el seno de la dictadura del proletariado.

Mientras tanto, epítetos y adjetivaciones aparte, la lógica interna de un sistema social de partido único, modo soviético, no deja resquicio alguno para la oposición. Si sólo un sector (o clase) social posee un destino histórico realizable, valorado como bueno no sólo para sí sino para el conjunto de la sociedad, ¿qué papel positivo puede cumplir una oposición que fue desplazada violentamente? En el más benévolo de los supuestos sólo podría protagonizar una revancha violenta. La represión pues no puede dejar de estar a la orden del día. Y no sólo como un recurso momentáneo sino como una solución de fondo, permanente.

En consecuencia, el poder del estado ni remotamente podría ser ejercido por distintos intereses en forma alternada. Permitirlo sería imperdonable "negligencia contrarrevolucionaria".

La solución es una y sólo una : el estado partidario. Estado y partido se fusionan, se funden en una sola autoridad. Entidad monopólica por lo demás . Pues, naturalmente, tal amalgama es la depositaria omnimoda de toda legalidad, fuente de toda justicia y ejecutor sumario de toda oposición. Quién está contra el estado unipartidario (totalitario) está contra toda la sociedad. No sólo no hay tolerancia para el disenso sino que, peor aún, cada persona debe ejercer una suerte de vigilancia sobre sí misma para guardarse de no incurrir en actitudes que lo transformen "objetivamente" en un agente hostil al estado "verdadero". Todo individuo, en carácter de tal y de los intereses particulares que inevitablemente son atributos de su condición, es sospechoso. Y se transforma en culpable en el mismo instante en que cese de probar su adhesión al régimen; o meramente flaquee o vacile en demostrarla.

La libertad no es un valor y un derecho individual inalienable. Lejos de ello, es un bien escaso, de uso dudoso y administrada por la vanguardia esclarecida del proletariado. Esto último con el objeto de evitar equívocos burgueses, de arrastre, que acosan a la masa de no esclarecidos. No esclarecidos vulnerables en grado sumo por fantasmas del antiguo régimen tan dañinos como la ignorancia, la "falsa conciencia", la conciencia clara o tantos motivos como los de un aparato judicial que acepta y practica la condena por analogía pueda establecer.

Lenín, siempre más preocupado por la realización de sus objetivos que por la coherencia estricta de su discurso, seguramente hubiera concebido el modo de justificar esa burocracia de los aparachiki y ese ejército permanente como no parasitarios y no disociados (en función de sus vastos intereses creados) del conjunto social. No con coherencia filosófica, pero sí por medio de los sustitutos argumentales que facilita el dogmatismo. Dogmatismo que brinda, asimismo, un arquetipo de corte épico.

El perfil del héroe en la épica soviética leninista

Otro de los rasgos instauradores de "el Estado y la Revolución" se verifica en los párrafos intitulados "Dos Palabras Finales a la Primera Edición" (que tuvo lugar tras los sucesos revolucionarios de Octubre de 1917). Exultante, Lenín declara allí que deja sin escribir un capítulo que tenía previsto ("La experiencia de las revoluciones rusas de 1905 y 1917) porque vino a "estorbarlo", para su regocijo, la revolución misma. El capítulo postergado "tardará seguramente mucho tiempo en ver la luz; es más agradable y provechoso vivir la 'experiencia de la revolución' que escribir acerca de ella".

Con tales precisiones, que el autor descaba dejar en letra impresa como parte integrante de su libro, queda sintetizado el perfil del héroe en lo que podríamos llamar la épica leninista. Se trata del guerrero en mo-

vimiento continuo. El activista que, minimizando el reposo, batalla a la vez en el campo de las ideas y en el terreno político práctico.

Inflexible en su repudio hacia toda virtud contemplativa (y todo saber que pudiera serle tributario), el héroe revolucionario que se cultiva en Lenin debe reunir al unísono la fuerza excepcional de un Aquiles junto con la astucia de un Ulises, más la voluntad indoblegable que caracterizaba a ambos. No debería arredrarse ni ante las fuerzas más temibles ya que análogamente al semidiós casi invulnerable de la Ilfada, sólo él es capaz de blandir la lanza que consiste nada menos que en la Verdad científica. Y, al mismo tiempo, como otro semidiós (el astuto Ulises), debe saber taparse muy bien los oídos para no ceder ante los cantos de sirenas.

Cobra sustancia así el modelo e ideal de vida al que rinde culto (y cuyo culto sostiene) el estado soviético. Quienes no asumen decididamente ese ideal (enemigos, vacilantes, acaso meros "compañeros de ruta") no son "revolucionarios".

Pero como, por cierto, no todos los revolucionarios del mundo pueden ser el héroe mismo, se ha generalizado un tipo de personalidad "revolucionaria" promedio que, enarbolando con vehemencia la fraseología del arquetipo, opera cumpliendo (con distinto grado de conciencia de sus actos) las directivas del estado creado por el jefe de la revolución de Octubre.

A Lenin, como fundador revolucionario que fue, no le hubiera entusiasmado la idea de la aparición de otro Lenin. Y el estado soviético no lo permitiría. Los ciclos fundacionales no se repiten a lo largo de la vida de lo fundado. Para Lenin la revolución debía hacerse de una sola vez y con una sola clave: aquella por él dictada. Luego del hito revolucionario, la historia seguiría discurriendo por los ciclos (o fases) predeterminados o necesarios; pero con aquella única partitura por toda música de fondo.

El presente como guerra asegura el futuro como propiedad

En efecto, según el marxismo-leninismo, la historia se desenvuelve por ciclos; desde fases inferiores hacia fases superiores por las que deberá transitar necesariamente la humanidad. El estado no es el sujeto de la historia, como en la espiral hegeliana. Pero la historia es categorizada como la historia del desarrollo de los modos de producción, a cada uno de los cuales corresponde un determinado tipo de estado. Así, el modo de producción capitalista genera la "superestructura" política que se sintetizaría en el estado burgués; al modo de producción socialista, en la "fase inferior" corresponde la dictadura del proletariado y del mismo modo habría ocurrido en los restantes casos.

No es nuestro propósito detenernos a examinar cuán lejos está el marxismo-leninismo de Hegel en cuanto hace a la concepción del Estado. Destacamos sí la herencia de un determinismo de cuño hegeliano que, en la reelaboración marxista-leninista (esto es invertido desde el materialismo e hiperacentuado), nos conduce a la teoría de las fases apodícticas del desarrollo histórico. Ya no se tratará como en Hegel de dar razón ("racionalizar" según los detractores) de los hechos acaecidos ("el búho de Minerva levanta vuelo al atardecer") en un todo con coherencia interna. Además y preferentemente, desde la perspectiva materialista-dialéctica se forzará una prognosis, se predeterminará un único derrotero como posible y legítimo. Se ensayará sí una explicación del pasado; pero con la intención maestra de revolucionar el presente y adueñarse del futuro.

III. LA GUERRA COMO PROBLEMA ACTUAL DE LA FILOSOFIA

- A. LAS SENDAS PELIGROSAS : IDEOLOGIA Y UTOPIA .
- B. LAS "CAUSAS" DE LA GUERRA (Y LA GUERRA COMO CAUSA)
 - 1. LA APROXIMACION PSICOANALITICA A LAS "CAUSAS" DE LA GUERRA
 - 2. LA ADVERTENCIA DE LA ETOLOGIA SOBRE LAS CAUSAS DE LA GUERRA
 - 3. TEORIZACIONES SOBRE LAS CAUSAS DE LA GUERRA
 - 4. EL SISTEMA DE GUERRA Y LA GUERRA COMO CAUSA
 - 5. "CAUSAS" POLITICAS DE LA GUERRA
 - a. Extensión del Poder, Extensión de la guerra
 - b. No hay política sin enemigo
- C. LA PAZ PERPETUA
- D. LA INCERTIDUMBRE, LO VEROSIMIL, LO PROBABLE
- E. EL FILOSOFO ANTE LA GUERRA & UNA INCERTIDUMBRE ADICIONAL?

A. LAS SENDAS PELIGROSAS: IDEOLOGIA Y UTOPIA.

La guerra, problema actual, se procesa en el pensamiento y la acción. Cabe pues inquirir acerca de sus "causas". Sin embargo, antes de examinar las respuestas posibles al "porqué" de la guerra, se hace obligatorio advertir sobre dos peculiares sendas, la ideología y la utopía, que en algún tramo empalman para formar un único derrotero. Equivocas cada una de ellas, por separado o de modo combinado, en grado variable, la ideología y la utopía penetran, infisionan todas las teorizaciones conocidas sobre las "causas" de la guerra (y aquellas otras que hacen de la propia guerra una "causa").

Son sendas peligrosas porque el totalitarismo late íntimamente en la constitución y en el objetivo de ambas.

Y son también sendas perdidas (que conducen a ninguna parte), en todo cuanto hace a la presentación y conocimiento de la verdad. Porque desde una contagiosa ambigüedad, ideólogos y utopistas (en ocasiones primos, otras hermanos, a veces la misma persona, grupo o corriente) han logrado empañar buena parte de la más fina cristalería del conocimiento puro, introduciendo en torbellino factores ajenos a su esencia e intereses.

La ideología como arma.

Que la pluma troca en espada, es un dato de todas las épocas en la cultura occidental. No siempre sucede con la misma facilidad, es cierto. Pero también lo es que en ciertos casos parece no haber solución de continuidad. El impulso más claro a esto último se verifica en el dominio de los inspiradores de ideologías. A punto tal que no falta referencias al "instinto belicoso de los ideólogos"(*), ligadas a la afirmación de que las ideo-

(*) RUYER, Raymond: Perturbaciones ideológicas, BsAs, Emecé, 1973, capítulo "Las ideologías como epidemias", p 320ss.

logías políticas han producido más guerras internacionales (tras sangrientos y revolucionarios ajustes de cuentas internos) que cualquier interés económico identificable.

No obstante, en la faz del problema que nos interesa destacar (1), ideólogos e ideologías se presentan invariablemente como abanderados de la paz. De una paz que todavía no existe, claro; y por la cual hay que luchar. Peor aún, de una paz que debiera existir pero está negada. Negada por fuerzas siempre oscuras y tenebrosas que merecen, como mínimo, ser exterminadas.

Si es cierto que un buen ejemplo lo aclara todo, Louis Althusser nos proporciona una oportunidad difícilmente mejorable. Este autor, orgulloso racional y emotivamente de formar entre los abanderados de una teoría, elabora y afirma una serie de argumentos (2).

La filosofía es un arma. La ciencia también lo es. Ambas, teóricas (pues constituyen el desdoblamiento inmanente de la "teoría marxista-leninista"), son las dos armas, "indispensables", para la lucha de la clase proletaria. En realidad espadas mágicas, porque asegurarían el triunfo de esa clase-instrumento de la consumación histórica.

Esa misma filosofía (la marxista-leninista, única que para el autor merece el nombre de tal pues las restantes no pasarían de ser mistificaciones) es "fundamentalmente política", asegura Althusser. De nuevo, no política en general sino política marxista-leninista.

Otra precisión aún: la filosofía depende de la ciencia, sus transformaciones "son" un eco de los descubrimientos científicos y se producirían "esencialmente" luego de estos últimos. A punto tal que sin ciencia no habría filosofía sino "concepciones de mundo"(16).

(1) Para un tratamiento integral y orientador también en cuanto a bibliografía, cf. Escritos de Filosofía, Nro. 2; BsAs, Academia Nacional de Ciencias, Julio/Diciembre 1978.

(2) ALTHUSSER, L: La Filosofía como arma de la revolución, Córdoba, Cuad. Pas. y Pres. 4, 1968. A continuación de cada cita se indica el Nro. de pág. entre paréntesis. En Four Marx (Paris, Maspero, 1966; p. 238) el autor define ideología como "un sistema de representaciones (imágenes, mitos, ideas o conceptos) que posee su lógica y su rigor propios y está dotado de una existencia y un rol históricos en el seno de una sociedad dada".

Todavía más, la filosofía "representa la lucha de clases en la teoría" (16) y la "función dominante de la práctica filosófica" es, como enseñaba Lenin, "trazar una línea de demarcación" entre las "ideas verdaderas" (las marxistas-leninistas, según Althusser) y las "ideas falsas". Línea de demarcación, a la vez, entre "nuestros amigos de clase" (adscritos a la misma teoría -filosofía y ciencia-) y "nuestros enemigos de clase" (todo aquél que piense distinto, tanto más si obra en consecuencia)(18). Por si hiciera falta, se ejemplifica: "la lucha de clases y la filosofía marxista-leninista están unidas como los dientes y los labios" (20).

Es así que al tematizar "práctica teórica y lucha ideológica", con la intención declarada de distinguir ciencia de ideología, Althusser nos enseña la estocada secreta, aprendida de Lenin, a saber, la "posición de partido en filosofía" (1); "o sea el rechazo de toda ideología y la conciencia exacta de la teoría de la científicidad"(34). Exigencia "absolutamente vital" para "la misma existencia y el desarrollo no sólo de las ciencias naturales, sino también de las ciencias sociales y sobre todo del materialismo histórico"(34).

Como se echa de ver, los ecos de la conferencia de Lenin en la Universidad de Sverdlov no se han perdido en la noche de los tiempos. Lejos de ello, parecen impulsar a Althusser a sellar la terminante unión de filosofía e ideología en los siguientes términos: "la forma superior de la ideología es la filosofía, cuya gran importancia radica en que constituye el laboratorio de la abstracción teórica proveniente de la ideología, pero tratada ^{por} ella misma como teoría"(53). Un laboratorio, arma & mismo, destinado

(1) En esto coincide totalmente Althusser con la Academia de Ciencias de la URSS, KONSTANTINOV et al. op cit. p.352/360, "Espíritu de Partido en Filosofía". Cf. también ibidem, p.634 ss. "Filosofía, Estrategia Táctica". No obstante, los soviéticos, menos alambicados en sus argumentaciones, parecen mucho más concretos que el teórico francés.

a producir productos letales para facilitar la guerra, por todos los medios, contra los enemigos de clase; aquellos que concientemente, o sin tanta conciencia pero "objetivamente", piensan distinto.

No podría ser de otra manera porque, "en las sociedades de clases, la ideología es una representación de lo real, pero necesariamente falseada, dado que es necesariamente orientada y tendenciosa"(55) puesto que no brindaría a los hombres un "conocimiento objetivo" del sistema social en que viven sino una "representación mistificada" del mismo para poder mantener el sistema de explotación. De donde la teoría (filosofía y ciencia) marxista-leninista debe zambullirse de lleno en el fragor del combate que alcanza todos los planos de la estructura y la superestructura.

La ideología y su "forma superior", la filosofía, se transforman a manos de Althusser en armas para una guerra sin cuartel dirigida a imponer una paz sin enemigos, total, sin oposición, utópica en sentido fuerte.

Las sendas peligrosas empalman

Desde diversos ángulos el análisis sistemático ha advertido que la ideología está en el camino de la utopía "que, a menudo sólo es la ilustración de una ideología en boga, o la crítica brillante, en nombre de otra ideología, de una ideología en boga"(1)

(1) REYER, op. cit. p. 300/1. Cabe aclarar, por otra parte, que el autor no hace justicia (en el fondo parece no entender la tesis en su justo alcance) cuando afirma, sin aclaración alguna: "las distinciones que hace Mannheim entre ideología y utopía parecen bastante artificiales y sin mayor interés" (p. 301, año 1972). Ya en otro trabajo suyo de 1950 ("Caracteres generales de las utopías sociales"), in fine, había perfilado también un esbozo crítico contra Mannheim.

El propio Mannheim (1), en su conocido estudio, se vio impelido a estrecha distancias entre los dos fenómenos en cuestión "y admite que la ideología puede trocarse en utopía cuando los grupos sociales que adhieren a ella pugnan por imponer por la fuerza los ideales de justicia, en franca oposición al sistema vigente que es experimentado como opresor. Por este medio se asegura el tránsito de una a otra"(subrayado nuestro) (2)

(1) En Mannheim (Ideología y Utopía, Madrid, Aguilar, 1963), creemos de interés destacar ciertos aspectos implícitos en su tratamiento de las utopías, concernientes al tiempo y a la guerra. En cuanto a esto último, tanto la idea liberal-humanitaria como la marxista tuvieron su instauración a través de guerras revolucionarias. La milenarista-anabaptista, además del antecedente histórico de las guerras de Lutero y los príncipes alemanes contra los campesinos, persiste el objetivo de la destrucción violenta del orden establecido (cualquiera que este sea), sin preocupar demasiado con qué se sustituirá el derrumbe y qué sucederá mañana. En el paradigma conservador, su preeminencia-vigencia se asienta casi visceralmente, en la capacidad de defender por la fuerza (guerra) lo que por la fuerza fueron capaces de imponer (combatir todo cambio, incluso en el campo de las ideas -vgr. Edmund Burke- si por allí se es atacado; o bien, de producirse el cambio, alentar restauraciones). En punto al tiempo, bajo su forma de timing, el milenarismo está "atado" al presente, al "ya"; el conservadurismo al pasado; las otras dos variantes al futuro (sin menosprecio del presente y racionalizando sobre el pasado). Pero de distinto modo: para el liberal-humanitario se trata de ir regulando el futuro, a medida que los acontecimientos se vayan presentando; se trata de un futuro abierto. Para el marxismo, por el contrario, hay un solo futuro valioso, posible y necesario; aquél que está prefijado por su concepción determinista de la historia (esclavismo, feudalismo, capitalismo, socialismo, comunismo), toda otra variante es de valor negativo, pues se opone al progreso. Se trata, por tanto, de un futuro cerrado.

(2) PUCCIARELLI, Eugenio, en Escritos de Filosofía, op. cit., p. 154.

También a propósito de una pregunta tan precisa como "¿Qué es la ideología?" surge el empuje. Pues una ideología proyectada sobre la totalidad de la vida (necesidad inmanente de toda ideología) desemboca en utopía.^(*) Y una "Ideología total" (utopía) tras tomar el poder, engendra regímenes totalitarios. Esto es, se aplica la voluntad de organizarlo todo (y al detalle) a partir de un principio único, sobre el cual nunca se toleró ni se tolerará cuestionamiento alguno.

La utopía como paz obtenida al precio de la guerra.

En todos los horizontes dibujados desde las utopías, se ha hecho notar^("), existen caracteres generales que sintomáticamente se repiten. Vale la pena detenerse sumariamente en los mismos.

La simetría, que daría a las utopías la regularidad de un cristal pero no el palpitar de una célula viviente, se ha identificado con el carácter "no orgánico y no viviente" de las mismas. Expresaría una manifestación de "la 'teoría hecha poder', y de su carácter deductivo anti-histórico y anti-vital".

La uniformidad, también característica, con prescindencia del tipo de jerarquización social propuesto (más aristocratizante o menos), denota que los seres humanos son considerados meramente a través de las funciones sociales que les son asignadas: se trataría de seres despolitizados (en derechos tanto como en pensamiento). Efecto que se lograría en buena parte mediante una educación muy condicionante, que el utopista decreta como la adecuada y en cuyo valor se depositaría una fe fetichista.

Asimismo la característica hostilidad hacia la naturaleza,

(*) BAECHELER, Jean: Qué es la Ideología, BsAs, Emecé, 1978.

(") RUYER, R.: Caracteres generales de las Utopías Sociales, en Historia y elementos de la Sociología del Conocimiento, Selección dirigida por I.L. Horowitz. BsAs, EUDEBA, 1964, tomo II, p. 109/121

"anti-naturalidad extraída de la naturaleza por la técnica, pero independiente y rival", se complementarfa con un cerrado (y también artificial) dirigismo capaz de establecer un férreo control social sobre el individuo; siempre muy despojado de las calidades que le son inherentes en tanto tal.

El colectivismo, la inversión de la realidad actual del inventor de la utopía, el perfeccionismo a ultranza, el ascetismo, la pretendida felicidad colectiva, serían otros tantos rasgos tan comunes como negativos propios de los dibujos utópicos. Todo ello coherentizado a través de un rasgo constante esta vez en el escritor utópico: su afán de proselitismo, de convencer a sus contemporáneos del valor de sus convicciones mediante lo proyectado por su imaginación. Proyección sospechosa de pretensión profética. Y, si de Raymond Ruyer se trata, la sospecha podría extenderse a acusaciones más fuertes. Si bien, por estar dotada de un perspectivismo "menos voluntario que el de la ideología", la utopía sería, para ese autor, "menos hipócrita" que la primera.

Apuntada esa interesante batería de caracteres generales, afinemos por un instante la mirada en aspectos claves de uno de los modelos más célebres: el debido a Tomás Moro.

En la feliz isla Utopía está abolida la propiedad privada, existe la pena de muerte por discutir los asuntos públicos fuera de la Asamblea de los protophilarcas y no se puede transitar de una provincia a otra sin autorización previa. El poder es detentado por una rígida jerarquía a cuyo tope están ciertas familias. En el plano social y en el familiar, los más viejos tienen marcadas prerrogativas sobre los más jóvenes. La economía está férreamente dirigida, con el objeto de garantizar la igualdad (eliminación de clases, corporaciones, partidos). El oro carece de valor transaccional dentro de la isla; se emplea para las cadenas de los esclavos pero,

junto con los excedentes exportables, se usa en caso de guerra para contratar mercenarios a efectos de proveer a la defensa de la patria Utopía.

El único progreso que se concibe es extender el modelo de Utopía al extranjero. Lo cual implica un imperialismo expansionista, por cuanto el progreso se realiza restaurando mundialmente el modelo de Utopía. Nuevamente, el progreso de la paz clama por guerra; porque el resto del mundo, belicoso, no aceptaría un modelo de paz ajeno a menos que le fuera impuesto.

Sucede que (tras la aureola de paz con que se recubre), toda utopía entraña el repudio profundo de lo actual al par que la propuesta de una paz final, total. Pero pasar del presente violento a la "paz" futura requiere una mediación; de la que el utopista prefiere desentenderse. Tal mediación no podría ser otra que una guerra fundacional (a veces llamada "revolución") que barra con lo malo existente para dar lugar a lo bueno deseado.

Ideología, utopía, guerra, totalitarismo.

Sin perjuicio de otras determinaciones, la ideología es, medularmente, negación de las ideas del adversario, de sus posiciones, de su existencia, en última instancia. Y, por inevitable extensión, una vez en el poder, deviene negación de toda oposición. Oposición que, dado el insanable maniqueísmo propio de lo ideológico, es enemiga, re-accionaria y debe ser suprimida. La consecuencia tanto lógica como existencial es que, en prevención de eventual (y/o real) oposición (resistencia) interna e internacional, el aparato de guerra es indispensable, ultima ratio y fundamento del sistema.

En esta cuestión decisiva lo ideológico coincide con los paisajes utópicos de sociedades futuras, asentados sobre un sistema de guerra total, planetario, único, "invencible".

Porque, se haga explícito o no en las propuestas de "paz", ningún utopista supone que los sistemas de guerra que critica y aspira a trascender con su propuesta pueda extinguirse suavemente. Sería necesario derrotarlo y hacerlos trizas. El orden utópico no se presenta ni representa como una continuación del orden presente que repudia, sino como una construcción de calidad enteramente diferente, erigido sobre las ruinas del actual.

El orden de "paz" propuesto resulta así asentado sobre la vigencia de un sistema de guerra de nuevo tipo, tal que garantiza la abolición de los conflictos bélicos si se respeta el nuevo sistema de guerra omnímodo instaurado.

Pues es notable que en todo bosquejo utópico los contradictores, si existen, deben ser aniquilados; y siempre hay fuerzas representantes de la quintaesencia del sistema, encargadas de hacerlo; graduando el ejercicio de la violencia organizada por el sistema desde la represión individual hasta la grupal o hasta donde eventuales escaladas contestatarias lo hicieren necesario.

En definitiva, lo común entre ideología y utopía, como camino o fin bosquejado, es el totalitarismo. Y totalitarismo implica capacidad de violencia organizada (guerra) apta para sostenerlo.

B. LAS "CAUSAS" DE LA GUERRA (Y LA GUERRA COMO CAUSA)

Los fundamentos filosóficos de los dos mayores órdenes políticos de la actualidad, enemigos entre sí, hunden sus raíces en el legado de las Luces. Desde luego, ni el liberalismo ni el marximo-leninismo se agotan en él (').

La Encyclopedie, en su artículo "Guerra" afirmaba: "Ella ha reinado en todos los siglos sobre los más débiles fundamentos; se la ha visto siempre desolar al universo, extinguir las familias de herederos, llenar los estados de viudas y de huérfanos; Idesgracias deplorables, pero corrientes! En todos los tiempos los hombres, por ambición, por avaricia, por celos, por maldad, se han despojado, se han quemado, se han degollados los unos a los otros. Para hacerlo han inventado reglas y principios que se denominan Arte militar, y han agregado a la práctica de esas reglas el honor, la nobleza y la gloria".

En tales afirmaciones (escritas con sentido de síntesis y destinadas a servir como principio interpretativo y valorativo del fenómeno guerra) se señalan, por una parte, las razones ("causas"): ambición, avaricia, celos, maldad; por la otra, las racionalizaciones (de las "causas"): honor, nobleza, gloria.

En el fondo, para los ilustrados, la guerra no pasaba de ser un

(') Sobre el liberalismo, huelgan los comentarios. Por su parte, el propio Marx señaló desde temprano que su pensamiento se asentaba sobre tres pilares: la economía inglesa, la filosofía alemana y la política francesa. Pero el ateísmo, por ejemplo, no le viene tanto de Hegel sino más bien de profundizar el deísmo de las Luces (antecedente también de Feuerbach). Una vuelta de tuerca nada difícil, pues los iluministas ya habían virtualmente anulado a Dios transformándolo en mera causa efficiens, relativamente poco necesaria para entender el gran reloj universal. El conocimiento no venía ya de Dios y Dios no era la norma moral. En el artículo correspondiente de la Enciclopedia, Diderot definía al hombre con prescindencia de la Biblia y de Dios.

error más que, como tantos otros, gracias a los nuevos principios se iría disipando hasta extinguirse.

De modo derivado, pues, y en tren de ir atenuando ese error, se preocuparon ya en el citado artículo de distinguir entre guerra "legítima" e "ilegítima". El progreso racional se encargaría del resto y, mientras tanto, la revolución podría hacerse (y defenderse luego) por las armas (*).

La edad de la razón maduró, culminó y declinó. Pero la guerra prosigue asolando a los mortales y la razón continúa aplicándose al análisis de sus "causas". La "maldad, avaricia, celos, ambición" y tempestades semejantes aún mucho después son visualizados como motivadores de las conductas humanas profundas, ya sea que actúen y se presenten en la esfera de lo consciente o motiven desde los estratos más abisales del así llamado "inconsciente".

1. LA APROXIMACION PSICOANALITICA A LAS CAUSAS DE LA GUERRA

¿Existe un medio de liberar a los hombres de la "maldición de la guerra"? Porque a través de los progresos de la técnica tal cuestión ha cobrado importancia vital para la especie humana. Mucho más por cuanto "esfuerzos ardientes" por resolverla "siguen siendo fallidos en una proporción alarmante".

El psicoanálisis, en particular su creador, ¿podría aliviar la sensación de "impotencia" que embarga a científicos de otras esferas, clarificando de un modo "no político" "ciertos obstáculos psicológicos que el profano en psicología puede, sí, imaginar, pero cuyas conexiones y cuya mu-

(*) A continuación del pasaje citado, se aclaraba en el artículo "Guerra": "Sin embargo este honor, esta nobleza y esta gloria consisten solamente en la defensa de su religión, de su patria, de sus bienes y de su persona, en contra de los tiranos y de los injustos agresores. Hay sin embargo que reconocer que la guerra será legítima o ilegítima según la causa que la produzca; la guerra es legítima si se hace por razones evidentemente justas; es ilegítima si se la hace sin una razón justa y suficiente".

tabilidad no sabe valorar"?. Cabría la esperanza de que sí, por la capacidad de iluminar la cuestión "desde el ángulo visual de su profunda conciencia de los impulsos vitales del hombre".

Desde el "lado exterior y organizativo", si los estados se avinieran a constituir y reconocer (acatar) una corte supraestatal mundial codiendo los (ingentes) poderes y soberanía necesarios, la solución parecería allanarse. Pero como "justicia y potencia están indisolublemente coligadas", ¿cómo evitar que se impusiera el ideal de justicia del más fuerte, sobre todo en cuanto toda corte de justicia posible es humana?

¿Cómo evitar la pesada y muy real incidencia de "poderosas fuerzas psicológicas" de clases dirigentes estatales impregnadas irremisiblemente de "voluntad de poder político" y otras, concomitantes, para "quienes la guerra, fabricación y comercio de armas no constituyen sino una ocasión propicia para conseguir ventajas personales y extender su esfera de poder personal"?

¿Cómo es posible que una minoría logre someter a sus deseos a la masa del pueblo, que en una guerra sólo tiene qué perder y qué sufrir (incluyendo en tal "masa" a los militares profesionales que, en la convicción de servir "a los más altos bienes de su pueblo" entienden que algunas veces la mejor defensa es el ataque")?

Aún cuando es claro que aquellas minorías (nefastas) controlan para sus propósitos la escuela, la prensa y, a menudo, organizaciones religiosas, ¿cómo es posible que la masa se deje, con estos medios, inflamar hasta el frenesí y el sacrificio de sí misma? ¿Areciera existir en el hombre una necesidad de 'odio y de destrucción' que, latente en "tiempos normales" "sale a luz en tiempos excepcionales".

Lo más importante: "¿existe una posibilidad de enderezar el desarrollo psíquico de los hombres de modo que se los haga capaces de resistir a las psicosis de odio y de destrucción?" No sólo en relación a la "llamada gente inculta", sino también, y más bien, en relación con los así "llamados intelectuales, los que sucumben más fácilmente a las sugerencias colectivas, porque éstos no suelen abreviar directamente en la vida vivida, pero en cambio se dejan coger del modo más cómodo y completo en el lazo del papel impreso" (').

Tal la andanada de interrogantes que el Premio Nobel Albert Einstein descarga sobre Sigmund Freud (durante el verano europeo de 1932) quién, no sin acusar el impacto ("), se esfuerza por responder a comienzos del otoño de ese mismo año.

Tres convicciones centrales se destacan en la respuesta freudiana. La primera hace a la relación entre derecho y fuerza. La segunda advierte que no se pueden condenar todas las clases de guerras en igual medida. Finalmente, los instintos de vida y de muerte entrelazan, emergen como causas profundas perfectamente detectables.

(') A continuación, y como párrafo final, Einstein aclara que se refiere principalmente a la "guerra entre estados, es decir, los llamados conflictos internacionales". Aunque no ignora el flagelo de las guerras civiles "en otros tiempos por causas religiosas, hoy por causas sociales, persecuciones de minorías nacionales". Las guerras intrac europeas no parecen ser concebidas como *et cetera* por Einstein quien se declara expresamente "hombre libre de prejuicios nacionalistas" (14). La correspondencia entre Einstein y Freud está tomada del libro El Psicoanálisis frente a la guerra, BsAs, R. Alonso Editor, 1970. Einstein propuso el tema de la guerra y a Freud como interlocutor ante una invitación del Instituto de la cooperación Intelectual, de París, anexo a la Liga de las Naciones. En adelante, tras cada cita, se indicará entre paréntesis el nro. de pág.

(") Dice Freud al comienzo de su carta-respuesta: "Al principio quedé asustado bajo la impresión de mi -casi hubiera dicho: "de nuestra"- incompetencia, pues aquella (la respuesta) parecíame una tarea práctica que corresponde a los hombres de Estado. Pero luego comprendí que usted no planteaba la pregunta en tanto que investigador de la naturaleza y físico, sino como amigo de la humanidad".

Fuerza y Derecho.

En la actualidad se consideran como antagónicos derecho y fuerza (término, este último, "más rotundo y duro" que Freud prefiere emplear en lugar de "poder"). Pero sucedería que, históricamente, el derecho surgió de la fuerza. La fuerza bruta (a veces intelectualmente fundamentada) se habría impuesto en los orígenes. El camino de la modificación pasa por el reconocimiento de que la fuerza bruta de un individuo dominante pudo ser superada por la asociación de varios débiles. Y es la unión de estos últimos (qui fait la force) lo que representa el derecho. "Vemos pues que el derecho no es sino el poderío de una comunidad. Sigue siendo una fuerza dispuesta a dirigirse contra cualquier individuo que se le oponga; recurre a los mismos medios, persigue los mismos fines; en el fondo, la diferencia solo reside en que ya no es el poderío del individuo el que se impone, sino el de un grupo de individuos"(22).

Esa comunidad de derecho, para lograr permanencia en el tiempo debe cumplir condiciones psicológicas: superar o morigerar la violencia interna a través de la cesión de poderes a la unidad más amplia, mediante leyes, policía y demás arbitrios institucionales, mantenidas "por los vínculos afectivos entre sus miembros"(22). "Cuanto sucede después -asegura Freud- no son sino aplicaciones y repeticiones de esta fórmula"(22). Lo que muy a menudo sucede es que el derecho comunitario se transforma en la expresión de la desigual distribución de poder entre los miembros que la componen, en beneficio de los dominantes y en perjuicio de "los subyugados". De ahí la frecuencia de guerras civiles o violencias internas.

Una advertencia taxativa de Freud servirá para aclarar totalmente este punto: "se hace un cálculo errado si no se tiene en cuenta que el derecho fue originalmente fuerza bruta y que aún no se puede renunciar al apoyo de la fuerza"(26).

No es lícito juzgar con el mismo criterio todas las guerras.

Ni siquiera las de conquista. Porque si bien algunas de ellas (como las de los turcos y mogoles) sólo produjeron calamidades, otras habrían servido para convertir violencia en derecho. Por ejemplo, señala Freud, la Pax Romana integró entes menores y solucionó la violencia de intereses, en ese orden ampliado, mediante una nueva legalidad: "las conquistas de los romanos legaron la preciosa Pax Romana a los pueblos mediterráneos. Las tendencias expansivas de los reyes franceses crearon una Francia pacíficamente unida y próspera"(24).

Sobre esa base, Freud llega a imaginar que, por paradójico que parezca, la guerra podría llevar a una paz "eterna" al imponer una unidad de derecho ampliada a nivel planetario. Pero, onseguida, se resigna a la imposibilidad de ello señalando que las conquistas no son duraderas, que las grandes unidades vuelven a desmembrarse. Peor aún, "así todos los esfuerzos bélicos sólo llevaron a que la humanidad trocara numerosas y aún continuadas guerras pequeñas, por conflagraciones menos frecuentes pero tanto más devastadoras"(25).

No se pueden tampoco condenar todas las guerras porque mientras existan estados y naciones "dispuestos a la destrucción inescrupulosa de otros, estos otros deberán estar preparados para la guerra"(32). Con lo cual se coloca muy próximo a uno de los más notorios legados de la Pax Romana que admira: Si vis pacem, para bellum.

La opinión de Freud en este punto, de una carga valorativa y, a la vez, marcadamente eurocéntrica, lo lleva a barajar la posibilidad de un gobierno o poder mundial, para evitar la guerra; pero no se muestra muy entusiasta (en realidad todo lo contrario), en cuanto a su viabilidad práctica. La Liga de las Naciones, a la sazón existente, era un buen ejemplo de lo que no puede funcionar. Las partes difícilmente ceden en sus egoísmos e

intereses. Pero, ¿cuál es entonces la causa?, ¿existe algo así como una "maldad humana" (semejante a las "causas" que se señalaban en la Encyclopedie) tal que haga inevitable la guerra?

Eros y Tánatos.

La sospecha de Einstein acerca de la existencia de un "instinto de odio y destrucción" (26) que entusiasmaría con tanta facilidad a los hombres para hacer la guerra es explícitamente confirmado por Freud.

En expresa transfiguración teórica de la antítesis entre el amor y el odio (relacionada con la de atracción y repulsión en física) Freud sostiene que los instintos humanos no pertenecen sino a dos y sólo dos categorías. Los denominados "eróticos" que tienden a conservar y unir y los así llamados "instintos de agresión" o "de destrucción", que tienden a destruir y a matar.

En este punto Freud se desprende expresamente de los conceptos valorativos de "bueno" y "malo" que podrían pretender aplicarse a los mencionados instintos. Pues "uno cualquiera de estos instintos" es tan imprescindible como el otro, y de su acción conjunta y antagónica surgen las manifestaciones de la vida."

Los instintos de cada especie "casi nunca" pueden actuar aisladamente de los de la otra especie, y ese actuar "fusionado" implica modificaciones importantes. El instinto de conservación, erótico, necesita disponer de agresión para realizar su propósito; como el de amor objetual necesita un complemento de instinto de posesión para hacer suyo su objeto.

A escala de los actos humanos emerge aún una nueva y particular complicación. Un acto, difícilmente sea obra de una única tendencia instintiva (en sí misma constituida ya por eros y destrucción). Por el contrario, es necesario que coincidan varios motivos sobre la base de una estructura análoga. Así, cuando los hombres son incitados a la guerra, concurrirán en ellos "gran número de motivos", "nobles o bajos", los que se suelen expresar

y otros que se suelen ocultar. Así muchas veces los ideales exaltados solo sirven de pretexto para los afanes destructivos.

El instinto de muerte, que obra en todo ser viviente tendiendo a llevarlo a su desintegración, se torna instinto de destrucción cuando, "con la ayuda de órganos especiales, es dirigido hacia afuera, hacia los objetos". El corolario es que el ser viviente halla una manera de proteger su propia vida por la destrucción de la ajena. Pero el problema más complejo es que "una parte del instinto de muerte se mantiene activa en el interior de su ser". Descubrimiento que habría servido a Freud para explicar "gran número de fenómenos normales y patológicos".

Uno de ellos merece punto y aparte: "hasta hemos cometido la herejía de atribuir el origen de nuestra conciencia moral a tal orientación interior de la agresión" (29).

En definitiva, la descarga de las energías instintivas hacia la destrucción en el mundo exterior provoca alivio. Hallazgos del psicoanálisis que conducen a su creador a una conclusión más bien desconsoladora: "De lo que antecede derivamos para nuestros fines inmediatos la conclusión de que serán inútiles los propósitos para eliminar las tendencias agresivas del hombre (29) (1).

Pero habría, con todo, algunas posibilidades de avizorar el futuro con miradas menos taciturnas. Más que tratar de eliminar las tendencias agresivas humanas podría intentarse desviarlas (medio indirecto de "combatir la guerra"). "Si la disposición a la guerra es un producto del instinto

(1) Freud pone en cuestión la supuesta felicidad de civilizaciones primitivas aún existentes y agrega: "También los bolcheviques esperan que podrán eliminar la agresión humana asegurando la satisfacción de las necesidades materiales y estableciendo la igualdad entre los miembros de la comunidad. Yo creo que eso es una ilusión. Por ahora están concienzudamente armados y mantienen unidos a sus partidarios, en medida no escasa, por el odio contra todos los ajenos"(30).

de destrucción, lo más fácil será apelar al antagonista de ese instinto: al Eros". Y lo primero, en ese orden de cosas es estimular los lazos afectivos.

Estos últimos son de dos órdenes. El primero, los de amor (no sexual) vale decir: ama al prójimo como a tí mismo; aunque "esto es fácil exigirlo pero difícil cumplirlo". El segundo, la identificación; establecer importantes elementos comunes entre los hombres, lo cual "despierta tales sentimientos de comunidad" (30).

Otras indicaciones para la "lucha indirecta contra la guerra".

En el tramo final de su respuesta a Einstein, Freud desgrana una cantidad de "indicaciones" sin preocuparse por desarrollar, a la vez, un contexto explicativo capaz de integrarlas entre sí. Pantallazos sugerentes, se prestan a distintas lecturas: se los podría hilvanar de muchos modos, o de ninguno. Depende del atalaya intelectual desde donde se observe el chisporroteo. Pero son "indicaciones" sobre cuestiones importantes.

Se afirma así que "el hecho de que los hombres se dividan en dirigentes y dirigidos es una expresión de su desigualdad innata e irremediable. Los subordinados forman la inmensa mayoría, necesitan una autoridad que adopte para ellos las decisiones, a las cuales en general se someten incondicionalmente"(30/31). A renglón seguido Freud habla de la necesidad de poner mayor empeño en educar a "una capa superior de hombres dotados de pensamiento independiente" pero no aclara ni quiénes serían, ni dónde se reclutarían, ni si habría movilidad vertical, como en el caso de los platónicos, o si se trataría de estratos sociales fijos. Luego, sin término medio convincente, denosta los abusos de los poderes del estado y la "censura de pensamiento por la Iglesia"; con mayúsculas pero sin aclarar a cuál se refiere, por lo menos más allá de la insinuación (y lo hace más de una vez en la carta que examinamos).

Sin solución de continuidad agrega: "La situación ideal sería, naturalmente, la de una comunidad de hombres que hubieran sometido su vida a la dictadura de la razón" (31). Y tras punto y seguido: "Ninguna otra cosa podría llevar a una unidad tan completa y resistente de los hombres, aunque se renunciara a los lazos afectivos entre ellos"; a propósito de lo cual cabe acotar que si bien la razón podría controlar las exteriorizaciones destructivas del instinto de muerte, los lazos afectivos fueron presentados antes como fundamentales para el avance del derecho sobre la fuerza en el sentido de fusionar una comunidad.

A continuación, refiriéndose a lo anterior, recae en la perspectiva más bien sombría: "Pero con toda probabilidad esto es una esperanza utópica". Y remata: "Como Ud. ve, no es mucho lo que se logra cuando tratándose de una tarea práctica y urgente, se acude al teórico alejado del mundo"(31). Luego, tras sugerir que será mejor enfrentar el peligro con los recursos disponibles en cada momento, plantea a su vez un interrogante que Einstein había omitido.

A saber, "¿Por qué nos indignamos tanto contra la guerra, usted y yo, y tantos otros?, ¿Por qué no la aceptamos como una más entre las muchas dolorosas miserias de la vida? Parece natural; biológicamente bien fundada, prácticamente inevitable"(31). Dadas las secuelas individuales, sociales y materiales de la guerra, pero sobre todo porque la guerra en su forma actual (1932) "ya no ofrece oportunidad para cumplir el antiguo ideal heroico" y (en lo que sigue es premonitorio más bien de la situación actual que de la que sobrevino con la segunda guerra mundial) "una guerra futura implicaría la eliminación de uno o quizá de ambos enemigos, debido al perfeccionamiento de los medios de destrucción" (32). Pero tras recordar que "no se puede condenar a todas las clases de guerras en igual medida", deja expresamente de lado la fundamentación específica y afirma que tanto él como Einstein, según su propia apreciación, son pacifistas porque "por razones

orgánicas, debemos serlo" (').

La evolución cultural y la guerra.

Y esto último sí lo mueve a una explicación. La humanidad se halla, "desde tiempos inmemoriales", inmersa en un proceso de "evolución cultural" ("civilización" para otros, concede Freud). Dos son señalados como los caracteres psicológicos más importantes de la cultura: "el fortalecimiento del intelecto, que comienza a dominar la vida instintiva, y la interiorización de las tendencias agresivas, con todas sus consecuencias ventajosas y peligrosas" (33).

(') La trayectoria de Einstein y Freud en tanto individuos y ciudadanos difiere en lo que hace a los grandes conflictos que les tocaron vivir. Einstein aquilata una definida trayectoria pacifista y poco apego a una nacionalidad determinada. No obstante, ante la convicción de que Hitler había dado orden y provisto los medios para que numerosos científicos alemanes comenzaran a trabajar orgánicamente en la preparación de la bomba atómica, durante la segunda guerra mundial, se apresura a advertir al presidente Roosevelt y a abogar por la construcción de una bomba "A" norteamericana. Luego, ya derrotada Alemania, se opone al lanzamiento de la bomba sobre ciudades japonesas.

El caso de Freud es distinto. No vio la segunda guerra mundial, y la famosa respuesta a Einstein data de 1932. Durante la primera guerra mundial parece que su actitud fue muy diferente de la del Premio Nobel de Física. Según uno de sus más acreditados biógrafos (E. Jones: The Life and Work of S. Freud, New York, Basic Books, 1953), citado por E.K. Schwartz en su artículo "Freud sobre ¿Porqué la guerra?": "Freud en aquellos momentos era un patriota apasionado. Era pro-alemán. El Kaiser tenía razón (...) Era un superpatriota que enviaba a sus hijos a la guerra con su bendición. Estaba orgulloso de ellos porque participaban en el conflicto contra los aliados. Estaba convencido de que peleaban por la verdad. Seguro de que sus hijos hacían lo correcto y de que él hacía bien en apoyarlos, se negaba a extender certificados de incapacidad para el servicio militar. Rehusó declarar alienados a los pacientes que así se lo solicitaron. Si sus hijos podían ir a la guerra ellos también podían hacerlo. Tenía poca paciencia con cualquiera que se oponía a la guerra o no quería participar en ella, por razones racionales o irracionales"(...) "Sólo en forma lenta y con renuencia permitió que se insinuara la duda y empezó a perder su fe ciega en Alemania. Hacia fines de 1917 Freud había perdido toda simpatía por Alemania sin haber adquirido sin embargo, gran simpatía por el otro bando" (El Psicoanálisis..., op.cit. p. 215/16/17).

Pero eso es precisamente lo que niega la guerra "en la más violenta forma". Y si no con violencia por lo menos con vehemencia exclama: "y por eso nos alzamos contra la guerra: simplemente, no la soportamos más, y no se trata aquí de una aversión intelectual y afectiva, sino que en nosotros, los pacifistas, se agita una intolerancia constitucional, por así decirlo, una idiosincrasia magnificada al máximo. Y parecería que el rebajamiento estético implícito en la guerra contribuye a nuestra rebelión en grado no menor que sus crueldades" (33).

Una ola singular que se va suavizando al tomar contacto con las arenas del final de la carta: "Nos es imposible adivinar a través de qué caminos o rodeos se logrará este fin. Por ahora sólo podemos decirnos: todo lo que impulse la evolución cultural obra contra la guerra. Lo saludo cordialmente y le ruego me perdone si mi exposición lo ha defraudado".

Einstein, previo al cordial saludo de forma, había cerrado la carta que motivó la respuesta de Freud del modo siguiente: "No ignore que en sus escritos usted ha contestado ya, en parte directamente, en parte indirectamente, a todas las cuestiones conectadas con el urgente problema que nos interesa. Pero será cosa de gran utilidad si usted presenta el problema de la pacificación del mundo a la luz de sus nuevos conocimientos científicos, ya que semejante presentación podrá ser el punto de partida de fecundas fatigas". La respuesta de Freud comporta pues una síntesis y un modelo. De allí su singular valor como aproximación a las "causas" de la guerra desde el punto de vista psicoanalítico.

No es la incertidumbre lo que embarga a Freud. Pero sí el desconsuelo de quien desea una paz negada por sus propias investigaciones científicas, inalcanzable aún por la vía de un "perfeccionamiento" de la Pax Romana (guerra de conquista que reforzaría el Derecho contra la fuerza, aun que a partir de ésta). Tal desconsuelo es fuertemente proclive a deslizarse

hacia la desesperanza. Pues la propia evolución cultural, única esperanza que debería ser impulsada como el solo antídoto eficaz contra la guerra "quizá lleve a la desaparición de la especie humana"(').

En otras palabras, de la investigación propiamente científica de Freud surgen densos nubarrones. Pues la guerra, cada vez más peligrosa por las tecnologías ha que se ha accedido, continuará. El discreto no-pesimismo freudiano (imposible adjudicar optimismo al autor) apenas se mantiene en vilo sobre la posibilidad de intentar desviar las tendencias agresivas humanas, ya que no tiene sentido psicoanalítico intentar eliminarlas. En fin, la perspectiva que Freud pareciera legar a quienes adhirieron a su declarada veta pacifista es aproximadamente tan poco tranquilizadora como la de caminar descalzos sobre las brasas.

2. LA ADVERTENCIA DE LA ETOLOGIA SOBRE LAS CAUSAS DE LA GUERRA

Carentes de optimismo, las tesis de Freud se limitan no obstante al plano de la psiquis (atributo privativamente humano) y al de la cultura, lo "más humano" de nuestra humanidad. En cambio, toda una corriente de investigadores científicos muy acreditados llama la atención sobre otro asunto muy inquietante: las raíces animales del comportamiento humano. Laureados con el Premio Nobel, como K. Lorenz y N. Tinbergen, previenen que la agresividad humana no depende tanto de los factores medioambientales y del aprendizaje, sino de nuestros condicionamientos genéticos, inevitablemente transmitidos de generación en generación, "innatos".

Si tales hallazgos de la Etología (ciencia que Tinbergen gusta

(') "Pues inhibe la función sexual (Eros) en más de un sentido, y ya hoy las razas incultas y las capas atrasadas de lapoblación se reproducen más rápidamente que las de cultura elevada" (32).

definir como "el estudio biológico del comportamiento")⁽¹⁾ fueran irrefutables, las causas de la guerra (entendida como agresión organizada entre miembros de una misma especie) habría que buscarlas en los códigos genéticos, si no inmutables, más bien fijos o de muy lenta evolución. Tan lenta que los cinco o seis mil años de historia propiamente humana constituirían un lapso insignificante; el tiempo transcurrido desde la Ilíada hasta nuestros días sería despreciable y, del mismo modo, los próximos siglos XXI, XXII, XXIII ó XXIV, pues apenas los milenios serían significativos. Por lo menos tal lo que indicaría el cartabón filogenético.

La perspectiva sería más desoladora todavía por cuanto la educación (tal como se la ha concebido, se la concibe y se la pudiera concebir), dada su carácter de condicionante externo, en nada podría modificar las pulsiones agresivas inscriptas en aquellos de nuestros genes que, inevitablemente, nos preprograman para la violencia. Mucho menos por cuanto dicha pre-programación sería un factor adaptativo y evolutivo indispensable para el hombre y altamente positivo para éste precisamente en su proceso de humanización.

Peor aún, como la capacidad de creación de un medio cultural ha sido muy alta en el hombre, y dicho medio interacciona muy intensamente sobre éste último mientras que la evolución genética tiene un ritmo abismalmente más lento, se produciría como resultado un incremento constante de la brecha entre el genotipo y el fenotipo. Semejante desfase progresivo permite a los etólogos prever, junto con tensiones crecientes, posibilidades decrecientes de sublimar las pulsiones agresivas "innatas". De donde, aparecería en el horizonte una civilización mucho más proclive a la agre-

(1) "Una fórmula que menciona tanto el fenómeno observable como el método de estudio". NIKO TINBERGEN: Estudios de Etología, Madrid, Alianza, 1979; tomo II, pp. 138. En adelante, junto a cada cita, se indicará el correspondiente número de página entre paréntesis.

sión intraespecífica, a la guerra; que podría contener una alta carga suicida dados los ingenios tecnológicos de gran capacidad letal disponibles.

El método y las tesis básicas de la etología.

Ahora bien, ¿cuál ha sido el "método de estudio" y los "fenómenos observables" que han permitido a los etólogos formular sus conclusiones sobre las raíces animales del comportamiento humano, en particular con respecto a la agresión y, por extensión, a la guerra?. Si nos circunscribimos a los científicos propiamente dichos, su primer reconocimiento es para Darwin (bien distinguido del "darwinismo" sucedáneo); pues éste, si bien desde su época no pudo "saber mucho acerca de la 'maquinaria' del comportamiento", concibió las pautas de conducta "como componentes del equipo que posee un animal para la supervivencia"(139). Sin embargo, muchos de sus aportes propiamente etológicos, acusa Tinbergen, habrían sufrido resistencias culturales, "por encima de todo, quizá, las actitudes religiosas impedirían el análisis científico de la conducta animal, tan incómodamente reminisciente de la nuestra" (139).

El resto es historia más bien reciente para esta ciencia biológica tan joven. Los trabajos sobre animales siempre en su medio natural (antes que sometidos a las distorsiones de un laboratorio), el descubrimiento (o reafirmación de la hipótesis) del "conservadurismo evolutivo de los actos instintivos que los hace comparables a caracteres estructurales"(140) y, en definitiva, el valor de los componentes innatos en la conducta animal tan importantes para una adaptación positiva al medio, figuran entre los logros característicos y fundacionales.

También, desde temprano, despuntaron las polémicas e intercambios valiosos con la Psicología-Psiquiatría y la (neuro)Fisiología. Si bien los etólogos trabajaron básicamente sobre especies animales, las "reminiscencias incómodas" entre humanos y animales afectaron bien pronto a la comuni-

dad científica involucrada. En particular la tesis del predominio de lo "innato" sobre lo "adquirido", deliberadamente planteada de modo más bien desafiante, enseguida puso a Konrad Lorenz (') en colisión con el conductismo norteamericano, la reflexología y toda corriente que, de un modo u otro, privilegiara el aprendizaje como clave de la conducta.

Es que, según nos aclara Tinbergen, "la palabra 'innato', para los investigadores que se interesan en el proceso completo de desarrollo, implica ausencia absoluta de interacción con el medio; no 'adquirido' a través de tal interacción en ningún estadio, en ningún nivel"(155). De todos modos, dicho autor cree que no es muy feliz la dicotomía entre innato y adquirido si se toma rígidamente; "sin embargo, en otros contextos no hay posible objeción contra el empleo de la palabra innato"(156).

La discusión más importante no se agota, sin embargo, en torno a la minusvaloración del aprendizaje y la brecha que semejante postura abre en la línea de flotación misma de todo sistema educativo posible o pensable. El otro punto crítico finca en la demanda de hasta dónde es legítimo que los etólogos, quienes ejercen su ciencia sobre animales, se sientan autorizados a extrapolar conclusiones sobre el homo sapiens. En torno a esa objeción, manifiesta Tinbergen precisamente en una conferencia explicando qué es la Etología: "Como espero mostrar después, los etólogos modernos, aunque consideran todavía que el hombre y los animales son más similares en su organización que lo que muchos psicólogos están dispuestos a admitir, reconocen quizá más fácilmente que muchos de ellos la dimensión de nuestra ignorancia con respecto al comportamiento humano, y además han trasladado el énfasis de su problemática a una cuestión metodológica: los etólogos ahora declaran que han desarrollado métodos que podían ser, y de hecho

(') LORENZ, Konrad. On Aggression, New York, Harcourt - Brace & World, 1966.

debían ser, aplicados fructíferamente al estudio del comportamiento humano"(144)(').

Las aspiraciones y proyecciones de la etología como ciencia.

Cabe destacar, empero, que la etología no se presenta a sí misma como una ciencia más, sino como una suerte de amalgama para las ciencias biológicas y de la conducta. Y no sólo para ellas.

Con respecto a las primeras, Tinbergen es taxativo: "Parece justificado decir que las ciencias del comportamiento se han trasladado gradualmente en estos sesenta años (habla en 1969) hacia una creciente afinidad con otras ciencias naturales y que la etología ha contribuido sustancialmente a esta evolución. A pesar de sus audaces simplificaciones iniciales, de sus posiciones extremas al reaccionar contra puntos de vista predominantes y de sus otros defectos, y a pesar del hecho de que las otras ciencias del comportamiento se han dirigido independientemente hacia métodos de ataque más científicos y amplios, creo que es justo decir que la etología ha tenido un efecto saludable y vigorizante, no sólo en este proceso, sino también en acelerar la fusión de muchas disciplinas separadas, en una corriente principal global de verdadera investigación biológica". (166). Hasta allí la "verdadera" investigación biológica y conductual.

(') De hecho Tinbergen ha realizado estudios sobre niños autistas (El autismo infantil. Un enfoque etológico (1972); en Estudios de Etología op.cit. p. 185/210). Sin embargo, se muestra cuidadoso de no saltar límites que podrían ser escalofríos: "Por razones éticas, los experimentos necesarios no pueden ser realizados nunca con seres humanos; no es moralmente aceptable efectuar deliberadamente los tipos de interferencias que serían necesarios realizar en el desarrollo de un niño. Lo mejor que podemos esperar son pruebas clínicas que deben recogerse en la mayor escala posible y confrontarse con los experimentos realizados con animales" (161).

Pero, anticipábamos, el ímpetu etológico va más allá. En efecto, señala también Tinbergen : "De modo que, inevitablemente, los descubrimientos que he intentado bosquejar tendrán un impacto sobre la actitud que tome el hombre sobre sí mismo". "Inevitablemente", escribe. Y no se necesita forzar una lectura de entre líneas para advertir que, según sus maestros fundadores, la etología estaría preñada también de consecuencias en el plano filosófico, en cuanto re-flexión del hombre sobre sí mismo. El dato principal que adopta en tal sentido, según vimos, consiste en que la agresión es innata, adaptativa e irreversible a lo largo de la duración humana que nos es dable colocar como horizonte desde aquí y ahora. En consecuencia, ¿habrá que prepararse para continuar conviviendo con la guerra?

La etología y la guerra

Para averiguarlo entremos pues en la zona de las "conclusiones" de la investigación etológica. Conclusiones muy especiales, porque contienen un alto porcentual especulativo. Hay experiencias, datos experimentales y, a la vez, señalamientos de zonas muy oscuras o no penetradas por la experimentación. De todos modos se edifican "conclusiones" sobre tales cimientos.

El hombre, se afirma, es "único", sólo en el sentido de que es "notablemente diferente", no idéntico a ningún animal. Pero lo mismo puede decirse del resto de los animales pues, entre estos últimos, cada especie y aún cada individuo es "único" en tal sentido.

Lo singular del hombre no deberá buscarse, por tanto, en sus estructuras corporales. Por el contrario, según la etología, habría acuerdo en que la singularidad humana "es una cuestión de comportamiento". Y si se enfoca la cuestión desde el punto de vista estructural, sólo el cerebro humano funciona de una manera única.

Este tipo de constataciones debería ser apreciado sobre la base del desarrollo evolutivo, el cual indica que ningún proceso de evolución ha producido otra cosa que cambios en algo preexistente. Cuando se denomina "nuevo" a un carácter estructural, no se busca otra cosa que destacar que el mismo es tan distinto de los que pueden hallarse en otros animales, que "las diferencias nos llaman la atención más que las semejanzas.

La conclusión obvia de Tinbergen es pues que "el método para descubrir las raíces animales del comportamiento humano debe ser la comparación. Simplemente no disponemos de otro mejor" (172).

Y aplicándolo al humano actual, culturalmente muy diferente del hombre de Cro-Magnon debido a la "evolución cultural" ('transferencia acumulada, por tradición, de una generación a la siguiente, de cambios conductuales referentes al conocimiento, eso es, fenotípicos) pero muy poco distinto genéticamente, afirma: "El etólogo comparativo no está dispuesto a creer sin una investigación adecuada, que el hombre no es inherentemente agresivo; no está convencido de que pueda, mediante una educación adecuada, ser moldeado hasta convertirse en un individuo no agresivo. Careciendo de suficientes datos, está inclinado a pensar que el hombre puede perfectamente ser, en su origen, similar a algunos de sus parientes más cercanos y puede poseer quizá una tendencia irracional profundamente enraizada a defender territorios comunales y también otras tendencias a la interacción agonística, tales como la rivalidad sexual y la rivalidad sobre el rango o status". (182)

Como de lo que se trata es de controlar la agresión entre seres humanos, la etología cree haber descubierto mecanismos de apaciguamiento que llevan a Tinbergen a sugerir que podría recanalizarse la agresión humana y aún sublimársela mediante "ataques" concertados sobre la naturaleza, o "conquistando" el mar (al modo de sus compatriotas holandeses), o bien "conquis-

tando" el espacio, "derrotando" a la enfermedad u otros objetivos conductuales en definitiva de provecho social.

Tarea más bien urgente por cuanto "la agresión del hombre ha llegado a ser tan peligrosa porque se ha reducido deliberadamente la inhibición por el miedo a base de estimular la agresión de grupo y por distintos métodos de entrenamiento, inculcando incluso un gran temor ante las consecuencias de la falta de agresión, todo lo cual se ve facilitado por la posesión de medios de comunicación de masas. Se ha dicho también que el hombre, al desarrollar armas de gran alcance, ha hecho inefectivo el comportamiento de apaciguamiento de sus semejantes, porque no existe un apaciguamiento a gran distancia que se pueda igualar a la agresión a gran distancia. Es más fácil dejar caer una bomba atómica desde un avión o enviar un cohete que estrangular a un hombre o a un niño con las propias manos -uno no ve en realidad el horror que provoca". (183)

En consecuencia, los métodos de la etología animal deberían ser aplicados a la etología humana, destaquemos, en una escala altamente comprensiva, si nos atenemos a Tinbergen quien no vacila en dejar constancia de que cree que "los más elevados atributos de la conducta humana", "el lenguaje, el sentido de la belleza, la ética o la religión", poseen una raíz animal; si bien las ideas sobre su posible origen -admite- son especulativas, "aun que se hayan hecho sugerencias verosímiles con respecto a todos estos grandes logros", que acabamos de mencionar.

Armado de tales métodos, el Premio Nobel avanza sobre grandes temas de conducta humana protagonizados por el hombre contemporáneo; y termina produciendo advertencias que, de no tomarse en cuenta y actuar en consecuencia, permítenle pronosticar un panorama francamente sombrío.

El tema central gira en torno al desfase creciente entre la evolución genética y la evolución cultural que, cada vez con mayor acelera-

ción -tecnología de por medio en nuestros días- , viene sometiendo a tensiones progresivamente peligrosas al ser humano.

En efecto, la transferencia cultural, acumulativa y acelerada de generación en generación, haría de la evolución cultural humana un proceso evolutivo inédito. En tal desarrollo, el "conejillo de indias" es el propio protagonista principal, el hombre, lo cual dificulta la clara conciencia del proceso.

La etología subraya, por tanto, la importancia de distinguir muy claramente la evolución genética de la cultural. Comprender esa diferencia facilitaría el marco de referencia adecuado para entender el rasgo que ambas evoluciones poseen en común : ser cambios hacia la adaptación. Esto es, hacia el "éxito máximo", "éxito en la difícil tarea de enfrentarse con los requerimientos específicos impuestos por el 'nicho' que ocupa cada especie" (212), nichos variables de una especie a otra.

Pero sucede que los seres humanos han desbordado todos los nichos razonables invadiendo los habitats más variados. Y la evolución genética no pudo seguir semejante ritmo, ni a nivel global ni a nivel individual. El peligro sería poder ser una suerte de cuello de botella o fracaso evolutivo. Sin embargo, "muchas gente -advierte Tinbergen- piensa que eso es una gran cosa y equiparan el cambio rápido con el 'progreso', término prejuiciado que da a entender que cada vez tenemos más éxito." (213). El remedio no está claro del todo. Pero por lo menos hay un diagnóstico capaz de un triple señalamiento : (a) la evolución cultural es una evolución conductual, (b) además de "trastornos" somáticos fácilmente perceptibles, se perfila también un stress conductual, (c) "la prevención de una posible desadaptación y la creación de una nueva adaptación será cuestión de planificación conductual" (215). En síntesis, cada generación, en particular en los atestados grandes centros urbanos, debe incorporar un input que su "naturaleza" cada vez absorbe con

mayor dificultad, peligrosamente próximo al límite de sus capacidades.

Más aún, tras descalificar tanto desde el punto de vista "moral" como desde el "práctico" a la ingeniería genética, asegura Tinbergen : "La conclusión inevitable es que pronto nos enfrentaremos con una tarea de 'bioingeniería' con el propósito de restaurar nuestra adaptación, o mejor, de reestablecer la adaptación a un nuevo nivel".(239) Empresa nada sencilla porque en un raptó humano, demasiado humano y en humana toma de posición remata Tinbergen : "La ejecución de tal tarea de bioingeniería puede parecer de momento (1972) que pertenece al campo de la ciencia-ficción, pero estoy convencido de que antes o después llegará a ser un problema político. Sabiendo lo que sabemos acerca de las decisiones políticas, creo que será inútil invocar el altruismo de la gente o emplear otros argumentos de naturaleza moral". Para culminar traspunto y seguido : "El científico tendrá más bien que señalar que la prevención de un desastre y la construcción de una nueva sociedad es un asunto de interés propio, de asegurar la supervivencia, salud y felicidad de los hijos y nietos de todos nosotros, de personas que conocemos y a las que queremos." (240) El colofón es, también desde la etología, la angustia ante la probabilidad de nuevas masacres intraespecíficas; ante la guerra avizorada también en este caso mediante el catalejos del conocimiento científico.

Desfiguraciones ideológicas de los datos de la etología

Desgraciadamente, como suele suceder, las sugerentes formulaciones de los etólogos detonaron imaginaciones menos científicas y rigurosas pero más audaces y entusiastas.

Así, a manos de algunos discípulos y divulgadores (*), comprobaciones hechas en distintas especies de animales (ciertos peces, ciertas aves, entre otras) devienen, sin mediación ni prueba confiable, estructuras genéticas determinantes de modo absoluto (y absolutista) del comportamiento humano.

Rasgos adaptativos como la tendencia a la defensa territorial animal son empleados como antecedente innato de un pretendido instinto territorial humano, promotor de invasiones y conquistas, de defensa a violenta de lo propio y, aún, de apego "natural" a la propiedad privada entre los hombres.

La lucha por el "status", entre animales de una misma especie, pasa a ser extrapolada como agresión instintiva por mejorar el status; y ostentar tal agresión en alto grado es presentado como "selección natural" habilitante para el predominio.

De modo concomitante, se pretendería que de las tres partes constituyentes distinguibles en el cerebro humano, las dos más ancestrales, la reptiliana y la mamífera primitiva (o paleocórtex), no habrían podido ser reestructuradas en una única unidad diferente y cualitativamente superior (tras la aparición y desarrollo del neocórtex, o materia gris (con la cual pensamos y es, filogenéticamente, lo propiamente distintivo o humano). Dichas dos estructuras más antiguas, no integradas sino coexistentes, explicarían cómo en el cerebro humano tienen localización concreta -y la seguirían teniendo sin remedio- "áreas" que constituirían las bases neurológi-

(*) MORRIS, Desmond, The Naked Ape, New York, Mc Graw-hill, 1967 (en particular pp. 177 y ss.

ARDREY, Robert, The Social Contract, New York, Atheneum, 1970.

ARDREY, Robert, Les enfants de Cain : African Genesis, Paris, 1963.

cas de la conducta agresiva. Tal fuera la pesada herencia genética de nuestros predecesores antropoides; de paso calificados como depredadores.

Divulgadores arquetípicos, algunos de notable editorial, no han dejado de ofrecer ciertos ejemplos-pruebas de fósiles (australopitécidos, cromagnones, neanderthalianos) y también de pueblos primitivos recolectores-cazadores existentes, para advertir y subrayar un impactante descubrimiento: el hombre sería un asesino innato (no sólo carnívoro sino caníbal, por añadidura) que se distinguió de y superó a sus parientes ancestrales precisamente gracias a semejante tipo de "ventajas" adaptativas. Semejante "naturaleza" le habría permitido desde el comienzo, transformar en armas los utensilios que le proporcionaba su inventiva y dar un sello peculiar y terrible a su desarrollo cultural y tecnológico. Y "nunca" podría cambiar; pretender modificarlo por la educación no pasaría de ser una ilusión o, peor aún, cinismo.

No es necesario sobrecabundar con más ejemplos para dar idea cabal de lo escalofriante de semejante perspectiva. Hobbes, angélicamente, no habría atisbado siquiera la punta del iceberg (').

Los críticos de la etología

Como era de esperar, tanto los científicos como los escritores entusiastas de la etología han provocado réplicas circunstanciadas y airadas.

Una, arquetípica, es la de un prestigioso anatomista y neurólogo norteamericano, Ashley Montagu, quien sintetiza la inocultable preocupación de

(') En una atmósfera tan cargada, desgraciadamente, nunca sabremos del todo si los divulgadores sólo dicen lo que los científicos no se atreven a decir (contando acaso con el visto bueno correspondiente o el silencio complaciente) o si, al contrario y por su cuenta y riesgo, cargan las tintas tejiendo fantasías a propósito de las experimentaciones y observaciones de los hombres de ciencia.

muchos de sus colegas y también de antropólogos, psicólogos y otros scholars, francamente alarmados por lo que, desde el punto de vista científico suponen serios errores. Errores particularmente dañinos porque por añadidura habrían sido presentados al gran público (víctima más bien indefensa de los medios de comunicación de masas) bajo formas temiblemente seductoras, editoriales gráficas y fílmicas.

En paciente e indignada arremetida contra científicos y divulgadores por igual, y con el ardor propio de quien se coloca en el campo simétricamente opuesto punto por punto, Montagu⁽¹⁾ refuta incluso la existencia de instintos en el ser humano. "¿Por qué no van a existir instintos en el hombre?" y responde: Por la mejor de todas las razones: porque desde el punto de vista adaptativo, serían absolutamente inútiles para una criatura que responde a los desafíos del medio con el uso de la inteligencia y el aprendizaje" (72). El hombre no se mueve por reacciones, que son siempre automáticas, sino por respuestas que exigen cálculo y sopesar las variables del problema que enfrenta en cada caso. Por tanto, para los animales que no eligen su habitat, las reacciones instintivas son adaptativas. Pero para el hombre que, por el contrario, crea su propio medio, depender sólo de reacciones instintivas sería fuertemente desadaptativo. Mucho más por cuanto su habitat es el fruto de su cultura. Si los seres humanos tuvieron alguna vez residuos de instintos, ya lo habrían perdido, asegura Montagu.

(1) Sustituyendo el tratamiento conceptual del fenómeno por la vehemencia que parece caracterizarlo, exclama Montagu: "La guerra es lo primero que viene a la mente cuando pensamos en la violencia. Como horror institucionalizado, racionalizado y sancionado estatalmente, la guerra es la forma final de la violencia a gran escala. Siempre la tenemos con nosotros en un lugar u otro de la familia humana, proporcionando intempestivamente muerte, separación, dolor, sufrimiento y pesar, agotando nuestros recursos, asolando nuestro planeta" (MONTAGU Ashley, La Naturaleza de la Agresividad Humana, Madrid, Alianza, 1978, p.16).- En afirmaciones de este tipo se sustituye la fundamentación por la insinuación.

En cuanto a la estructura orgánica propiamente distintiva, el cerebro, se destaca que el mismo creció y se desarrolló en tanto el hombre primitivo se fue desarrollando culturalmente (desde los 500 cm³ del australopithecino a los 1.400 cm³ del hombre actual); y sólo en tal proceso fue ganando en complejidad. Luego el gran invento del hombre, a saber, la cultura, modifica, en los pausados términos de la evolución, al genotipo mismo. Genotipo que no es indeleble ni inmodificable, revelándose incapaz por tanto de ser la base inalterable de conductas agresivas ineluctables.

La humanidad, afirma Montagu, no es tanto una herencia como un logro. "Se puede amar porque se puede aprender a amar". Y, por lo demás, la agresión puede ser superada por la cooperación, que sería lo propiamente humano sin necesidad de apelar a sublimaciones de ningún tipo. Cooperación-competencia fueron (y son) la clave de la evolución, pero el "hilo singular" según el mismo autor "es el hilo de la cooperación y la ayuda mutua; si ese hilo no hubiese estado allí, o si en su lugar hubiese estado un hilo de competencia y hostilidad mutua, nuestra especie nunca habría logrado alcanzar la humanidad".(119).

Un pormenorizado estudio de los pueblos cazadores-recolectores, con el apoyo de eminentes autoridades, lleva a Montagu a refutar las tesis del hombre primitivo como asesino innato, poniendo de manifiesto los vínculos cooperativos y la no agresividad como regla. Incluso los primates más próximos al hombre, chimpancé, gorila, orangután, se caracterizan precisamente por su falta de agresividad intraespecífica y su desarrollado sentido de la cooperación en el mismo plano. Sus luchas casi nunca pasan de fintas ritualizadas y su sentido territorial es, si no nulo, muy escaso.

De donde, la tesis clave es que "la humanidad se hace a sí misma",

y tanto hombres como sociedades se habrían forjado de acuerdo con la imagen que tenían de sí mismos. Sería en la cultura, pues, y no en código genético alguno, donde se habría jugado y se jugaría el destino de la humanidad.

En cuanto a la guerra, este crítico acérrimo de la etología (que no parece haber hecho de la vinculación entre política y guerra una de sus preocupaciones esenciales) destaca que, como ya lo señalara Julian Huxley, la guerra es un conflicto organizado e intraespecífico. Por tanto un fenómeno biológicamente muy raro y casi privativo de la especie humana. Consideración que, sumada a las anteriores, lo induce a afirmar con optimismo que "no hay nada en la naturaleza de la guerra ni en la naturaleza de la humanidad que haga de la guerra algo inevitable" (58) (1).

La etología y la comprensión de la guerra

La advertencia que se formula desde la etología (no obstante la densa nube ideológica en que viene envuelta y que atrapa por igual a los especialistas en criticarla) no debiera ser tomada con desdén. Los Premios Nobel de la ciencia etológica, en definitiva apegados a una explicación monocausal, no dan una respuesta satisfactoria y completa sobre el por qué de la

(1) Afirmación o aspiración que para adquirir rango de verdad requeriría por parte de Montagu una discusión previa acerca de qué sea "naturaleza de la guerra" y "naturaleza humana". Pero ni siquiera se ofrece una aproximación. De todos modos la constatación de que "la belicosidad va asociada casi siempre con sociedades políticamente organizadas", por sí misma y sin necesidad de pruebas adicionales autoriza al autor a deducir que "sean cuales fueren los demás factores implicados, la causa principal de la guerra es el poder y la motivación" (59), que tampoco son definidas, si bien hay una remisión a un tratadista sobre el tema. Montagu sobrevuela otra vez el tema cuando, apoyándose esta vez en la psiquiatría, combate el "criterio pesimista" de afirmar que la guerra es inevitable. Pues si tal se acepta, nadie pensaría ni investigaría sobre tan recurrente fenómeno. Pesimismo y apatía que son caracterizados como síntomas de enfermedad depresiva y melancolía auto-lacerante.

guerra (sus críticos tampoco). Asimismo, dista mucho de estar clara la frontera entre dato científico (descubrimiento experimental) y la interpretación (mucho menos objetiva) del mismo. Sin embargo, los señalamientos centrales de Lorenz y Tinbergen contribuyen a estrechar aún más el margen de viabilidad para cualquier intento de simplificación teórica en torno a las causas de la guerra.

(Continúa en Tomo II)